

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 11 - 17 marzo 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 38

CONTRABANDO POLITICO



Esta fotografía de una manifestación del Frente Popular en París, en 1936, puede actualizarse muy pronto. El comunismo trata ahora de buscar alianzas con el propósito de pasar de contrabando su política de soviétización

LAS "ALIANZAS DE AMPLIA BASE", PASAPORTE PARA LA SOVIETIZACION

AUMENTO DE SALARIOS

(Pág. 13)

Los 90 años ejemplares del señor conde de Halcón, por J. Sutil (pág. 9) * Pasiones en Mataró, por F. Salvá Miguel (pág. 17) * Entrevista con Arias Paz, por F. Costa Torró (pág. 21) * La excomunión de José Stalin, por Camilo Barcia Trelles (pág. 24) * Pontevedra, una ciudad despierta, por Blanca Espinar (pág. 27) * Una nueva era: las máquinas gobernarán las máquinas, por Luis Losada (pág. 32) * El libro que es menester leer: «El americano tranquilo», por Graham Greene (pág. 45) * Dos fechas en la Historia de España, por Tomás García Figueras (pág. 49) * Entrevista con Carmen Laforet, por M.^a Jesús Echevarría (pág. 54)

BANDERIN DE ENGANCHE,
novela por
ANTONIO GOMEZ GALAN

UNA MANIOBRA A ESCALA MUNDIAL

La alegría

DEL TRABAJO

El trabajo sólo molesta a los perezosos, agotados o "poca cosa". A los fuertes les estimula, les proporciona alegría y bienestar, les hace noblemente ambiciosos y juiciosamente audaces.

Pero... ¿cómo vencer la pereza? Despabilando el cuerpo como se hacía con la luz del candil; animando la fisiología que regula a su vez las funciones mecánicas y psíquicas, barriendo las toxinas del cuerpo y las telarañas de la mente.

El remedio se llama "Sal de Fruta" ENO

Se emplea en todo el mundo desde hace más de ochenta y siete años.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

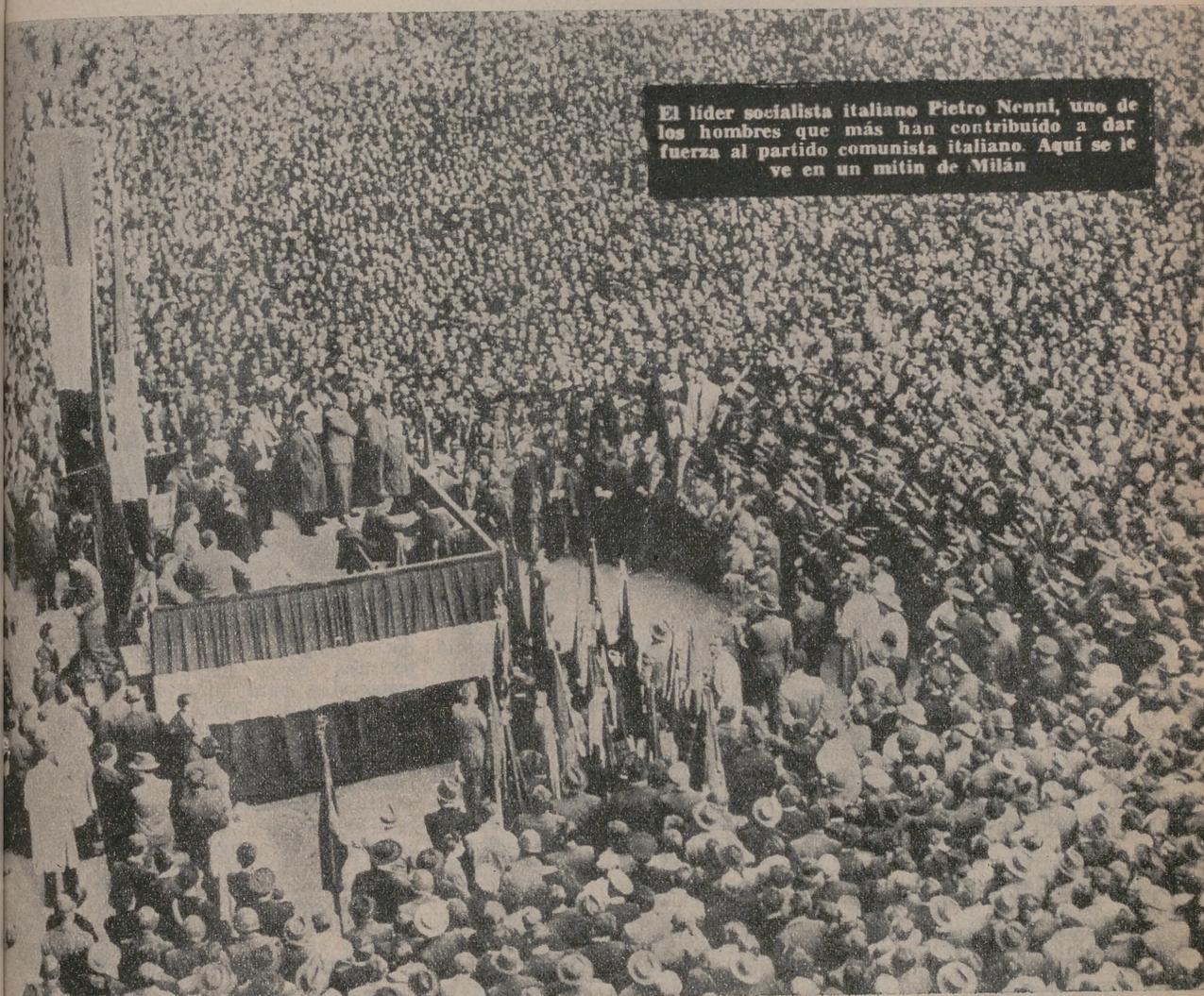
REGIST.

CREA BIENESTAR Y OPTIMISMO

ENO se vende en dos tamaños.
El grande resulta más económico.

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

CONTRABANDO POLITICO



El líder socialista italiano Pietro Nenni, uno de los hombres que más han contribuido a dar fuerza al partido comunista italiano. Aquí se le ve en un mitin de Milán

LAS "ALIANZAS DE AMPLIA BASE", PASAPORTE PARA LA SOVIETIZACION

UNA MANIOBRA A ESCALA MUNDIAL

ESTA fuera de toda duda el hecho de que nos hallamos asistiendo a un «cambio de frente» del comunismo internacional. Está también fuera de toda duda que este «cambio de frente» no rectifica los objetivos últimos de la Unión Soviética y que, por el contrario, los reafirma, como acaba de demostrárnoslo el XX Congreso del partido comunista de la U. R. S. S.

Si, ambas cosas están bien claras. Lo que no está tan claro es esa tendencia a hacer hincapié en la inalterabilidad de los fines del comunismo, desdeñando, o poco menos, la apariencia de los procedimientos. Cuando nos dicen: «Son los mismos perros con

distintos collares», nosotros preguntamos con extraordinario interés: «¿Qué clase de collares? ¿De qué color son?» Es importante que lo sepamos. Nunca los comunistas chinos, pongamos por caso, dejaron de ser comunistas; pero inmediatamente después de terminarse la segunda guerra mundial, se disfrazaron de «pacificos reformadores agrarios» —oleomargarina, como decía Molotov en Moscú a sus colegas occidentales, cuando la primera Conferencia de Cancilleres—, y este disfraz bastó para confundir a los norteamericanos, hasta el extremo de cuando advirtieron el engaño, las tropas de Chu-Teh ya estaban en Pekín.

Es, si, muy importante que sepamos qué disfraz ha elegido ahora Rusia, para pasar de contrabando, si es posible, su empeño de hacer del comunismo un sistema mundial.

Los objetivos últimos, ya nos los sabemos, o, por lo menos, tienen la obligación de saberlo los gobernantes responsables. Examinemos ahora detalladamente, los nuevos collares o los nuevos disfraces...

FRENTE POPULAR Y FRENTE NACIONAL

¿Nuevos? No; no son nuevos, lo cual es una ventaja. El «New Look» soviético se ha «vestido»

como Arlequin, con los trapos que tenía arrinconados en el desván. Esos vestidos se llaman «Frente Popular» y «Frente Nacional».

Frente Popular. Todos hemos conocido esta experiencia y no la hemos olvidado. En Francia, se saldó con el más grande desastre militar de la historia de esta nación; en España con una esta nación; en España, con tres años de guerra.

El Frente Popular se basa en la idea, hoy ya rebasada, de la unidad de la clase obrera frente a la burguesía capitalista. Idea rebasada, decimos, porque la estructura económico-social de la sociedad moderna ha roto esa unidad dentro, incluso, de los Sindicatos obreros. La «distancia» que media hoy entre la mano de obra no cualificada y la mano de obra especializada es quizá mayor que la que reinaba, en la época de la publicación del «Manifiesto Comunista», entre el proletariado industrial y la burguesía. Las escalas de salarios —y en consecuencia de intereses— hablan elocuentemente en este sentido, y si necesitásemos de un ejemplo para ilustrar esto que decimos, no tenemos más que recordar la huelga que el año pasado se produjo en los ferrocarriles británicos por entrar en conflicto dos Sindicatos obreros: el de maquinistas y el de fogoneros.

Frente Popular quiere decir unidad de acción, política y sindical; es, en el fondo, una alianza de «guerra». Y como no estamos especulando con abstracciones, sino con hechos muy tangibles, lo diremos en forma más clara: una alianza contra el Occidente, contra el bloque de naciones anticomunistas.

HISTORIA CONYUGAL DEL COMUNISMO Y EL SOCIALISMO

Frente Nacional. Así como el Frente Popular es una «planta»



Esta es una vista general del salón del Kremlin durante el XX Congreso comunista, con las Delegaciones italiana, francesa, china, alemana, húngara, etc., en primer plano a la derecha, que recibirán la orden expresa de la formación de los Frentes Populares

que cultivan los comunistas dentro de un régimen parlamentario en el que la unidad de la clase obrera está fracturada por la existencia de dos o más partidos políticos obreristas (es el caso de Alemania, Francia e Italia, con el comunismo a un lado y la socialdemocracia a otro), el Frente Nacional es una amalgama de grupos políticos situados en la oposición a un régimen, al que se pretende destruir «desde fuera».

Este es el disfraz que utilizaron los comunistas durante la pasada guerra mundial en la Resistencia y con el «alba de la

liberación», luchando codo a codo con los más diversos grupos políticos, desde liberales hasta trotskistas, para minar el poder militar del Tercer Reich. Es también el disfraz que están utilizando actualmente para introducirse en los movimientos anticolonialistas e independentistas, contra el Occidente.

No es necesario estrujar la imaginación para «adivinar» cuál ha sido el porvenir de estos maridajes entre socialistas y comunistas en los Frentes Populares, y entre comunistas, socialistas liberales, etcétera, en los Frentes Nacionales. Poseemos un buen cúmulo de

experiencias históricas sobre tales maridajes.

UNA «HERENCIA SENTIMENTAL»

En 1939 Rusia y todos los partidos comunistas del mundo traicionaron alevosa, cínicamente, a la clase obrera, y especialmente a los partidos socialistas «frentepopularizados», firmando el famoso pacto germanosoviético de agosto de ese año. El golpe fué tan brutal que aún escuece, como veremos más adelante.

En 1945, allí donde comunistas y socialistas habían luchado juntos contra el nazismo, siendo «liberados» por el Ejército rojo, la socialdemocracia fué barrida por el comunismo; fué el caso del partido socialista alemán, volatilizado en el partido socialista unificado, en el que mandan los comunistas, y el caso de todos, absolutamente todos los partidos socialistas que levantaron cabeza, por poco tiempo, al otro lado del telón de acero. La liquidación de la socialdemocracia europea al otro lado del telón de acero es un hecho que ni los propios comunistas se han molestado en negar. El matrimonio entre comunistas y socialistas siempre ha dado, invariablemente, estos resultados catastróficos para los segundos. La historia de estas catástrofes conyugales comenzó con Krensky y la socialdemocracia rusa, siguió con la escisión entre la II y la III Internacional y terminó con la defenestración de Jan Masaryk.

El desprecio, el aborrecimiento que Lenin sentía por los socialistas europeos, con el laborista Mac Donald a la cabeza, se ha convertido en un hábito comunista, en una «herencia sentimental». La cosa es explicable, ya que para un buen bolchevique el socialismo burgués o aburguesado, que es el que se estila en Europa desde hace muchos años equivale a una



Manifestaciones que agrupaban las «alianzas de amplia base», pero que eran ya un verdadero pretexto de soviétización



El signo electoral era en todas partes el mismo. Esta fue la condición para la alianza que mandó ahora Moscú para que se cumplan sus fines



España conoció, como los demás países europeos, la formación del contrabando político que militaba en el Frente Popular



¿OTARA VD. AL FRENTE DEMOCRÁTICO?

CONTEMPLA EL DIBUJO A LA INVERSA

Uno de los curiosos carteles de la propaganda electoral en Italia. ¿Vuelva usted el dibujo y verá por quien vota!, dicen los democristianos por las izquierdas frentepopulares

traición a la ortodoxia marxista y al proletariado mundial.

Para los comunistas el Frente Popular no es más que la fórmula del oportunismo; un matrimonio de compromiso como el que, teóricamente, podrían contraer católicos y protestantes en un país budista.

SILENCIO Y EXTERMINIO

Con todo, más trágica todavía ha sido la historia de los matrimonios entre comunistas y liberales en los Frentes Nacionales, surgi-

dos en el este de Europa, al calor del partisanismo. ¿Qué ha sido de aquellos partidos políticos demoliberales y pequeñocampesinos de Polonia, de Hungría, de Rumania, que al terminarse la guerra se reorganizaron para restaurar sus honestos y un tanto anacrónicas repúblicas burguesas, pacíficas, dispuestas a colaborar sinceramente con la «liberadora» Unión Soviética?

Ha sido el silencio y el exterminio. ¿Dónde están los Mariu, los Nagy, los Mikolajsyk de aquella historia olvidada? ¿Qué ha sido del pobre Mihailovich, del patético general Anders? La «historia», a veces, está muy mal «informada»: se sabe, uno a uno, los nombres de los liberales demócratas que fueron inmoladas por el «nazismo» o el «fascismo», pero ignora, al parecer, los de quienes fueron exterminados por el comunismo; hace muchos, muchos años que no hemos oído hablar de ellos. Pero tenemos bastante con saber lo que hoy queda tras el telón de acero de aquellas burguesías liberales y católicas que se aliaron.

LA OPORTUNIDAD BUSCADA

Hoy el comunismo internacional, que tan excelente provecho ha sacado de los Frentes Populares y de los Frentes Nacionales, quiere repetir la suerte. Desde hace dos años—y no desde la muerte de Stalin, como se ha dicho—el P. C. francés busca pacientemente la oportunidad de resucitar los fastos nupciales del frentepopulismo, llegando en este afán incluso a fantasear con esa inconsciente idea de la «Nouvelle Gauche», saludada con ansiedad por Jeannette Veermersch, la esposa de Maurice Thorez, en las columnas de «L'Humanité».

La oportunidad buscada se ha presentado en el momento preciso

establecido por la casuística comunista: en el momento en que Francia, potencia colonial, está a punto de dejar de serlo en Indochina y en el norte de África. El proceso de desintegración de la Unión Francesa, tardía y artificial imitación de la Commonwealth británica, va acompañado, como todo el mundo sabe, por un paralelo proceso de descomposición política y moral de Francia, que se traduce, como la fiebre traduce a la enfermedad, en su fantástica inestabilidad parlamentaria.

Un momento bien elegido, no hay duda. Cuando los viejos partidos republicanos, como el radical, se fraccionan y cuando el S. F. I. O. se ha vaciado de toda su sustancia proletarizante y el Poder tienen que compartirlo alianzas centroderecha o centroizquierda, cuyo destino es el inmovilismo o la impotencia—como le ocurre ahora a Moch—; y cuando una nación está en trance de perder su Imperio, su condición de primera potencia, y ve crecer a su lado, «outre Rhin», a una Alemania en plena expansión vital, no cabe duda de que se presenta una buena oportunidad para el P. C.

Tan buena, que los comunistas están tratando de asirla por el cabello, y de ahí esa machacona insistencia, a veces histriónica, en volver al Frente Popular, a la unidad de acción política P. C.-S. F. I. O. y a la unidad de acción sindical C. G. T.-F. O.

¿Es para hoy o para mañana? Esto es lo de menos. El socialismo europeo tiene cierta propensión a suicidarse; lo hizo cuando todavía era fuerte, cuando no había perdido autenticidad, y es fácil que lo haga ahora, cuando su deslealtad hacia la clase obrera y su colaboración con la burguesía le han enajenado eso que se llama la voluntad popular.

UN VIAJE A LA INSENSATEZ, DEL QUE NADIE VUELVE

En cuanto al disfraz del Frente Nacional, el comunismo le está dando excelentes resultados en los países donde el colonialismo agoniza. Sólo en Persia, el partido Tudeh ha sido desenmascarado, tras el golpe de Estado de Mosadeq.

En este «frente» Rusia cuenta como siempre, con la apatencia de poder, con la irresponsabilidad y con la utopía restauracionista de la democracia de los liberales, doctrinarios de la historia, por las raíces intelectuales francesas de su pensamiento y sugestionados por los modelos anglosajones, que por cierto cristalizaron mucho antes del advenimiento del marxismo en Rusia.

Pero nadie vuelve de este viaje a la insensatez. Estos Frentes Nacionales tienen para neoliberales, progresistas y socialdemócratas u final de Noche de San Bartolomé; en pos de la restauración de un Estado demoliberal se tropiezan con la revolución marxista.



La «onda» de soviétización fué universal. Esta es una fotografía histórica que recoge uno de los momentos de la llegada a Londres de un grupo inglés que luchó en las Brigadas Internacionales

TEXTIL

La mejor revista para la mujer editada por la industria textil española. Páginas de modas, con modelos exclusivos de los mejores modistas del mundo, así como otras dedicadas al arte, literatura y decoración del hogar. Una revista que enorgullece a la Prensa nacional

PIDA EN QUIOSCOS EL NÚMERO DE MARZO ANTES QUE SE AGOTE



Revista **TEXTIL**.—José Antonio, 32

Don
domiciliado en
calle, núm.
se suscribe a «**TEXTIL**» por el plazo de

(Firma)

Año: 300 pesetas.—Semestre: 150 pesetas

AL SERVICIO DE DIOS

El mundo católico, la universalidad de todos los fieles que componen la Iglesia de Cristo, ha celebrado en estos días el octogésimo aniversario del nacimiento de Pío XII y el décimoséptimo de su elección para ocupar la Cátedra de San Pedro como Sumo Pontífice.

Posiblemente no haya, dentro del mundo dogmático de la Iglesia, ninguna otra verdad más fácil para la razón y para la fe que el dogma y la verdad que nos habla de la Providencia de Dios para con los hombres, de la Providencia divina que recoge en su seno la vida particular y personal de cada ser humano y la vida y los hechos de los pueblos, de las naciones, del mundo, de la Historia encauzada por los caminos inescrutables de Dios. Dentro de esta Providencia está el hecho palpable, asombrosamente visible, de que a cada época de la Historia, a cada etapa que la Humanidad recorre Dios envía, como luz o como remedio, como antorcha o como guía, al hombre que las circunstancias y las necesidades de cada tiempo piden y exigen. Si no hubiera otros argumentos para admitir el sentido providencialista de la Historia, preconizado y defendido por San Agustín, éste debería bastarnos y sernos más que suficiente.

A ningún tiempo como al nuestro le era tan necesaria y tan urgente ver al frente de la Iglesia a un Vicario de Cristo que reuniese las cualidades y las virtudes que se encuentran en la persona de Pío XII.

Cuando en marzo de 1939 el cardenal Eugenio Pacelli es elegido Papa, el mundo comienza a arder y a hervir en los horrores y en el estruendo de su segunda guerra mundial. Pío XII se convierte desde el primer día en el Papa de la paz, de la paz «sana y justa», de la paz auténtica, de la única paz que es fruto de la justicia. Durante la guerra, Pío XII dedica toda su actividad a la exposición y al consejo, a la voz ardiente y definidora de lo que debería ser esa paz «sana y justa» y a concretar los caracteres y distintivos del orden internacional nuevo que deberá seguir a la paz. Los mensajes del Papa en estos tiempos de guerra son un cuerpo completo de doctrina, de la mejor doctrina para cimentar la paz verdadera y el nuevo orden internacional auténtico. Quizá la Historia no conozca ningún Pontífice que, con tanta constancia, se haya preocupado de la paz del mundo y haya trabajado por ella con tanta perseverancia. Cuando la guerra termina, la voz del Vicario de Cristo sigue alzada para proclamar los derechos de la justicia. En los Mensajes de Navidad que siguen a la guerra, Pío XII insiste en la urgente necesidad de crear un Derecho Penal Internacional y un Código en el que queden bien precisados los delitos contra el orden jurídico entre las naciones. Su Santidad no encuentra descanso en su obra de predicar el firme establecimiento de la verdadera paz y de la auténtica justicia.

En tiempos de paz, la preocupación de Pío XII se centra en la necesidad de levantar un nuevo orden social para el mundo. Y aquí si que es de todo

punto imposible encerrar en breves líneas las directrices hondas y sabias del Pontífice en todo cuanto hace referencia a su doctrina social y económica. Un nuevo orden social basado en el concepto cristiano y católico de persona humana. Un orden que sepa condenar toda solución de signo materialista, provenga de una filiación comunista o de una concepción capitalista de la sociedad y del Estado. La sociedad —ha repetido incansablemente Pío XII— debe constituirse sobre el fundamento de la autoridad que haga posible la libertad de la persona. El bien común de la sociedad impone un postulado de convivencia presidida por el imperativo categórico de la justicia social en abierta pugna contra todo materialismo, falso ideal de una vida anticristiana y antinatural. Como presupuesto casi necesario para edificar una vida espiritual, el Papa ha formulado una doctrina clara y contundente sobre el bienestar material del individuo basado en los derechos inalienables de la persona humana. En sus Mensajes y en sus Encíclicas esa doctrina nos queda como lección y como ejemplo.

Sólo con el cumplimiento de esta doctrina y en el camino de este ejemplo la sociedad y el individuo podrán entrar como cruzados de este «mundo mejor» preconizado por el Vicario de Cristo. En el pensamiento contemporáneo la huella de la acción y del pensamiento de Pío XII es profunda e indeleble. Sin su palabra y sin su doctrina, ni el Estado ni la sociedad contemporáneos podrán nunca cimentar firmes y duraderas sus bases, sus relaciones ni los postulados que los unen.

Y mientras la doctrina social de Pío XII en documentos y Encíclicas, que pueden parangonarse con la «Rerum Novarum» o la «Quadragesimo Anno», va quedando limpiamente perfilada y robustecida, el Papa no abandona en un momento su preocupación por mantener viva y pujante la renovación espiritual de la Iglesia. Pocos han sido diecisiete años si los comparamos con la labor ingente y a veces increíble desarrollada por Pío XII en este sentido. Desde su famosa Encíclica «Summi Pontificatus», en 1939, hasta las últimas orientaciones litúrgicas para la celebración de los actos de la Semana Santa, la voz y la pluma del Vicario de Cristo han sido incansables en sus deseos de dar vida y luz al cuerpo y al alma de la Iglesia, adaptando, en lo que es susceptible de adaptación, la obra y el espíritu eclesiástico a las exigencias del tiempo moderno.

Ningún tema de la vida de nuestro tiempo ha quedado al margen de la preocupación constante y del desvelo pastoral de Pío XII. Hoy, a sus ochenta años y a los diecisiete de haber subido al Solio pontificio, el mundo se congrega para rendirle el tributo de su admiración, de su gratitud y de su merecido vasallaje. Que su vida, intensamente dedicada al servicio de Dios y de la Iglesia, se prolongue muchos años para bien de todos.

EL ESPAÑOL

Del poeta venezolano VICENTE GERBASI

publica el número 49 de

POESIA ESPAÑOLA

fragmentos de

CUANDO TU VENIAS, PADRE MIO

LOS 90 AÑOS EJEMPLARES DEL SEÑOR CONDE DE HALCÓN

UN HOMBRE QUE NACIO Y VIVIO PARA SEVILLA

CAMPO, CABALLOS Y TOROS POR LAS TIERRAS DE LA BAJA ANDALUCÍA

—El señor conde.
Un conserje bien estirado, impecablemente uniformado de azul, diligente y ceremonioso, indica con la cabeza. Indica gozoso. Sospecho por ello una vinculación personal poco común entre un conserje y un presidente. En su gesto atisbo un aspecto de la personalidad del conde de Halcón: cordialidad. Auténtica y efectiva cordialidad, aunque sin rotura de fronteras. Es decir, señorío de la mejor ley. Ese señorío que hace que en las casas de la nobleza campera andaluza duren y perduren los servidores y criados hasta el final de sus días.

—Pero, ¿es alguno de aquel grupo?

—Sí; sí—ataja, rotundo, mientras inicia la retirada.

Veo, en efecto, un grupo que habla en la galería, en esta espaciosa y conventual galería que rodea el monumental patio. Para reconocer al conde de Halcón tengo un solo dato: sus noventa años recién cumplidos y festejados con juvenil alegría. ¿Cuál será? Miro y remiro, escudriño con la mirada los lejanos movimientos, que nada me revelan, porque son rápidos; hay presteza en todos.



El grupo se parte, al fin, en dos: uno sigue en dirección contraria a mi posición. El otro, el que viene hacia mí, hace de nuevo estación al cruzarse con un par de socios recién llegados. Y prosigo

mi atenta observación y estudio, para llegar a la misma conclusión: rápido andar, firmeza de pasos, ligereza de movimientos, postura derecha...

—Adiós, señor conde—dicen otros.

Y el conde gira rápido. Una silueta pequeña, bien erguida y apuesta ha dado media vuelta.

—¡Ese es!—digo para mis adentros.

Así llevo, algo satisfecho, al reconocimiento, que de otra manera se hubiera retrasado hasta el saludo. Y el saludo, algo retardado, porque cada persona a la vista supone para el conde un algo que decir, me trae algo más: la presencia cercana, auténtica, expositora de una realidad increíble, provoca, enciende, admiración. Admiración sin prejuicio ni sugestión, sino engendrada por la visible realidad.

Es ágil, y algo más: dinámico. Es nonagenario, y algo más: joven, muy joven de espíritu. En las

El conde de Halcón, en el centro, con nuestro redactor, durante la entrevista



mitades de dos siglos distintos va montada su larga vida, y él puede más: permanece idéntico a sí mismo. Los 32.870 días de existencia debieran haber causado cansancio y agotamiento, y él puede más: persevera tan afanoso, emprendedor e incansable como un intrépido joven. Un casi siglo de experiencia concreta y solidifica, como reumáticas piedras del espíritu, la decepción y el escepticismo; pero él puede más: vive y se mueve lleno de fe, de esperanza, como un joven de horizontes infinitos. La marcha continua. La prolongada acción pública, gasta, ladea, deforma, agrieta, quebranta, desmorona personalidades; pero él puede más: su rombre es un eco por todo Sevilla.

Aquí está, a mi lado, como vencedor de ley física y moral del tiempo humano: joven, dinámico, fiel e idéntico a sí mismo, emprendedor y ejecutor incansable, lleno de esperanza como un joven, integro, entera y vigente su personalidad.

Ha dejado sus palacios y hacienda para hacer bien a los demás, a los necesitados. Habita una casita de la sevillana calle de Jesús, tiene como gabiente de relaciones al monumental edificio del Círculo de Labradores. Pero su palacio es mucho mayor. Su palacio es Sevilla entera.

Justicia es dar o reconocer a cada uno lo suyo. Y el conde de Halcón nació y vivió en, para y por Sevilla. Y parte de la historia de Sevilla es su vida pública. Y hoy, fecha en que todavía es y está, mira y repasa con cariño sus calles y aceras. hasta cuenta sus naranjos y palmeras, y oscila su corazón como un barómetro de los problemas y necesidades. Todo él vibra en el ambiente sevillano. Vibra y opera. ¿Qué más se puede hacer?

Sevilla, pues, tiene un señor: el conde de Halcón. Un señor que, lanzado por la más fuerte ilusión de un espíritu sin lastre de tiempo ni prejuicios, sueña, quiere y espera para su ciudad lo mejor del mundo, lo que Sevilla debe ser y tener.

Un señor que, sin poesía, calcula, cuenta y valora con medidas casi sublimes: con una fortísima y limpia voluntad servida por claro y noble pensamiento, ambos empujados y controlados por un corazón bueno hecho persona. Y Sevilla lo sabe.

LUCHA CUATRO VECES CON LA MUERTE

Mientras cincelo en mi mente tan señera personalidad, lo miro de reojo. Está a mi lado. Diminuto, con traje gris y zapatos relucientes. Peinado, muy peinado, como un joven en la tarde dominiguera de conquistas. Señor, muy señor. Sus ojos inquietos, siguen contumaces lo que pasa. Su expresión vivaz me revela que está pendiente de cuanto acontece. Está y no está. Creo que siempre ha debido ser así. Está y no está, porque vive entregado a todo.

—¿Las ve usted?

Dándome al mismo tiempo un codacito, me llama así la atención sobre un par de muchachas que, recién llegadas, avanzan por la galería. Tras el codacito da un saltito sobre el asiento como un muchacho. Luego me mira con mirada rápida y fuerte. en la que

se adivina algo de graciosa infantilidad.

—¿Socios?

Vuelve a removerse con presteza para adoptar una postura de empaque, de decir algo importante.

—Aquí entran ya las señoras y las señoritas.

Habla con tono de exposición de un gran logro.

—Aquí hay, en la planta de arriba, un bar especial para ellas. Pueden pasar la tarde, merendar y, si quieren, cenar.

—Cubiertos hay de 15 pesetas —interviene el conde de Casillas de Velasco—. Y también de 30.

—¿Qué mejor sitio para las familias de los socios?—insiste el conde de Halcón.

Se interpone en el coloquio la bandeja con las copitas y sus correspondientes «tapitas».

El acceso de las mujeres al Círculo es iniciativa del conde. Como también lo es la adquisición y reforma de este grandioso edificio, antiguo convento de San Acacio, fundado en 1593, ocupado después como colegio por religiosos agustinos calzados, usado luego como Casa de Correos y últimamente, dependencias municipales. Significa, por tanto, su adquisición y reforma una voluntad muy decidida y emprendedora, que la realidad actual ratifica como acertada e inteligente. Fué su gran colaborador en esta gran empresa el entonces alcalde, don José María Piña. Hoy, parte del edificio, sobre todo el patio, merece ser incluido en los catálogos turísticos.

Oigo a mi derecha un ruido. Miro y veo al conde decididamente entregado a partir con los dientes el pequeño y bien cocido roscó de las «tapas».

—¿Los vence usted?

Espero un momento y compruebo que la operación es felizmente rematada. Luego se dirige al vaso de cerveza.

—¿Vino no?

—Es mejor que sea no—interfiere el doctor Navarro López, que, además de su médico, es gran amigo y colaborador en las múltiples actividades pro Sevilla del conde.

—Tres congestiones tengo en mi haber—dice el conde levantando bien rígido el dedo índice.

—Y no padece de ningún complejo—inquiero del doctor Navarro.

—Ni uno. Se levanta a las ocho y ya entra en acción. Si se desvela, salta a veces de la cama para apuntar cualquier idea o gestión. Un ser normal en todo. Toma café a media mañana y media tarde.

—De niño—vuelve a tomar la palabra el conde—dijeron los médicos a mi padre que sólo el campo podría salvarme. Y al campo me llevaron.

Gira muy rápido sobre el asiento, hace una pausa mientras me mira fijo, coloca energicamente la palma de la mano sobre la rodilla y afirma rotundo:

—Y aquí estoy.

Oigo reír al doctor Navarro y al conde de Casillas de Velasco.

—Hoy hemos estado en Jerez—dice, sin dejar de sonreír, el doctor Navarro.

Miro y me mira el conde. Yo miro extrañado, y él me mira como diciendo: «¿Qué tiene eso de particular?» Creo que nos hemos

comprendido al mirarnos, entre las sonrisas de los dos colaboradores.

—¿De Jerez se ha venido directo al Círculo sin descansar?

—Sí.

Y el viaje fué por esto: a la vista la feria, tiene ya entre manos la decoración de la caseta del Círculo de Labradores. Le preocupan ya la orquesta y demás elementos animadores. En contacto con «Pulpón», un agente de cantantes y bailarines, supo que hoy, domingo, actuaría un grupo en Jerez. Y el conde se dijo y dijo a los demás:

—A éstos hay que verlos. Para contratar hay que saber lo que se contrata. Así que el domingo mismo, por la mañana, salimos para Jerez.

Y el domingo, a las siete de la mañana, ya estaba en pie. Cumplió sus deberes religiosos. Y a las nueve, rumbo a Jerez. Llegó, vió el espectáculo, almorzó e inmediatamente emprendió el regreso. Jerez dista unos noventa kilómetros de Sevilla.

—Y qué, ¿le han convencido?

—Valen, valen...

Así es el conde. Emprendedor, diligente, realista y cumplidor. Sus hechos van por delante de las palabras.

UNA OBRA: EL CIRCULO DE HOY. — CONFERENCIAS, CINE VIDA FAMILIAR...

Andando por la galería, su diferencia en años no le aleja de los demás. Al mismo paso, con el mismo humor: con el mismo vigor de memoria, con gran agilidad de pensamiento. En algo se distingue: anda y revisa cuanto sale al paso. Se aparta para ordenar, recibir saludos. Aventuro una afirmación: el conde no pasa diez minutos seguidos en ocio.

El conde de Casillas de Velasco, hombre fino, señorial, de una facundia extraordinaria, en que late un orador inagotable y amenísimo, añade más detalles para la construcción del perfil del conde:

—Registra todos los días el Círculo hasta el último rincón. Está al tanto de la limpieza, del orden... Recorre los distintos salones para ver si sirven bien. Su atención está pendiente de cualquier queja.

El edificio del Círculo de Labradores tiene toda la grandiosidad de un antiguo convento, y no faltan, claro es, las escaleras. Son 2.500 los socios. Y en su nómina figuran más de noventa empleados. Cuenta, además, con dos coches—antes eran cuatro—para servicio de los socios, a 20 pesetas la hora. En su comedor, un buen cubierto se cotiza a 15 pesetas. En sus salones alternan durante el año los más variados conferenciantes desde lo religioso a lo agrícola o industrial. Son muy frecuentes las proyecciones de documentales e cinematográficos, todos ellos inspirados en el interés común. Y durante los meses de verano, en la fastuosa caseta de feria, que de un modo permanente conserva en el Prado de San Sebastián, se exhiben películas gratis para los familiares de los socios. He ahí algunas de las actividades e iniciativas del conde.

—Pero ¿todos los socios son agricultores?

—Hay de todo. Agricultores, in-

dustriales, comerciantes, militares, profesiones liberales...

—Toda la gama de Sevilla —añade el conde de Casillas de Velasco.

El doctor Navarro López, muy señor en su porte y gestos, que tiene la generosidad como denominador común con el conde, amplía:

—La Directiva tiene mucho cuidado de incorporar al Círculo a los intelectuales. Quizá estén en mayoría las profesiones liberales.

—¿Y sólo de Sevilla?

—Hay lo menos quinientos socios de la provincia. Y algunos, residentes en Madrid, Barcelona, Valencia...

El mundo interior del Círculo es, por lo tanto, bastante complejo. Gente de la más diversa ideología. En los días de pleno —es decir, domingos y días festivos, principalmente— parece esto un arrecife de «peñas», donde cuentan y cantan los pasatiempos y bromas. No restallan diferencias ni estridencias. Hay unidad en la variedad. Y ensarta los grupos el conde.

Una «peña»: «la del tranvía». La gente de más edad. Y también cabeza de algo, el Capitán General, el Gobernador Civil, presidente de la Audiencia, rector de la Universidad... ¿Temas? Todo lo intrascendente que se presente al humor. Nada de profesiones ni de cualquier otra cosa. Su pleno es el domingo.

Otra «peña»: «el remolque». Gente de menos edad. Los que siguen a la «peña» anterior, lo mismo que el remolque sigue al tranvía. ¿Temas? Lo mismo, adaptado a su edad, que oscila entre los cuarenta y los cincuenta años, sin que este cómputo pueda considerarse de límites rígidos. Hay otras «peñas», como «la de la media caña», más joven y movida.

Entre todas ellas se mueve y alterna la diminuta figura física del conde. Llega, se sienta, «se embarca» en la conversación y, cuando le parece, lo deja para ir a otra. El conde está en todo y en todos.

Y el Círculo de hoy está en él.

EN LA FIESTA DE SU NOVENTA CUMPLEAÑOS BAILA EL RIGODÓN

Entre toda esa obra me ha impresionado una cosa: el afán cultural. Cae al suelo una leyenda negra en torno de los grandes labradores de estas fecundas tierras. Hay un afán cultural y artístico. Se ve, se nota, se palpa en galerías y salones, entre los mármoles y azulejos de sus muros y columnas.

Agricultor de buena ley fué don Antonio Halcón y Vinent, conde de Halcón desde 1913 como recompensa de Alfonso XIII a su maritísima y benéfica labor. Allí en las tierras de Lebrija y Jerez—cortijos de la sierra y de abajo—cultivó los campos. Se hizo ganadero de reses bravas en las dehesas de «El Cuervo» y «Malduenda». A caballo recorrió las llanuras de Andalucía la Baja. Y en tentaderos y placitas llegó a matar, según mandan los cáncanes, algún que otro becerro. Campo, caballos y toros. Tanto, que en Sevilla ofreció la estampa nueva y simpática de presentarse con un coche tirado por un tronco de tres selectos y bien



El Capitán General de Andalucía, Sáenz de Buruaga, entrega al conde de Halcón el pergamino en que se le ofrece un homenaje

hermosos novillos. Así realiza, en gesto alegre, la conjunción de Sevilla: caballos y toros. Por sus dehesas pasaron Revarte, Mazantini, el Guerra, los dos Bomba y el Gallo...

El fútbol y otras cosas no son de su tiempo, no los conoce. Pero sí alberga una inquietud de expansión cultural.

Galería adelante entramos por la izquierda en un amplio salón, de unos 15 por 10 metros, separado de la calle Sierpes, aorta de Sevilla, por un leve muro de cristal. Su magnitud, el color verdoso de sus columnas marmóreas, los apartados trisillos de cuero oscuro invitan al diálogo reposado. Preside un busto del conde, testimonio escultórico del Círculo de designación de presidente perpetuo, año 1951. El mismo año de la inauguración de este local.

En un rincón de la galería resplandece sobre un tripode una placa de plata repujada, obra de Cayetano González, el mismo orfebre que ha realizado la maravilla afligianada del paso del Cristo de la Pasión. Esta placa guarda, conserva y muestra en caracteres indelebles el nombramiento.

—¿Qué le parece? Es monumento nacional.

Lleno de satisfacción indica los renta y cinco aniversario», pricho de arte. Un cuadro perfecto, de unos 10 ó 12 metros de lado, o quizá más. Cuatro arcos en cada lado y cuatro balcones de hierro en la planta superior. Y sobre el fondo rojizo resaltan los relieves barrocos de fines del siglo XVII. Una montera de cristal policromado cubre la parte alta, y gruesa alfombra arropa los mármoles del suelo. Arquitectónicamente ofrece la sensación de equilibrio; en su decoración parece conservar influencia azteca. Ocho grandes faroles le dan un tono de luz que, junto con la placidez y el leve murmullo de las conversaciones, hacen olvidar que estamos en centro de pasatiempo y reunión. Y no es que falten mesas en el patio.

—Para cada uno de los 16 balcones hay un repostero representativo de Ayuntamiento de cabezas de partido.

En la planta superior están el bar y salón para señoras y seño-

ritas. Otro salón, inmenso, dedicado a actos. La biblioteca. Sala de Juntas.

En el gran salón conmemoró el conde sus noventa años de existencia. Alegre, juvenil, lleno de humor, como si renovase su vida. Mientras haya algo por hacer será joven. El mismo comenzó la gran fiesta bailando un rigodón con la infanta Dolores.

Y Sevilla entera tomó como suya la fiesta del conde. Y también los de fuera. ¿Qué pasó aquí? La carta de un norteamericano, el coronel Wilson T. Jones, deja testimonio de su asombro: «Celebra los noventa años, cosa difícil de comprender, pero por su porte y agilidad pudiéramos decir que se festeja su cuarenta y cinco aniversario».

Fué, sí, fiesta sevillana su fiesta íntima. Porque Sevilla ha comprendido su generosidad, la entrega de un hombre despendido de todo en beneficio de los demás. Su casa solariega de Lebrija, grande y señorial, es la sede de un convento de Hermanitas de los Pobres, institución sevillanísima dedicada al cuidado y asistencia de los necesitados. Y parte del mismo edificio se ha convertido en seis escuelas, tres para cada sexo. Las tierras de labrantío son la base económica de la institución benéfica. E igualmente ha procedido con otra casa de Ayamonte, también residencia de Hermanitas de los Pobres. ¿Qué más puede hacer un caballero sevillano? En 1939 quedó viudo y sin hijos, e inmediatamente hizo reparto para luego darse él mismo al bien y al favor sin factura. Don Antonio Halcón nunca está en sí; está en los demás.

Cónsul de Lebrija en Sevilla le llaman. Un señor, el señor de los grandes cortijos al servicio de los demás.

—¡El conde! ¡Quiero ver al conde!

Así llegó, casi gritando, al vestíbulo del Real Círculo de Labradores una pobre mujer lebrijana. Mujer de campo, ingenua y un tanto primitiva.

—El conde..., ¿para qué?—le dijeron.

—¿Que lo llamen!

—¿Qué te pasa, mujer?—le preguntó el conde.

—¡Me han robado un pavo, señor conde! ¡Me han robado un pavo!

A partir de este momento, que fué en las Navidades pasadas, el dañado por el robo del pavo parecía el conde.

¿Quién no racueta la algarrada de gritos e imprecaciones que provocó el sucio juego del lotero Escámez? Miles y miles de participaciones, en su mayoría de poca cantidad, que fueron agradecidas con la suerte en el sorteo extraordinario de Navidad, se vieron de la noche a la mañana agostadas por la más despreciable estafa. ¿Dónde, pues, podrían cobrarse? ¿A quién acudir?

—¡Al conde! ¡Al conde!—pareció ser la consigna tácita.

Y allá va el conde, que la gente ve, con ojos ansiosos, correr de puerta en puerta, de personaje en personaje, clamando y reclamando por la gente de su Sevilla. Removió Roma con Santiago. Y los desafortunados afortunados han sentido ya en sus manos el resultado económico de su gestión.

—¡No he terminado todavía! —me dice enérgico ahora.

El Caudillo Franco, en su telegrama, un telegrama bastante especial, de felicitación, ha trazado su semblanza: «...por su labor sevillanísima y la estimación tan popularmente adquirida».

«¡VIVA EL ALCALDE PALANQUETA!»

Había decidido hacer partícipes de su íntima alegría a los pobres de la ciudad. Y dispuso un reparto de pan y otros artículos. Los noventa años del conde. Y del grupo informe y desvalijado de menesterosos se destacó una viejecita, seca y enjuta, torpa y lenta, arreglada con el mejor atavío de sus posibilidades, sin que le falten las gafas, ovaladas con montura de alambre, que temblorosa de emoción y lágrimas se dirige, utilizando su mayor andadura, al grupo de señores que hacen el reparto.

—¡Dejadme que grite!—empieza a decir.

Y su petición hace silencio, que luego llena con trémula voz.

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el alcalde «Palanqueta»!

Aquel grito salía de las entrañas mismas de Sevilla. Aquel era el grito de un reencuentro. Tal vez esta mujer tuvo en boca durante los días de su mocedad ese sobrenombre de «alcalde Palanqueta», con que conocían y calificaban al conde por ser el primer alcalde que concibió y realizó los primeros ensanches de la ciudad.

Ahora, a sus noventa años, no derriba; ahora construye. Reforma y construye porque éste es el signo de las mayores necesidades sevillanas. También derribaría.

Fué concejal, diputado provincial; tres veces alcalde, una por real orden y dos por elección popular; diputado a Cortes, senador y director general de Agricultura. Minas y Montes con el

ministro Amalio Gimeno bajo la jefatura de Romanones. Y siempre la misma política: Sevilla y el bien. Es una entera y perfecta figura municipal.

Siendo alcalde por primera vez, allá por el año 1910, concibió su primer plan de construcción de casas baratas: 1.000 casas. En esta primera etapa quedó el plan. Y el Rey Alfonso XIII le nombró, poco después, presidente del Real Patronato de Casas Baratas. En su segundo mandato tampoco lo pudo conseguir por un cambio de la política. Su tercer intento se vió cortado por el advenimiento de la República.

—Ahora, a mis noventa años, lo he conseguido.

Hubiera querido penetrar en su interior para medir la intensidad de ese algo indefinible que transpiran sus palabras. Un triunfo quizá definitivo en sus valoraciones sentimentales.

—Quinientas viviendas serán entregadas en el próximo mes de abril, y otras 500 en septiembre.

—¿Pueden verse?

No contesta. Pulsa un timbre. Y llega un conserje.

—Que preparen el coche.

Don Rafael Esquivias, primer vicepresidente, sólo comenta:

—Su política es hacer.

Y sonríen el marqués de Albarrada y don José María Lacave.

En coche por las calles sevillanas, sus vivos ojos van revisando calles, aceras, esquinas y edificios. Pasamos por la calle de Queipo de Llano, su primera obra de ensanche, para desembocar en la Puerta de Jerez, donde se yergue majestuoso el hotel Alfonso XIII, el mejor hotel de Europa, obra suya. Continuamos por San Fernando hasta llegar al lugar de la feria. Paramos junto a la caseta de hierro, de hierro artístico, del Real Círculo de Labradores, obra también suya, con la valiosísima colaboración del marqués de Contadero. Cerca de un metro se eleva sobre el suelo la pista de la caseta, cubierta en parte con un techo metálico de 840 metros cuadrados. Las columnas son de hierro, donde la gracia y la filigrana parecen constituir reliquias permanentes de la feria. A un lado, un edificio de ladrillo y azulejos, cuyas puertas aparecen tapadas con celosía: es el bar. La cocina tiene su campamento bajo tierra.

Al pasar por la avenida de Luis Montoto, antes calle de Oriente, también producto de su acción de ensanche, vienen al recuerdo sus luchas por vencer las dificultades que le ofrecían al querer derribar los «caños de Carmona», un acueducto que se internaba en la ciudad por la vía de acceso desde Madrid.

Le llamó el conde de Romanones porque a don Alvaro habían llegado las quejas. No de conde a conde, sino de alcalde a jefe de Gobierno, fué así el diálogo:

—Señor conde, écheme la bronca dentro de un mes o mes y medio.

Y sonrió Romanones ante la decidida voluntad del de Halcón. Y el acueducto en esta parte urbana desapareció.

SIEMPRE ADELANTE: O CASAS Y MAS CASAS

—Qué, ¿hay lio?—me dice, acompañando las palabras con un codacito, al llegar a la nueva barriada, después de brincar dentro del coche por una serie de baches.

Grúas, montones de ladrillos amarillentos, borricos con angarillas que van y vienen, camiones casi hundidos por el peso en la blanda tierra, manzanas ya pintadas y otras a medio construir o iniciadas. He aquí el cuadro que me ofrece la antigua huerta de «La Candelaria», en la zona de Amate. Toco un muro y restalla la ufa en el cemento y arena que une a los ladrillos. Los trabajadores, los encargados se acercan.

—Buenos días, señor conde.

Y el conde se nos pierde hablando, inspeccionando, dando órdenes y enterándose de todo. Anda ligero y casi brinca sobre los montones. Nos precede sin cansancio ni torpeza en la ascensión por la escalera de un piso. Tres habitaciones no pequeñas, comedor, cocina y cuarto de aseo con ducha.

—Han de pagar 6.400 pesetas de entrada, que es lo que vale el terreno, y luego una renta-amortización de unas 45 pesetas mensuales durante veinte años, al final de los cuales pasan a ser propietarios. Ha de ser gente humilde, previamente informada por los párrocos de Sevilla.

Casas de cuatro plantas, alegres, con plazas recoletas de ambiente sevillano. Son 1.000 viviendas, parroquia y seis escuelas. En abril se hará la entrega de 500, comenzadas en agosto pasado.

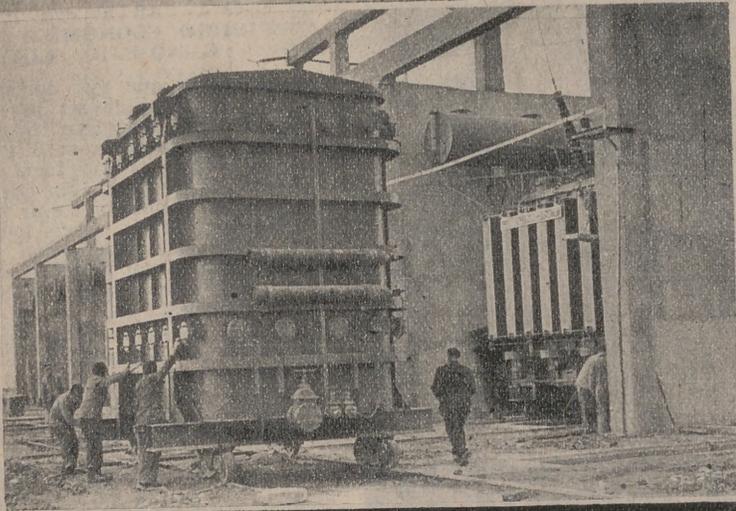
Desde una ventana contempla el blanco conjunto de Sevilla, algo velado por una leve bruma. En silencio permanece unos minutos contemplando. Muchas veces habrá visto este perfil, pero no sobra una vez más. Quiere aprovechar los días.

En Sevilla le esperan otras muchas tareas. Preside honorariamente el Patronato de «Los Javieres», institución jesuita para jóvenes de media y modesta posición, que de un modo apostólico, con ímpetu incansable y generosa dedicación, preside el padre Manuel Trenas. Esta institución tutela y enseña a otra de niños necesitados, desvalidos y sin amparo, a los que se educa y encaja en la vida. El conde, caballero y señor de Sevilla, está siempre dispuesto a toda clase de fiesta benéfica para su subsistencia. Y hace unos meses ha constituido la Inmobiliaria Real Patronato para construcción de casas de segunda y tercera. Ya tiene adquiridos unos 100.000 metros cuadrados por valor de cinco millones de pesetas, en zona urbanizada de la ciudad.

Esta mañana sevillana, en la que ya se presente la primavera, me da la última lección. Cuando nos disponemos a emprender el regreso, los allí presentes no tienen más que una despedida, pero salida de veras del corazón:

—Adiós, señor conde.
JIMENEZ SUTIL
(Enviado especial.)

AUMENTO DE SALARIOS



UNA FORMULA JUSTA Y EFICAZ PARA LA ELEVACION DEL NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES

No habrá subida de precios en los artículos de consumo

Los obreros españoles que cobran por semana verán, el próximo día 6 de abril, aumentado el sobre de su paga de siete días de trabajo. Ellos serán los primeros en percibir la nueva mejora y alza de salarios que el Gobierno acaba de legislar.

La subida de salarios en cuanto puede hacerse, como en este caso, es una de las pruebas más convincentes y categóricas de la existencia de cada vez un mayor nivel de vida de una nación, siempre que esta subida represente una mayor capacidad de adquisición de bienes de consumo por parte del productor y una estabilidad permanente en los precios. La fórmula buscada y atentamente estudiada por el Gobierno para la presente alza de salarios ha tenido muy en cuenta estas dos condiciones, además de otras de igual categoría, que hacen del nuevo procedimiento un modelo de solución para los problemas económicos de consumo en nuestra nación. Por las medidas tomadas, se consigue elevar los salarios sin recargar apenas los costes de la Empresa en concepto de personal. Al mismo tiempo, los nuevos salarios, en una constante estabilidad de precios, traerán, como consecuencia inmediata, un aumento total en la capacidad monetaria de consumo colectivo.

Y, junto a los beneficios del trabajador, estarán los beneficios de la Empresa: a mayor abundancia de dinero en circulación, sin entrar en los límites de la inflación, corresponde proporcionalmente una mayor holgura en la producción por abundancia de consumo. La novedad del procedimiento adoptado demuestra, por sí sólo, que, lejos de perjudicar a los intereses de la Empresa, la

elevación actual de salarios se convierte simultáneamente en un beneficio doble con categoría de un bien general para los intereses del país. En la solución existe y está patente la ampliación del mercado para la industria, el comercio y la producción en general.

Los índices de la producción industrial, elaborados científicamente y bajo una sólida base objetiva por el Instituto Nacional de Estadística, acusan un aumento progresivo y constante de bienes lanzados al mercado.

La actual subida de salarios permitirá, por una parte, absorber



La subida de salarios afectará beneficiosamente a los trabajadores todas las ramas de la producción



Habrá dos etapas en el nuevo aumento de salarios: una en abril y otra en octubre

con creces esta producci3n, y, por otra, estimular un mayor todavía aumento de producci3n, con lo que todos, Empresas y productores, saldrán doblemente beneficiados.

UN AUMENTO CONSIDERABLE QUE REPERCUTIRÁ FAVORABLEMENTE EN LA ECONOMIA FAMILIAR

Conforme al deseo del Estado de que todos los españoles, sea cualquiera la condici3n social o productora en la que est3n encuadrados, mejoren su nivel de vida, se han dictado por el Ministerio de Trabajo las normas en virtud de las cuales van a elevarse de una manera real y justa los salarios de los trabajadores.

Esta elevaci3n tendr  lugar de una manera progresiva y prudente en dos etapas: una, a partir del pr3ximo 1.  de abril; otra, que comenzar  en octubre de este año.

La elevaci3n más importante y más considerable de los salarios de los trabajadores tiene lugar en el mes pr3ximo. Y esta subida, desde luego, se verá reflejada de una manera satisfactoria y grande en la economía de las casas medias. No es que con ella todo el mundo multiplique por mil su capital, pero sí que, en definitiva, habrá una mayor holgura monetaria en los hogares de los hombres que trabajan.

El Ministerio de Trabajo ha especificado, con relaci3n a la pr3xima subida de salarios en abril, lo siguiente: «Sobre los actuales

salarios base, incrementados en el plus de carestía de vida del 25 por 100, formando así un nuevo salario base a efectos laborales, se aumentarán las retribuciones de los trabajadores, con efectos desde 1.  de abril pr3ximo, en un 16 por 100, equivalente al 20 por 100 de los salarios vigentes hasta ahora.»

Ello quiere decir, con un ejemplo práctico, que la subida de salarios repercutirá en los trabajadores de la siguiente forma: Supongamos que este obrero tenga como salario base actual 30 pesetas. A estas 30 pesetas hay que añadirle el 25 por 100 de plus de carestía de vida existente en ciertas especialidades laborales. Supongamos que dicho obrero tenga adjudicado dicho plus de carestía. Entonces, el sueldo base que hoy cobra es el de 37,50 pesetas diarias. Bien; a estas 37,50 pesetas diarias hay que aplicarle el coeficiente del 16 por 100 de aumento a regir. Entonces, lo que este obrero cobrar  en su primera semana abrilera serán 43,50 pesetas diarias como sueldo base. Ello le supone un aumento diario de seis pesetas, que al mes le representa unas 200 pesetas en números redondos.

Si el obrero no gozase en su Reglamentaci3n de plus de carestía de vida, entonces el aumento del salario se realizará sobre el actual sueldo base, pero en vez de emplear un coeficiente de un 16 por 100, se utiliza el de un 20 por 100,

La nueva subida de salarios no influirá en el aumento de precios

que, en resumen, viene a ser el mismo en cuanto al resultado final.

LA EMPRESA SOLO TIENE QUE PAGAR UNA MINIMA PARTE, SIN PERJUICIO ECONOMICO ALGUNO PARA ELLA

Es evidente que este aumento de salarios debe de ser pagado por algui3n. Cabe pensar, en primer lugar, en la Empresa. Si todo este aumento de salarios fuera pagado por la Empresa, sin que a ella le sea permitido elevar sus precios, supondría, desde luego, una grave descompensaci3n en justicia, aparte del perjuicio econ3mico que sobrevendría a las entidades fabriles.

Sin embargo, sobre la Empresa s3lo recae una peque sima e insignificante parte del aumento.

Sigamos con el ejemplo anterior. De las seis pesetas diarias de aumento asignadas a un productor, s3lo le corresponde pagar a la Empresa una cuarta parte, es decir una peseta cincuenta c3ntimos; diferencia que se verá con creces compensada en cuanto será absorbida con mayor rapidez su producci3n industrial en el mercado, como consecuencia de la aparici3n de una mayor capacidad de compra en una gran masa de consumidores, que han elevado de una manera tajante y decisiva su nivel de vida.

El resto de las seis pesetas, es decir las 4,50 que no paga la Empresa, son pagadas al obrero como consecuencia de la desgravaci3n que de las cargas sociales efectúa el Estado.

En efecto, en las normas publicadas se dice: «A fin de que el aumento de salarios no d3 lugar a una injustificada elevaci3n de precios, se reducir  en el 48,29 por 100 la cuota global de Seguros Sociales, fijada en el 24,85 por 100 de los salarios—en la que est n incluidos, además de los Seguros unificados, la cuota sindical y la de Formaci3n Profesional, como es sabido—, de modo que la desgravaci3n de dicha cuota patronal alcance a las tres cuartas partes del 16 por 100 del aumento de los salarios.»

O sea, la Empresa no tiene que pagar de su bolsillo más que la cuarta parte de ese 16 por 100 de aumento sobre el salario base, ya que el resto le queda compensado como consecuencia de la desgravaci3n de cuotas de Seguros Sociales. No hay desembolso de grandes cantidades de dinero, con el peligro de que inundasen el mercado; no hay pues, ni motivo ni justificaci3n remota o pr3xima para una elevaci3n de precios, y mucho menos, inflaci3n.



UNA TÉCNICA PARA QUE EL TRABAJADOR NO PIERDA SUS BENEFICIOS EN LOS SEGUROS SOCIALES

La segunda etapa de elevación de salarios, en lo que se refiere al mecanismo técnico para la puesta en práctica de los mismos, no difiere en esencia de la primera.

Mas los porcentajes ahora sufren una disminución en relación con la anterior subida. En la primera etapa se lleva a efecto un impacto rápido de mejora económica; en la segunda, el efecto perseguido es el sostenimiento de esta mejora.

Sobre el primitivo salario base, incrementado en el 25 por 100 de plus de carestía de vida, se aumentará en esta segunda etapa un 6 por 100, y en aquellas especialidades profesionales que no gozasen del plus de carestía de vida, el porcentaje de aumento será de un 7,5 por 100, que, en resumen, viene a dar lo mismo en relación con la anterior suma.

Sobre el ejemplo del salario de 30 pesetas diarias, el productor percibirá nuevamente, en el mes de octubre, un aumento de dos pesetas con veinticinco céntimos, lo que unido a las seis pesetas anteriores, le suponen un aumento total de sueldo base de ocho pesetas con veinticinco céntimos al día de trabajo.

Estos aumentos de salarios no irán en perjuicio de los beneficios sociales del trabajador, toda vez que se modificarán las disposiciones vigentes relativas al salario base de cotización para Previsión Social, en el que se computarán todos los ingresos percibidos por los trabajadores que no procedan de concesión voluntaria de las Empresas. Y lo que es más importante, se unificará también el campo de aplicación de los Seguros Sociales para que la variación del salario base no implique dejar fuera del régimen de protección a una importante masa de trabajadores. Esto podría suceder si no se hubiera tomado esta previsión, ya que, al aumentar la base sobre la que ahora se establece el límite de utilización de Seguros Sociales, muchos productores no tendrían derecho a la percepción de los beneficios de Seguro de Enfermedad, Vejez, Plus de Cargas Familiares, etc.

Como puede verse por las normas emanadas del Ministerio de Trabajo, ningún punto ni ningún cabo se ha dejado suelto para que la reforma de salarios sea en todos los sentidos un verdadero reajuste favorable.

Una fórmula nueva, sencilla, original y justa para la economía de la Nación y para la economía



Como consecuencia de este reajuste laboral, se aumentará, igualmente, la capacidad de consumo de la masa trabajadora

de cada uno de los trabajadores está ya en vísperas de entrar en vigor. El beneplácito y el aplauso unánime del país es ya un hecho innegable. Con la elevación de salarios y con los métodos y formas propuestos para realizarla se consagra y robustece una política económica y social definitivamente aceptable, respetada y admirada por todos los españoles.

La sociedad trabajadora española, todos los hombres que trabajan y de su trabajo viven, van a participar desde el día 1.º de abril en una obra de dimensión nacional. Y van a participar sin sentirlo, sin necesidad de aceptar el gravamen de nuevos impuestos

fiscales, de nuevas cargas a su economía individual. Una participación gustosa y fácil. El trabajador, el hombre de la calle, el mecánico que está junto a la fresadora, el albañil del andamio y el palustre, el impresor o el litógrafo que realiza delicados trabajos tipográficos; la gama entera de trabajadores de todas las actividades, verán su trabajo mejor remunerado, y con la mejor y más abundante remuneración, se convertirá, necesariamente, en un consumidor más eficaz de todos los bienes de la producción.

Por otra parte, la presencia y la valiosa ayuda del Estado, aportando la parte más voluminosa del alza legislada «para compensar la desgravación de las cuotas de las Empresas, reafirma y robustece el principio de solidaridad entre todos los españoles, adquiriendo dicho régimen de previsión un sentido más social en cuanto es más universal la participación de la sociedad en su financiamiento, en vez de recaer de modo exclusivo en los elementos personales de la producción: empresarios, técnicos y trabajadores.»

Se ha buscado un equilibrio total y justo entre todos los factores de la producción, y el equilibrio se ha conseguido, sin olvidar los derechos immanentes que todos y cada uno de los factores de la producción merecen.

Una nueva solidaridad de intereses unirá a empresarios y trabajadores... Para todos, la misma fórmula en la obtención de los beneficios. Para el trabajador, un beneficio más amplio en el reconocimiento de su prestación; para el empresario, un área más amplia y un mercado más fácil y esperanzador en la producción.

(Fotografías de Cortina)



La nueva ordenación de salarios entraña una fórmula justa y eficaz



FE Y OPTIMISMO

EL discurso del Ministro Secretario General del Movimiento, José Luis de Arrese, el 4 de marzo en el teatro Calderón de Valladolid, con motivo del vigésimo segundo aniversario de la unificación de Falange Española y de las J. O. N. S., ha venido a aclarar conceptos, precisar objetivos y señalar una meta concreta, dignamente ambiciosa y políticamente amplia.

Para quienes querían una respuesta clara, sin perplejidades ni oscuridad de ideas o de conceptos, un ideal marcado, un camino recto de perspectivas limpias, las palabras del Ministro pueden servirles de perfecta aclaración para la coyuntura política del momento. El discurso de José Luis de Arrese ha respondido con claridad de evidencia axiomática a todas las interrogaciones que se hayan podido o se hayan querido abrir en una circunstancia determinada de la historia de la Falange.

«Sólo con fe podremos alcanzar la victoria de nuestros ideales.» Fe en quienes tienen la difícil misión de gobernar. Fe en nuestro mismo destino en la acción nuestra de cada día ejecutada con limpieza de intención, con demasia en la buena voluntad, con sumisión y obediencia a la jerarquía y al mando. Si el hombre sin fe está llamado al pesimismo y a la desesperanza, a la desgana y al cansancio, el hombre de fe es optimista y hacedero, engendrador de esperanza y del quehacer sin excusas ni perezas. En política la fe equivale a fidelidad, a lealtad, a entrega sin desmayo.

Ha hablado el Ministro en su discurso de «insatisfacción falangista». No es la insatisfacción sinónimo del descontento y menos equivalente al concepto de murmuración y de crítica. La crítica y la murmuración son hijas de la amargura y, muchas veces, del resentimiento, de la ambición frustrada. La insatisfacción aquí equivale a un vivo deseo de superación continua, a una voluntad de realización de cuantos ideales lleva-

mos dentro del alma. Estamos insatisfechos cuando a las cosas les quisiéramos poner siempre y a cada momento no el calificativo de buenas, sino el calificativo de mejores: «Si estamos insatisfechos los falangistas, es porque muchas de nuestras ambiciones revolucionarias están aún pendientes de realizarse.» Y, con una claridad deslumbrante, Arrese ha distinguido entre este modo de pensar y de ser de la Falange y las maneras sucias y mezquinas de ser y de pensar, cuya insatisfacción es sólo producto de su misma mezquindad, de su impaciente ambición: «No pretendemos mezclar nuestra insatisfacción con el juego sucio de los comunistas o de los liberales».

Después, el Ministro Secretario ha pasado a señalar las metas esenciales y concretas de esta nueva etapa: «Dos tareas fundamentales corresponden en esta hora a la Falange: ganar la calle y estructurar el Régimen». Dos metas, dos fines que exigen unos mismos medios: fidelidad y limpieza, moralidad y honestidad sin límites, entrega y tenacidad en la acción y en la obra emprendida. Ganar y estructurar equivalen a generosidad y sacrificio, a hacer que arraiguen en el alma popular las firmes convicciones que salieron a la calle un 18 de Julio y a seguir sembrando aquella unidad política que nació un 4 de marzo de 1934. Grandes metas y largas etapas se han ido cubriendo ya en la estructuración jurídica del pensamiento y de la doctrina del Movimiento Nacional. Las más importantes y trascendentales instituciones nacionales se han ido configurando y estructurando de acuerdo con las posibilidades de cada hora. Hoy el Ministro Secretario sitúa una nueva etapa a recorrer. Una meta a la que se ha de llegar sin pausas y sin prisas, con entusiasmo y sin vacilaciones.

EL ESPAÑOL



IBERIA

LINEAS AEREAS ESPAÑOLAS

se complace en anunciar el aumento de servicios en el

HORARIO

Primavera-Verano 1956

A PARTIR DEL DIA 18 DE MARZO

SERVICIOS SEMANALES

- 130 en la línea BARCELONA-PALMA
- 72 " " " MADRID-BARCELONA
- 40 " " " MADRID-SEVILLA
- 46 " " " LAS PALMAS-TENERIFE

Para más detalles dirigirse a las Delegaciones de la Compañía y Agencias de Viajes

Nada puede substituir un



BUSTO IMPECABLE en los vestidos de primavera

¿Cuántas mujeres han perdido su confianza en la vida y han destruido su felicidad íntima descuidando este defecto de Estética que no se sabe compensar: busto flácido, poco o excesivamente desarrollado!

Sabed que ahora podéis obtener sin procedimientos internos, un busto firme y desarrollado, que proporciona a las que lo poseen la confianza de sentirse orgullosas de poseer un cuerpo perfecto.

Resultado de estudios realizados por eminentes especialistas en Cosmética franceses y americanos, de fama mundial, os ofrecen los mejores resultados conseguidos en estos tiempos los tratamientos externos a doble efecto, que en algunas semanas han triunfado sobre los casos más desesperados.

VALE N.º 60

Envíame sin compromiso alguno, la información completa sobre la fórmula n.º y la oferta de prueba a sus expensas.
Nombre _____
Señas _____
Ciudad _____

Plasto Sem

PARIS - BRUSELAS - AMSTERDAM - CARACAS - CASABLANCA - LISBOA

Envíad el vale adjunto o su copia a: SVELTOR-Barcelona. C. Oslo, 27

UNA NOVEDAD mejor que una muestra!

Probaréis sobre vosotras mismas, durante 10 días, a nuestras expensas, un tratamiento completo adaptado a vuestro caso. Para recibirlo es suficiente elegir la fórmula que os conviene e indicarla en el vale adjunto que nos enviaréis sin adjuntar dinero.

Para un tratamiento N.º 1, BUSTO POCO DESARROLLADO, N.º 2, BUSTO FLACIDO, N.º 3, BUSTO DEMASIADO DESARROLLADO.

TAMBIEN LA MARESMATA TIENE SU "PASION"

EL EQUIPO TEATRAL DE MATARÓ PUEDE COMPETIR CON LOS MEJORES DE LAS POBLACIONES DE CATALUNA

LA FANTASIA SE DESBORDA A LOS PIES DEL CASTILLO DE SANTA FLORENTINA

A los pies del maravilloso castillo de Santa Florentina, del pueblo marinero de Canet de Mar, la fantasía a veces se desborda con erupciones de extraña intensidad. Así ocurrió, allá por el año de 1941 ó 42, que un día un grupo de jóvenes, que formaban parte de una de esas compañías de aficionados que funcionan y se desarrollan con sorprendente vitalidad entre los artesanos y obreros de nuestros pueblos, paseando a lo largo de la vía del ferrocarril, en el trecho a lo largo del mar que se tiende entre Canet y Arenys de Mar, empezó a conversar sobre las empresas teatrales de otros pueblos; habló de las famosas Pasiones de Olesa y Esparraguera, que cada año tenían más éxito; recordó los espectáculos semejantes que se desarrollaban cada Cuaresma en localidades de la propia Maresma, y con un brío, una arrogancia y una intrepidez muy españolas, se preguntaron: «¿Y por qué no hemos de hacer nosotros otro tanto?»

Hasta aquella fecha se habían contentado con representar algunas comedias en catalán de Folch

y Torres, y otras castellanas de Muñoz Seca o de los hermanos Quintero. Ellos creían poder hacer algo de mayor amplitud. Se acercaba la Cuaresma y era la época apropiada para montar un festival folklórico de amplias proporciones.

COMO SE ESCRIBE UNA LETRA PARA LA «PASION»

«Sin embargo—me ha dicho José Cid, que actualmente reside en Madrid, donde trabaja en una fábrica textil que ha instalado con éxito en la capital un paisano suyo de Canet, y que era uno de los jóvenes que se habían reunido con estos proyectos en aquella fecha—, tropezábamos con la mayor de las dificultades. Queríamos imitar a Olesa y Esparraguera y carecíamos de una letra para la representación.»

Venturosamente, la presencia del Mediterráneo, este mar que es un estimulante a toda expresión de la personalidad y la iniciativa humanas, y que despierta en todos una extraña comezón de completar la vida con formas y realidades artísticas, acució a otro



Arriba: Una escena de la «Pasión», interpretada por el equipo teatral de Mataró, que corresponde al descendimiento de la Cruz. Abajo: Un primer plano de Judas



Pilatos, en un momento de su actuación

hijo de Canet, que tenía veleidades y aun enamoramientos literarios, y que no era otro que el jesuita padre Jaime Travessa, incitándole a dar forma teatral a algunos pasajes evangélicos.

Aparte de que este instinto que mueve a un creador surgido del pueblo a convertir en materia de vida teatral los pasajes del Evangelio es muy antiguo—como que promueve nada menos que la aparición del teatro en la Edad Media—, la vida en contacto con el

Mediterráneo, que delimita con contornos tremendante precisos las siluetas de las cosas, en esos pueblos de la Maresma infunde a sus moradores un ansia por cuanto sea expresión de personalidad, de voluntad, de poder humano... Así, frente a los grupos masificados que prefieren dejar resbalar sus ojos cómodamente ante una pantalla cinematográfica, surgen los que pretenden crearse ellos mismos su goce y su evasión...

El padre Travessa, que había visto los empeños artísticos de aquellos mozos y aquellas jóvenes—uno era albañil, el otro agricultor, había muchachas que trabajaban en la fábrica, otros que tenían que madruguar para dirigirse a otra localidad donde tenían el trabajo—, les propuso convertir en realidad sus quimeras. «Os escribiré una letra—les dijo—y vosotros la representáis.»

De esta manera nació una de esas Pasiones con que cuenta la Maresma catalana.

EL GRAN EJEMPLO: MATARÓ

«Claro—me ha dicho José Cid—que nuestro gran ejemplo fué la «Pasión» de Mataró.» La «Pasión» de Mataró, de dimensiones gigantescas, ha llegado a ser, si no una de las más famosas, sí

Jesús, amarrado a la columna, es azotado

una de las más excelsas de Cataluña.

Pensamos en la representación de Cervera, que antaño ocupaba toda la población y se desbordaba por las calles y plazas y por las cuevas que trepan bajo arcos umbrosos. Pensamos en el patetismo de las escenas de Olesa de Montserrat. Y en las tragedias en carne viva que representan por Semana Santa los campesinos de la aldea ampurdanesa de Ver-gés.

Claro que la de Mataró tiene un renombre más limitado. Abarca sólo esta zona costera que se extiende desde Badalona a Malgrat. «La «Pasión» de Mataró—observa José Cid—es famosa en toda La Maresma.» Comienzan a representarla al iniciarse la Cuaresma y no paran hasta tres, cuatro y aun cinco domingos después de terminada.

La esposa de Cid, que se sienta frente a su marido en ese pisito de la calle de Bravo Murillo donde me han recibido, interrumpe: «Para tener entrada, hay que encargarla dos o tres domingos antes.» Y continúa: «A mí lo que me impresionó más es el derrumbamiento del templo.»

«Sí—observa él—; es un prodigio escenográfico. Usted tiene la sensación viva de que aquello se le viene encima.» Porque uno de los logros no sólo de ésta, sino de todas las Pasiones tradicionales en Cataluña, es el desarrollo espléndido de la carpintería y del mecanismo teatral. Lo mismo si se trata del «Suicidio de Judas», en Cervera; que de la «Resurrección», en Olesa—Jesús sale violenta y briosamente disparado de la tumba—; que de este derrumbarse el templo, en Mataró, o en la misma ciudad, de la «Resurrección de Lázaro».

«El escenario — observa — se monta a base de unos bloques de cartón que imitan piedra viva. Como un rompecabezas. Imagine usted los cubos de un rompecabezas formando un castillo, unos sobre otros, amontonados... Entonces es menester poca cosa: una presión insignificante que separe de su sitio a uno de ellos para que todo ruede y se venga abajo...»

«Pero lo de la «Resurrección de Lázaro», esto—insiste, golpeando la mesa en que se apoya—técnicamente es mejor. ¡Qué truco! Y José Cid se refocila recordándolo.

Entonces me describe, un poco atropelladamente — sus palabras se atropellan de pura emoción—, que la mortaja de Lázaro está sostenida por unas gomas tirantes atadas a un alambre. Lázaro se alza majestuoso, envuelto enteramente en la blancura de sus vendas. Y de pronto, basta con accionar un dispositivo que pone en movimiento el alambre... Y es algo muy rápido. Y se realiza tan de prisa, que uno no se da cuenta de nada.

Es posible que lo que se realice en un santiamén pierda visibilidad de puro precipitado. Las gomas retraen y arrancan las vendas tan rapidísimamente, que se desvaen como si se fundieran en el aire. Y ya tienen ustedes a Lázaro, tan campante, en medio del escenario del teatro de la Sala Cabañes, de Mataró.

LA PERFECCION DEL DECORADO

A una pregunta, quizá un poquitín escéptica, que me permití ci-



rigirle con imperdonable audacia, José Cid me cortó: «Otras Pasiones podrán fallar... La de Mataró, no; la de Mataró es eterna.»

Eterna, con lo que tiene un magnífico sabor popular en sus mismas pretensiones de espectáculo erudito, lleno de grandeza. Y que tiene la grandeza de las cosas ingenuas y el sabor de lo que a las gentes sencillas les sale del alma.

Con momentos llenos de candidez y de inocencia, como el de Cristo en la barca, en que el movimiento del mar se produce a base de distintos planos de decorado, que se mueven oscilando durante la representación. Con la Ascensión, en que la figura se remonta sobre el conocido escotillón coronado de nubes de cartón y de humo. Con la Crucifixión, patética y realista, a la manera de las de Cervera, Vergés y Olesa. Con la escena de Pilatos, que es un actor de talante majestuoso y se mueve hierático y señorial...

«Pero lo mejor — insiste José Cid — es la escenografía. Mataró posee para su «Pasión» decorados giratorios. El decorado puede girar sobre un eje. Si aparece de este lado, ahí tiene usted una decoración. Se le da la vuelta, con el escenario a oscuras, y en unos segundos el panorama ha cambiado.»

De esta manera, si ahora nos hallamos en el Pretorio, de pronto nos encontramos, sin tener que aguardar—como en otros espectáculos, en que es menester escuchar durante bastantes minutos el ruido de los martillos que instalan la nueva decoración—, en la Calle de la Amargura. Y aparece la escena de la caída de Cristo, y vemos al Cirineo, y a la Verónica. Y estamos en la escena cumbre: la de la Crucifixión, y muy rápidamente nos trasladamos al Sepulcro.

UN REALISMO DEMASIADO AL VIVO

La «Pasión» de Mataró, que se representa por Cuaresma en la Sala Cabañes, es organizada por una entidad particular, y sus gastos, que no son pequeños, se costean con los beneficios que produce la venta de entradas el año anterior.



Cristo en la Cruz

Pero no vayamos a creer que la Maresma sólo conoce la «Pasión» de Mataró. Esta es el ejemplo, la incitación, el logro más depurado. Pero ahí tienen ustedes las de Badalona, Calella, Arenys... «En Lla-

vaneras — observa mi interlocutor—la representan sólo cuando algún equipo se presenta allá para representarla.»

Claro que en esta última población, que tiene una de las tradiciones más firmes de teatro de aficionados, con la presencia de Luis Masriera, es bien acogida toda manifestación artística o teatral.

Tres escenas de la «Pasión» en Mataró



negocios, que ahora reside en Barcelona, dirigió durante unos años la «Pasión» de su pueblo, rompe a hablar de la escenografía, la tramoya, la indumentaria, la luminotecnia, el mecanismo, los trucos, las apariciones y desapariciones, las cortinas de humo, las bengalas y todo cuanto hace que sea esplendorosa y sugestiva una representación teatral.

En Canet se tropezaba con una dificultad. Aquellos jóvenes, que montaban su «Pasión» en el teatro de un centro de aficionados—uno de esos centros teatrales que, como he dicho, constituyen uno de los signos humanos y culturales del alma mediterránea de la Maresca—, disponían de un escenario reducido.

«Es—me dice José Cid—como si usted quiere exhibir un elefante en una casa de muñecas.»

La comparación me agradó. Reconozco que es difícil, con escasez de medios, la brillantez de los resultados. Aquel escenario—como me observa—era estúpido para representar «Els pastorets». Los pastorcillos a las vueltas de la Navidad. Es—con la «Pasión», que obtiene cada año más auge—otra de las preocupaciones teatrales del pueblo catalán.

Pero esos hombres sencillos—el tendero de al lado, los obreros de la fabriquita, las planchadoras, las muchachitas que apenas si han salido de su casa, el labriego, el pescador, el recadero, el albañil—, que disponen de todos los recursos para la ingenua representación navideña, tropiezan con obstáculos, con frecuencia invencibles, al lanzarse a empresas de más vuelo.

«Es tan pequeño el escenario, que no pudimos representar la Crucifixión.» José Cid me lo confiesa con semblante acongojado. Pero bien pronto se recobra y se llena de entusiasmo y animación. Porque también en Canet han sabido hacer escenografía y jugar con los resortes teatrales.

«En el momento de la Oración en el Huerto—me dice—, cuando Jesús alza el cáliz, ocurre algo singular... El cáliz es transparente. Está lleno de un líquido blanco. Jesús lo alza, metiéndolo un poco detrás de un bastidor en forma de árbol. En un momento determinado, alguien vierte desde dentro en el cáliz unas gotas de otro líquido. Y, sorprendentemente—para el público, claro—, el agua cobra un intenso matiz rojo. Cuando aparece el ángel que consuela a Jesús, se recurre a otra combinación química, y el líquido vuelve a tornarse blanco.»

Parece que esos actores, entusiastas y sacrificados, de nuestros

pueblos catalanes, y los directores de sus equipos teatrales, se hayan extremado y hayan puesto todos sus esfuerzos y aguzado su ingenio hasta lo indecible para conseguir la mayor magia de la representación.

Una de las escenas en que suele ponerse mayor cuidado, y en que se extreman los recursos, es la de la Santa Cena. Recuerdo con agrado su presentación en Olesa de Montserrat. De pronto el cáliz—como el Santo Grial en una representación de la ópera wagneriana se llena de una extraña luz.

La escena de la Cena tiene una potencia, por la poesía de la inmovilidad, que no tienen las escenas dinámicas, por su plástica y su movimiento. «También a nosotros se nos ilumina la copa—me dice ahora José Cid—. Y se nos ilumina toda la mesa.»

Bajo las toallas hay unos agujeros y salen unos reflejos de una luz muy clara. Pero esta luz se derrama particularmente sobre la gallarda inmovilidad de la figura de Jesús.

ANAS, UN PERSONAJE EN DIRECCION PROHIBIDA

«Un día, cuando se apagaron las luces para cambiar el decorado, como nuestro escenario es tan pequeño y todo estaba tan oscuro, Anás, que tenía que dirigirse a los bastidores caminó desorientado hacia la orquesta, cayendo sobre el contrabajo. Cuando se encendieron las luces, el músico, un poco sorprendido, preguntó: «¿Qué hace este hombre aquí arriba?»

José Cid, representando un día el papel de Pedro—su papel habitual—, salió a escena diciendo aquello de: «Prop d'aquest braser seuré cercant escalfor», que en castellano corriente y moliente es: «Me sentaré junto a este brasero buscando calor.» Y precisamente en aquel momento, en que empezaba ya a caldearse la gran tragedia, el público estalló en carcajadas.

Porque en la confusión del cambio de decorados, los tramoyistas se habían olvidado de poner el brasero.

Es posible que en estas Pasiones, realizadas a fuerza de sacrificios—unas Pasiones modestas y un poco en tono menor, que siguen el ejemplo de las que en Cataluña cuentan ya con un gran prestigio—, aparezcan a veces tropezos minúsculos como éstos. Sin embargo, no sirven más que para destacar la nobleza y la dignidad de una tremenda voluntad de belleza, de creación, de realización de valores culturales, religiosos y artísticos, que es algo inefable y conmovedor.

«Sólo le diré—me cuenta José Cid—que durante el ensayo, que era diario y comenzaba cuatro o cinco semanas antes de empezar la Cuaresma, no nos retirábamos nunca a descansar antes de la una o la una y media. Y muchos tenían que levantarse antes de las cinco para ir a su trabajo. Y había un labrador que tenía que hacer a aquellas horas un trecho por descampado y a pie.»

Francisco SALVA MIGUEL



Jesús, camino del Gólgota con la Cruz, a través del Calvario

En todas las Pasiones de Cataluña se advierte una tendencia al más descarnado de los realismos. Como ejemplo les diré que un año, en Cervera, al personaje que representaba el papel de Jesús, en la escena del Centurión, éste, en vez de darle con la lanza trucada, cuya punta se ablanda y dobla al contacto del cuerpo, por equivocación le clavó una lanza de verdad. El protagonista—herido realmente, con un hilillo de sangre verdadera—continuó tan inmóvil, tan sereno, representando su papel.

Esto es un caso de equivocación. Quizá una equivocación no valga como ejemplo. En Vergés, a sabiendas, los que azotan al protagonista con varas de fresno, le dan golpes duros, implacables, que dueñen muy de verdad. «Yo—me dice José Cid—representé una vez en Canet el papel de Jesús. La escena de las bofetadas se hace a lo vivo. Y la verdad es que a uno le pegan con espíritu.»

«Hacen daño—sigue, con un ademán muy serio—. Pero es que si no hicieran daño, la obra produciría una sensación de falso, de pequeñez, de fracaso.»

«También nosotros—continúa—hicimos nuestros pinitos, no se crea.»

Y ahora, este catalán de la Maresma, que con un hombre de



El cuadro artístico de Mataró interpreta la escena en la que Jesús verifica, ante sus discípulos y la muchedumbre, el milagro de la curación del paralítico

FILOSOFO DEL MOTOR

«AUNQUE SE TRIPLICASE
EL NUMERO DE TRACTORES
EN ESPAÑA NO HABRÍA PARO»

MANUEL ARIAS - PAZ Y SUS LIBROS DE PISTONES

UNA VIDA CONSAGRADA A LA INVESTIGACION DE LA TECNICA Y LA MECANICA

MAS fácil todavía ha sido el lema del libro que sobre los tractores y su técnica ha escrito don Manuel Arias-Paz.

Nuestro interlocutor es un hombre más bien alto, de conversación cultivada y palabra fácil y justa.

—Entre los conductores de automóviles, e incluso de camiones, hay muchas personas de nivel cultural que aun no teniendo conocimientos de mecánica, los asimilan con facilidad, y si los choferes son profesionales, lo son todos los días del año, vividos en un ambiente mecánico que les permite la rápida percepción de las explicaciones que sobre este tema lean. Pero bastantes tractoristas son hombres del campo sin los conocimientos o las prácticas de los habituales del volante, y muchos de ellos recién incorporados al manejo de una máquina sólo esporádicamente en sus manos, porque los tractores no funcionan más que en ciertas épocas, ejerciendo sus conductores otras tareas laborales los más de los días.

Con estas palabras, don Manuel Arias-Paz justifica el carácter divulgador y llano de su libro sobre tractores, en el que ha puesto el autor todavía más sencillez que en los anteriores libros de divulgación mecánica. Esta es la justificación del carácter elemental y a veces, reiterativo de una obra cuyo fin es divulgar determinados conocimientos de mecánica entre la gente del campo.

El mayor éxito editorial de este escritor técnico ha sido su «Manual de automóviles», del que se han hecho desde 1940 hasta ahora veintidós ediciones, con un total de 205.000 ejemplares vendidos en España y América. Pero también tuvieron buena acogida por parte del público sus obras «Cartilla de circulación automóvil», un libro sobre gasógenos, otro de motorismo y otro sobre automóviles, eléctricos, y se

espera un nuevo éxito con el libro que sobre las motocicletas y su técnica está pronto a aparecer a la venta.

FUEGO CONTRA EL ALTA VOZ

Don Manuel Arias-Paz es coronel de Ingenieros. Tiene cincuenta y seis años de edad, cuatro hijos, dos varones, uno ingeniero, otro médico, una hija casada y otra, la «niña de la Victoria», que nació al terminarse la guerra de Liberación.

El señor Arias-Paz ha nacido en La Coruña, y es «gallego por los cuatro costados». Fue ingeniero a los veintiún años y ha trabajado en construcciones militares, en obras de fortificación; pero, sobre todo, en transmisiones y automovilismo. En la campaña de África tuvo a su cargo, en Annual, y en 1921, una de las primeras emisoras de radiodifusión que empleó nuestro Ejército.

También ha sido «un poco periodista», ya que cursó estudios de técnica y tecria de esta profesión en la Escuela de Periodismo de «El Debate» y fue durante algún tiempo redactor de «Ya» en los años anteriores a la guerra de Liberación, cuando el periódico era de la tarde.

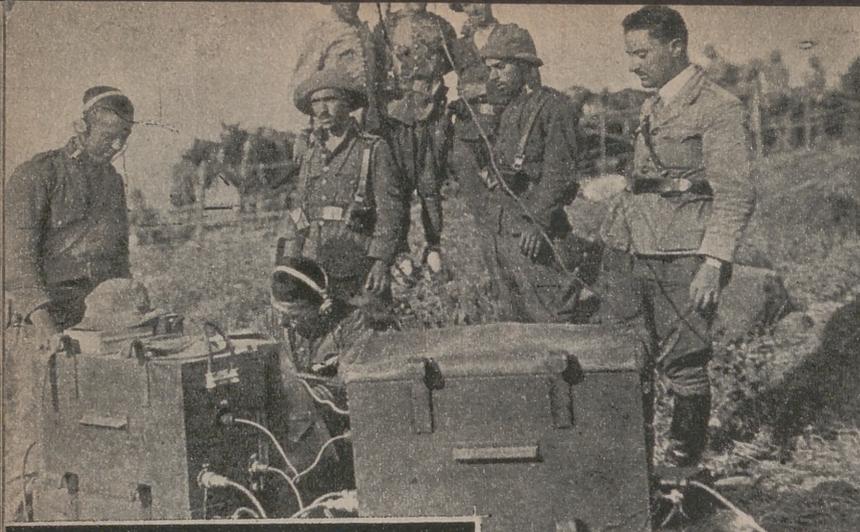
Trabajó como obrero durante un curso de especialización en los



El señor Arias-Paz, con sus dos hijos, en el Parque del Oeste

talleres de la General Motors. En tiempos anteriores a 1931 fué, durante tres años, profesor de la Escuela de Automovilismo del Ejército.

El Movimiento Nacional le sor-



En esta fotografía, hecha en 1921, en Monte Arbos (Africa), aparece el señor Arias-Paz, el primero de la derecha, con su equipo de radio

prende en La Coruña, y pronto se incorpora al esfuerzo de guerra. En el frente de Toledo, prestando servicio en Transmisiones, organizó, con un camión de propaganda comercial, el primer servicio de altavoces del frente, con el que logró buenos éxitos de guerra psicológica en el mismo frente, inaugurada con la noticia de la toma de Málaga.

En vista del éxito logrado con la guerra de altavoces, se amplía el servicio por el frente de Madrid, para cubrir el cual son preparados gran número de aparatos de amplificación, a los que se suman otros requisados en las salas cinematográficas de numerosas localidades. Las emisiones del frente producen, casi siempre, un concierto de explosiones; pero también logran el impacto espiritual que se esperaba.

MANUAL DEL HOMBRE AL VOLANTE

Don Manuel Arias-Paz es llamado al Cuartel General del Generalísimo, donde se le encarga de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda; pero a los ocho meses deja la mesa de despacho para trabajar nuevamente en el frente.

En julio de 1939 comienza a escribir su «Manual de automóviles», cuya primera edición sale a la venta en abril de 1940. Los seis mil ejemplares de la primera edición se agotan rápidamente a los diez meses. Se suceden las ediciones, cada vez más numerosas, sin que el mercado llegue a saciarse, y así, hasta la vigésimo-segunda edición.

Y es que don Manuel Arias-Paz conoce bien el tema, ya que, además de sus estudios de ingeniero y su práctica, ha sido, durante varios años, director de la Escuela de Automovilismo del Ejército.

—Ni en los libros técnicos se sabe «a priori» el que se va a vender, ya que los editores, por psicólogos que sean, nunca tienen la certeza de cuáles van a ser las preferencias del público.

—¿Es cierto que el éxito del «Manual de automóviles» sorprendió a la misma Empresa?

—La preferencia del público por este libro técnico ha sido, en efecto, sorprendente. Hemos llegado a la conclusión de que se vende más los sábados por la tarde, lo que demuestra que es el trabajador el más interesado en el «Manual de automóviles».

—Se ha dicho que el autor de ese Manual se ha hecho millonario, ¿es verdad?

—Es cierto que ha sido y sigue siendo un buen éxito editorial.

—¿Y sobre la venta en América?

—Una tercera parte de las ediciones del «Manual de automóviles» se ha vendido en los países de Iberoamérica. Calculo que cada año salen para América ocho mil ejemplares de este libro.

—¿Ha habido ediciones piratas del «Manual de automóviles»?

—Por lo menos ha habido una de esas ediciones clandestinas en Méjico. La procuramos combatir con los verdaderos ejemplares, reduciendo a un mínimo el margen de beneficios. La edición fraudulenta llegó a anunciarse en la Prensa con unos recuadros que decían: «¡Por fin el Arias-Paz en Méjico!»

MAS CELERIDAD, PERO TAMBIEN MAS PRUDENCIA

Nuestro interlocutor no es un teórico del automovilismo y la mecánica. Nos cuenta que ha tenido varios automóviles desde 1925.

—Debo sumar más de un millón de kilómetros de carretera recorridos con las manos al volante y a velocidad viva, sin que, por suerte haya tenido ningún accidente.

—A veces se dice que, en España, los automóviles corren más prudentemente que en otros países. ¿No hace falta un mayor dinamismo del tráfico, especialmente en las ciudades, para evitar los embotellamientos de tráfico?

—En mi «Cartilla de circulación automóvil» tengo explicado todo un código de la prudencia. Hay que ser prudente cuando se pisa el acelerador, pero también es cierto que los automóviles se han hecho para poder marchar de prisa. Se puede correr mucho, y con aceptable seguridad, si la pista es buena, los frenos seguros y el conductor tiene atención despierta, buen golpe de vista y rapidez en las decisiones, o sea, si tiene buenos «reflejos». Una circulación más viva en las grandes avenidas de las ciudades a veces puede ser necesaria para evitar la congestión del tráfico, pero también es verdad que en el tráfico urbano hay que tener mucho cuidado, ya que, por el gran número de obstáculos móviles, es como si se estrecharan las vías de circulación.

Es cierto que la «velocidad excesiva» es causa de muchas desgracias, pero eso de «velocidad excesiva» es un término relativo. La velocidad que es extremadamente peligrosa para un conductor determinado o con tal automóvil, no lo es para otro. La velocidad posible depende, más que de la cifra de kilómetros por hora, de las condiciones del conductor, y también de la potencia, peso y estabilidad del vehículo, así como de otros varios factores, entre los cuales está, naturalmente, el estado del piso sobre el que se rueda.

Lo importante es el estado psicológico y hasta físico del conductor. Si se siente seguro, confiado y «dominando», entonces puede correr bastante; pero si nota que «algo no va bien», si se siente desconfiado e inseguro, entonces debe ser extremadamente prudente, por mucha que sea su técnica y experiencia en el manejo del volante.

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTYERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PIDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirjase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

Una norma elemental es la de que para «llegar pronto», no es preciso que se fije la aguja del velocímetro en una elevada cifra, sino que la marcha del coche habrá de variar continuamente, ajustándose a las circunstancias del camino y del tráfico. Habrá momentos en que un automóvil —en buen estado mecánico y bien calzado— podrá ir seguro a 120 kilómetros por hora, por ejemplo. No obstante, el conductor debe tener en cuenta el que esas facilidades pueden disminuir, y que el estado de la carretera, las curvas y el tráfico pueden aconsejarle disminuir la velocidad. Por eso hay que ser flexible y adaptarse a las circunstancias. Donde se pueda correr, se pisa a fondo, pero recordando las reglas del «Código de la prudencia», y muy especialmente aquella que dice: «Conduzca siempre de modo que pueda parar en el espacio libre visible».

TREINTA MIL TRACTORES EN ESPAÑA

En este punto de la conversación pasamos del vértigo de las grandes velocidades al paso lento del tractor. Don Manuel Ariaspaz ha escrito un magnífico libro sobre los tractores; una obra llena de gráficos explicativos que es casi un tratado sobre la vivisección de esas máquinas agrícolas. Queremos preguntarle a su autor algo sobre la mecanización agrícola en nuestro país.

—¿Cree que los tractores pueden ocasionar el paro en el campo?

—La mecanización del campo necesita llegar a un grado muy elevado para que el paro tecnológico se produzca. Es cierto que el tractor disminuye el número de brazos que hacen falta para una determinada faena, pero también es verdad que el incremento industrial que representa la producción de tractores compensa con creces, esa disminución de los puestos de trabajo agrícola.

—Pese al gran aumento del número de tractores que trabajan el campo español en los últimos años no puede decirse que nuestro país sea de agricultura mecanizada.

—¿Qué número de tractores existen actualmente en España?

—Su número no llega todavía a



El fotógrafo ha sorprendido al señor Ariaspaz, con sus hijos, examinando el motor de su coche. Una lección práctica en ruta

treinta mil. En nuestro país existe un tractor por cada 800 hectáreas cultivadas, mientras que en los Estados Unidos hay cinco millones de tractores, o sea uno por cada 45 hectáreas en cultivo.

—¿Es Norteamérica el país de mayor densidad en tractores?

—El número de tractores no debe verse de una manera absoluta, sino en relación con el número de hectáreas que están en cultivo. Debe ser siempre un número relativo.

La proporción entre tractores y hectáreas en cultivo es, en algunos países europeos, aún mayor que en los Estados Unidos de América. Por ejemplo, en Suiza existe un tractor por cada veinte hectáreas en cultivo.

—En España, ¿existe algún peligro inmediato de una saturación mecánica en el campo?

—Nos falta tanto en nuestro país, para llegar a esa saturación, que no existe aquí ningún peligro de paro tecnológico agrícola, ni próximo ni remoto, por causa de los tractores. Aunque se triplicara el número, estaríamos lejos del punto en que pudiera comenzar el paro. Ya he dicho que la industria de la ciudad y la creación de manufacturas que aprovechan los subproductos agrícolas absorben, con creces, los brazos agrícolas que pudieran quedar en paro forzoso.

—Pero es evidente que el trac-

tor disminuye el número de cabezas de ganado que se dedica a las faenas agrícolas, ¿no es así? Este ganado no se coloca en la industria, a no ser que logre una plaza en el matadero.

—En efecto, los tractores quitan, poco a poco, el ganado de las faenas agrícolas, pero la sustituyen con ventaja.

MECANIZACION ES POTENCIA INDUSTRIAL

—¿Cree que la densidad de tractores es un índice que indica el grado de industrialización de un país?

—Estoy convencido de que país muy mecanizado es también un país de potencia industrial. Aun suponiendo que los tractores se importen, su conservación y las reparaciones hacen crecer, necesariamente, una industria auxiliar de accesorios que proporciona muchos puestos de trabajo.

Nuestra conversación con el ingeniero señor Ariaspaz nos convence de que exageran los que dudan de que también los hombres de especialización técnica puedan ser buenos conversadores imaginativos y con muestras evidentes de cultura humanística. Le preguntamos sobre este punto y nos dice:

—No tengo las orejeras del especialismo. He procurado que mi profesión no me encasillase, y por eso me ocupé de satisfacer mi curiosidad por otras muchas materias que no están relacionadas de una manera directa con el que hacer propio, con el tajo específico de mi trabajo habitual. Aunque estoy suscrito a un gran número de revistas nacionales y extranjeras sobre mecánica, procuro leer también gran cantidad de libros que, sin hablar de motores y engrases, tienen mucho pistón e interés para el espíritu.

Al despedirnos de don Manuel Ariaspaz pensamos en la utilidad pública del ingeniero divulgador que, en los libros como en la palabra hablada procura poner los difíciles conocimientos de la técnica al alcance del hombre de la calle.

Francisco COSTA TORRO



En su mesa de trabajo el señor Ariaspaz comprueba y repasa la edición de su último libro

LA EXCOMUNION DE JOSE STALIN

Por Camilo BARCIA TRELLES

RESULTA fácilmente explicable que la Prensa y la nación norteamericanas hayan seguido con creciente interés el desarrollo de las sesiones del XX Congreso del partido comunista ruso. De lo debatido y finalmente aprobado se nos ha ofrecido el siguiente balance:

1. La guerra no es necesariamente inevitable; capitalismo y comunismo pueden coexistir pacíficamente (ello contradice no sólo la línea leninista, sino los dogmas de Stalin de 1952, a tenor de los cuales en tanto constituya una realidad el capitalismo la guerra es inevitable).

2. No es imprescindible el implantar el comunismo en otros países a medio de revoluciones violentas; puede advenir como un fruto parlamentario (frente a la doctrina de que el comunismo sólo por medios violentos puede imponerse).

3. En los países capitalistas, los comunistas deben unirse a socialistas y a otras fuerzas progresivas, para implantar una «real democracia» (opuesto a la aseveración comunista, tildando reiteradamente a los socialistas de «lacayos del capitalismo»).

4. La dictadura unipersonal, monopolizada por Stalin, se declara condenable, y ahora la consigna se traduce en la exaltación de la dirección colectiva.

Las cuatro anteriores deducciones fueron consignadas por B. J. Cutler en el «New York Herald Tribune» del 21 de febrero. Como complemento de tal versión podemos referirnos al contenido de un editorial aparecido en el citado periódico neoyorquino titulado «Cambio de tácticas y permanencia de objetivo», posición dialéctica que intenta justificarse con la siguiente apreciación: no se alteró la constante temática de que las tácticas se supeditan a las finalidades comunistas; sencillamente de lo que se trata es de sustituir el sistema sangriento por la subversión insidiosa. Si esta versión es adecuada, resultará que, sustancialmente, nada ha cambiado en lo que atañe a los designios finalistas del comunismo. Sobre esta deducción y en lo que atañe a su posible consistencia dialéctica quisiéramos brindar a los lectores de EL ESPAÑOL algunas consideraciones, por si ellas pueden actuar como elemento aclaratorio del problema que estamos analizando.

Se manipulan aquí dos elementos en situación jerárquica: el uno, ocasional, y, como tal, susceptible de alteraciones sucesivas; el otro, permanente, y en tal sentido de imposible reemplazo. Así enfocado el problema, parece correcta la tesis norteamericana; pero es bien sabido que a veces la complejidad de las cuestiones no dimana de su propio contenido, sino que puede ser fruto de un inadecuado planteamiento de las mismas. ¿Es esto lo que puede registrarse en la presente coyuntura? Encarémonos con la precedente interrogante y admítase, provisionalmente, como tesis la de que muchas veces las alteraciones tácticas pueden implicar modificación sustancial del problema planteado. A tal efecto, proyectemos nuestra atención no en el llamado campo táctico, sino en la esfera de lo sustancial.

Es principio comunista el de que en la pugna entre el comunismo y el capitalismo aquél, en última instancia, saldrá triunfante. Si esto se admite, puede, igualmente, consignarse que el tiempo trabaja en favor de Rusia y que la U. R. S. S. puede, con toda tranquilidad, sentarse a la puerta del Kremlin en espera de ver transportar el cadáver de su enemigo. Esta deducción, que parece encerrar una determinada exactitud, no es tan evidente como sus propugnadores pretenden. Así se deduce recordando lo que Stalin escribiera, poco antes de fallecer, en la revista «Bolchevik» y cuya tesis, en esencia, podía sintetizarse así: Rusia, extendiendo su poder político, directa o indirectamente, sobre el mundo satelizado y abarcando dentro de su área hegemónica a China, aspira a crear una especie de monolito económico, integrado por ochocientos millones de consumidores. Ta-

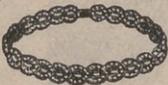
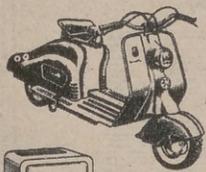
monolito significa que se ha registrado una retracción en el mercado mundial, ya que del mismo es preciso restar esa masa ingente, cobijada bajo la autocracia soviética. Stalin creía que esa merma en el área de lo que hasta entonces había sido mercado mundial, reduciendo el área colonial del mundo capitalista, agudizaría las dimensiones en el seno del mismo, disparidad vinculada en la acción coetánea y desacorde del neocolonismo norteamericano y el colonialismo de tipo metropolitano, que algunas naciones se obstinan en galvanizar.

No sabemos lo que habrá impresionado a los lectores de dicha «revista» esa especie de testamento político de Stalin. Acaso se hayan visto impresionados por el encubierto optimismo del autócrata desaparecido. Mas esto no nos interesa. Lo que si nos parece digno de relevancia es otra consideración: que si el proceso de descomposición del mundo capitalista es tan irremediable como aseveran los doctrinarios de Moscú, no resulta fácilmente explicable por qué se acude a esos medios no biológicos, sino patológicos, para acelerar el sedicente ocaso del mundo libre. Tal acción parece evidenciar que no pisaban terreno dialécticamente firme cuantos, desde Moscú, afirmaban sin titubeos que el mal portado por el capitalismo en sus profundas entrañas parecía estar llamado a producir un desenlace fatal y más o menos inmediato.

No fué preciso esperar a que Anastas I. Mikoyan dijese que Stalin, con su frase «Después de que se haya desarticulado el mercado mundial, el volumen de la producción de los países capitalistas se contraerán», formulaba un juicio incorrecto y que no parecía adecuado para ayudar a la causa de Rusia. Antes de que se reuniera el XX Congreso del partido comunista ruso, ya la famosa tesis de Stalin había sido inhumada de hecho. Pensamos así porque los sucesores del autócrata desaparecido, no fiando en las profecías de Stalin, articuladas en torno a la tesis de la retracción del mercado mundial, consideraron que era preciso rebasar la tesis del monolito ruso y preservando esta organización mastodóntica hacer acto de presencia en países no absorbidos por el sistema satelitizador, tales como la India, Afganistán y Birmania. Esta inclinación se incrementó en el sentido del espacio, después que Krustchev y Bulganin se erigieron en voceros de una política de clara intervención económica en el Oriente Medio, y de modo especial en Egipto. En los años que separan los de 1952 y el actual de 1956 Rusia ha recorrido mucho camino, en el sentido de proceder a modificaciones, que, a nuestro entender, no son sólo tácticas, sino, en cierto modo, sustanciales.

Es aquí donde reanudamos nuestro proceso reflexivo en torno a lo que debe considerarse como artificio ocasional y aquello que se eleva a la categoría de base normativa y, como tal, irreformable y es a propósito de esta valoración como se produce nuestro dissentimiento respecto de la tesis reflejada en el citado editorial del «New York Herald Tribune». Consideramos que, aun concediendo que esas mutaciones rusas afectan tan sólo al campo específicamente táctico, tales contradicciones dejan inevitablemente su huella y afectan de modo decisivo a la ya hoy tambaleante dialéctica soviética. Rectificar es una cosa; alterar la conducta cuando así lo exige una errónea interpretación de los problemas planteados y una inadecuada formulación de profecías y previsiones no puede realizarse impunemente, ya que quien se adentra en esa conducta irremediablemente va dejando convertida en jirones lo que algunos reputaban todavía como viviente ortodoxia.

En suma, este mal de la perplejidad y de la desorientación, que constituye la mácula prominente del actual período posbélico, ha alcanzado a Rusia y la infección padecida parece exteriorizarse cada día que transcurre con más alarmantes síntomas, cuya vigencia y multiplicación situarán a la U. R. S. S. en una postura cada vez más inestable. Ahora suponemos que el tiempo estará en favor de nuestra tesis.



Y
10.000
pesetas
en efectivo.

brandy **SOBERANO**
del que solo cabe decir:

¡grato aroma!
¡qué color!
¡grados justos!
¡buen sabor!
¡viejo origen!
¡sí, señor!
eso es el **SOBERANO**
de los coñacs, ¡el mejor!



Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran **QUINIELA SOBERANO**, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. R., o por la Prensa de su localidad. Con cada botella 30 boletos y por cada copa un boleto. Los premios semanales son: una MOTO Scooter Lambreta - Un FRIGORIFICO Edesa Un VIAJE a París por once días, dos personas, con Viajes Meliá - Una PULSERA de oro, de Villanueva y Laiseca - Una ESCOPETA de Casa Ugartechea - Una RADIO con pick-up Philips Un MUEBLE BAR Alfa y 10.000 pesetas en metálico, a repartir entre los acertantes no agraciados con los premios anteriores. La **QUINIELA SOBERANO** es ya famosa en toda España

GONZALEZ BYASS

Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, el gran programa de González Byass, por Radio Madrid



"RASGO" PUBLICIDAD

En marcha hacia el futuro

Núm. 3



Puede ser que algún día...

esta avispada jovencita vaya a una famosa universidad con la esperanza de conseguir uno de los más preciados títulos académicos. Sus estudios le serán mucho más fáciles y menos arduos que a los alumnos de otros tiempos. Ante sus admirados ojos, los microscopios electrónicos Philips revelarán recónditos secretos de la naturaleza. Por ser mujer puede gustarle especializarse en zootecnia o en los aspectos científicos de la agricultura. En estas ramas de la biología encontrará numerosos productos Philips, tales como lámparas U. V. bactericidas, insecticidas y fungicidas. Con ellos podrá realizar importantísimos experimentos biológicos y hacer su vida más provechosa y amplia.



Es muy posible que los descubrimientos de Philips sean un arma de paz en las manos de esta inteligente mujercita.

PHILIPS

CONTRIBUYE A UN MEJOR MUNDO DEL MAÑANA

Toda persona que envíe una colección completa de estos anuncios al apartado de Correos 14.063, Madrid, aunque sean de diferentes periódicos, recibirá un obsequio «PHILIPS». (Esta colección consta de DOCE originales.)

PONTEVEDRA, UNA CIUDAD DESPIERTA

HECHA PARA EL ENSUEÑO Y
LA CORTESIA, VIBRA EN UN
AMBIENTE DE INQUIETUDES

CUATRO MILLONES DE PESETAS AL AÑO
PRODUCEN LOS VIVEROS
FLOTANTES DE MEJILLONES DE LA RIA



VISION MODERNA DE UNA VIEJA PROVINCIA QUE PROSPERA

YO creo que algún día se escribirá la novela de Pontevedra. Un libro costumbrista que refleje el desusado ambiente en que la ciudad vive. Un ambiente que, a despecho de la injusta frase que la define como una ciudad que duerme, vibra en todas las inquietudes del espíritu. Ambiente éste con sus tertulias literarias, con sus pintores de atrevida escuela, con sus reuniones de melómanos... En suma, con su interesante personalidad, que me hizo a mí temer que después de haberla visto me sería difícil olvidarla. Porque Pontevedra, con su sinuoso y sutil encanto, se hace dueña del viajero tan pronto como éste se adentra en ese mundo aparte de bienandanza y sin problemas, en el que se hacen versos, se comentan conciertos o en su teatro de cámara se ensaya una tragedia griega o una obra de última hora.

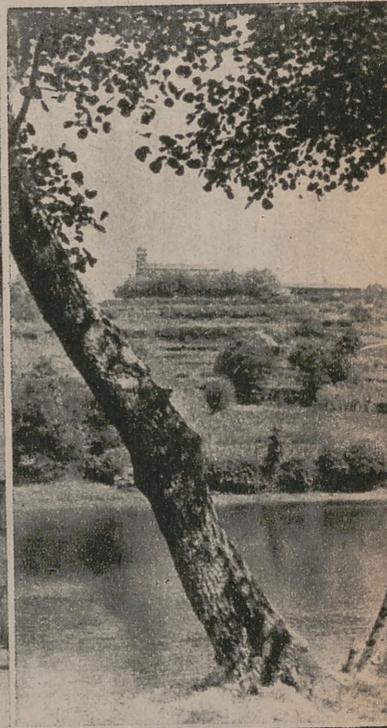
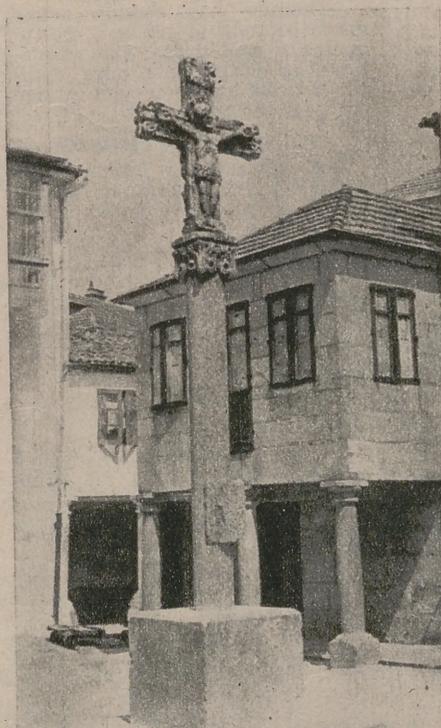
Tiene, pues, la ciudad una fisonomía propia e inconfundible que la hace ser propicia para el ensueño, y al adentrarse en sus calles siente una, de pronto, la alegría de saber que aun quedan ciudades para soñar. Pero no solamente diría yo que Pontevedra es una ciudad para soñar, sino que es una ciudad amable, de innata y leve elegancia y como hecha para la cortesía. Ciudad que ama las buenas maneras, y que cuando perdió su poderío marítimo-comercial, porque su ría se cegó casi de arena, dedicóse al cultivo de las artes y las letras.

ENAMORADA DE SU RIO

He salido a la parte más pintoresca de la ciudad. Camino bajo una lluvia pertinaz que me ha de acompañar ya durante toda mi estancia aquí. Así he llegado al puente de la Barca. La fina cortina de lluvia pone cendales grises en el paisaje. A mis pies, el Lerez pasa bravo para ir a mezclarse con las aguas de la ría, aguas de ese mar mayor que es el

Océano. En su curso, el Lerez discurre por entre abedules, sauces y cañaverales. Dicen que en verano es un río riente que canta y canta deslizándose en un rumor dulce. Pero ahora, cuando el viento lo encrespa, es un río salvaje de aguas altas y revueltas, un río que parece se va a desbordar, no se sabe bien si de pasión o por la tormenta que se avecina. Ante él la ciudad se queda estática, sumisa y como enamorada. En verdad, el Lerez es un río como para enamorar.

Desde el puente se divisa alla abajo Porto Santo, donde algunos situaron el nacimiento de Colón, en esa endeble leyenda de que el descubridor era pontevedrés. Más allá, al otro lado, el típico barrio de «mareantes de la Moureira», vestigio del pasado marinerío de la ciudad. Mareantes aquellos que fundaron la Cofradía del Corpo Santo y erigieron la iglesia de Santa María, que es ahora el más bello monumento de Pontevedra. Gentes de mar que oraban y bregaban, negociantes



Crucero en la plaza de La Leña, en la vieja ciudad gallega. Derecha: El Monasterio de San Benito de Lerez, a orillas del río, domina un impresionante paisaje



Porto Santo, barrio marineru pontevedrés, en el que se dice nació Cristóbal Colón

y piadosos, y que hicieron este puerto famoso por las mercaderías que por él se exportaban. De la importancia comercial que Pontevedra tuvo entonces quedó la perennidad de estos versos:

*Pasando Marin, allí en otra ría,
está Pontevedra, gran contrata-
ción,
y aun de vecinos de más pobla-
ción
que en todo este reino hallar se
[podría...*

Pero antes y después de estos versos la ciudad pasó muchos altibajos que la desmembraron y le dejaron huellas hondas. Desde luego que si buscamos en la entraña de su origen, en seguida nos encontraremos con el mito. Aquí, en este punto, hay que poner otra vez sobre el tapete la teoría de la colonización helénica de Galicia, que en tocante a Pontevedra nos sirve bien aderezada la leyenda de que Teucro, hijo de Telamón, fundó esta ciudad, a la que llamó Helenes, la «bella Helenes», como aun hoy se la denomina. Cualquiera de esta tierra se ensartará en recitaros:

*Fundóte Teucro valiente
en esta encantada orilla
para que fueran del mundo
la preciada maravilla...*

En el siglo XII se conoce a Pontevedra con el nombre de la «Pontis Veteri». Fernando III el Santo le concede privilegios por el esforzado arrojo con que marineros pontevedrenses, al mando de Payo Gómez Charino, tomaron parte en la conquista de Sevilla. En cuanto a ser codiciada, lo fué mucho y sufrió tres ataques británicos en diferentes épocas: el del duque de Lancaster, el del pirata Drake y el del brigadier Osmond. Pero si las cicatrices se cerraron en la piedra o en la arcilla, no así ocurrió en el alma, que recuerda siempre la afrenta y al mismo tiempo la gloria. Y puestas a imaginar nos parece oír, al pasar por estas calles, un tenue susurro que nos cuenta cómo fué de heroica la resistencia de sus habitantes frente a los invasores. Pero dejaré las divagaciones para contar que estoy frente a la plaza de toros, y me dicen:

—Cuando hay corrida acude gente de toda la región y portugueses a centenares. Esta explanada es insuficiente para aparcar a todos los coches que vienen del país vecino.

ITINERARIO EMOCIONAL

Dos monasterios famosos circundan a Pontevedra en la distancia de un breve paseo. Estos

monasterios son el de San Juan de Poyo y el de San Benito de Lerez. Por el puente de la Barca se va al primero. En los sábados, por este puente, se dirigen al cenobio, que es uno de los más antiguos de España y que fué fundado por San Fructuoso de Braga, muchos fieles que quieren gustar de un trasunto de cielo. Efectivamente, al ponerse el sol, los monjes mercedarios de Poyo levantan sus voces en honor de la Madre de Dios en un tono profundo, acompasado, solemne y bellissimo. Y esta emocionante salve toma calidades angélicas, mientras las blancas cogullas son una sinfonía nivea. Y nosotros pensamos que más de algunas conversaciones se efectuarían después de oír esta salve del monasterio de Poyo.

Por el viejo puente romano del Burgo se va al monasterio de San Benito de Lerez. Este puente, que quedó en ruinas cuando la invasión inglesa de 1720, fué reformado por el arzobispo Malvar y ahora, el año pasado, se ha ensanchado con veintidós bóvedas de hormigón armado y se le han dado luces de trece metros. De noche, las bujías de sus nuevos faroles ponen en la negrura del agua fantásticos temblores. La reconstrucción de este puente ha sido una de las obras de urbanismo de las muchas que se han emprendido en la ciudad.

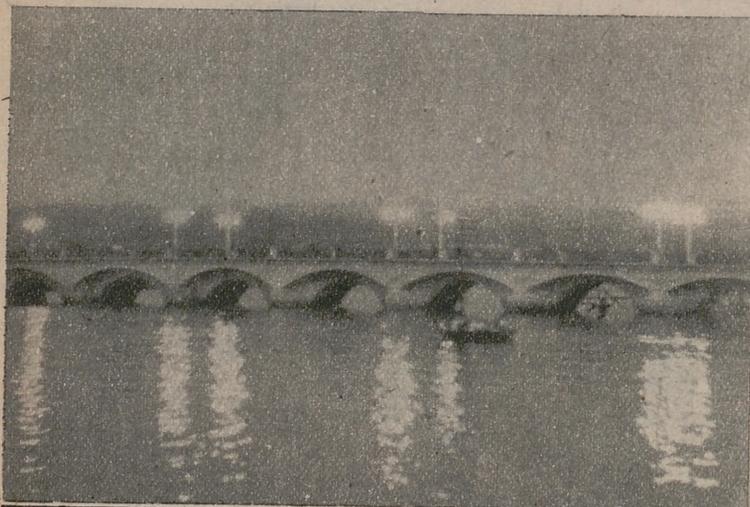
Pero yo estaba diciendo que por este puente se va a Lerez, a este monasterio de gran fervor popular. Dos romerías al año se hacen ante él. El 21 de marzo y el 11 de julio. Desde luego que ya no están en él los monjes benedictinos. Hace mucho tiempo que no están, quizá desde la excomunión. Ahora es parroquia, pero se le sigue llamando monasterio, y como tal lo visitan los turistas. Al frente de ella está desde hace cuarenta años el anciano sacerdote don Leandro del Río, verdadero padre de los feligreses de estos campestres contornos. Se está tratando de que los benedictinos vuelvan a su monasterio y el principal promotor de la idea es el propio don Leandro, que quiere que a su muerte, o cuando ya sus muchos años le impidan seguir llevando a cabo su sagrado ministerio, los añosos muros del cenobio vuelvan a ser testigos de las oraciones y austeridades de los penitentes hijos de San Benito. Mientras, ahí sigue, como siempre, esa imagen de San Benito, y delante de él una lámpara encendida, con cuyo aceite es tradición que las verrugas se caen como por ensalmo. Lo gracioso del caso es que para el pueblo devoto esta imagen está en santa competencia con el San Benito de Paredes, santo este último que recibe las ofrendas casi a toneladas y cuyo cantar dice así:

*San Benitinho de ojo redondo
si no me muero he de ir a verte
con la mía madre,
y te he de llevar
una bota de vino.
y una vola de pan de Porriño.*

Pero da la réplica a este cantar el siguiente, que se canta por aquí:

*Si vas a San Benitinho
no vayas al de Paredes,
que hay otro más milagreiro:
el San Benito de Lerez.*

Y yo todavía no he podido com-



El puente del Burgo, sobre el río Lerez, en la noche

prender por qué al de Paredes se le dice San Benitiño de ojo redondo.

CIENT MIL HECTAREAS REPOBLADAS

Todo alrededor del monasterio de Lerez es de una espléndida y exuberante vegetación, digna de un aguafuerte de Castro Gil. Y siempre el río ciñendo la ciudad, persiguiéndola tenazmente. El Lerez se remonta en su recorrido al borde de carreteras, por lo que su fácil acceso constituirá un paraíso para los pescadores fluviales cuando ya dé sus frutos la política de repoblación salmoneira, que se está llevando a cabo en él por la Segunda Región de Pesca Continental, al mando del ingeniero jefe don Maximiliano Elegido. Las posibilidades del Lerez serán entonces de 2.500 salmones y 10.000 truchas. Pero el río también va a dar otra productividad. A 15 kilómetros de la ciudad se están construyendo dos saltos en cadena, que darán una energía eléctrica de 70.000 HP. Por otra parte, las industrias que se pueden montar en las márgenes del río disfrutarán de los beneficios que el Ayuntamiento acaba de conceder, como es la exención de arbitrios y tributos en un período de quince años después de verificarse las instalaciones. Aquí ya está instalada desde hace poco la importante firma Productos Químicos Ibéricos, y se anuncia que quizá venga la Tafisa. Por todo esto, al contemplar este paisaje desde la orilla del río, pienso que no solamente se limita a ser belleza natural, sino que también este agua servirá para laborar por la nueva España. Pero si el panorama desde aquí es sencillamente maravilloso, también podemos disfrutar de una vista inolvidable su- biendo al mirador de Samieira. Desde él, las rías semejan fiordos nórdicos. En la ría de Pontevedra hay 40 viveros flotantes de mejillones, que producen una riqueza anual de 4.000.000 de pesetas. En este monte Figueirido está el vivero central del Patrimonio Forestal del Estado con toda clase de especies arbóreas. Los servicios del Patrimonio han laborado tan activamente en esta provincia en los últimos años, que han llevado a cabo una repoblación forestal de 100.000 hectáreas.

Y no quiero dejar los alrededores sin mencionar: La Lanzada, el sanatorio antituberculoso de la Diputación, dotado de todos los adelantos modernos y enclavado en un paraje de mar y campo.

LOS MEJORES CANTE- ROS DE ESPAÑA

No en balde en la comarca están los mejores canteros de España. Y así, Pontevedra tiene esa piedra extraordinaria que le da una ampulosa presencia. Sus edificios públicos, como el Gobierno Civil, la Diputación y todos en general, son verdaderamente monumentales. Al lado de ellos, la perspectiva de la Alameda, con sus robles, tilos y plátanos. Luego, ya encantan los jardines cuidadosísimos de Vicenti y esas calles limpias, claras, modernas, como la de Michelena, la de Mora y muchas más. La calle estrecha de la Oliva es el paseo obligado por las noches y su pavimento está abrillantado, pulido de tanto pasarlo y repararlo la juventud pontevedresa, y en los días de fiesta también los cadetes de Marín.



Un antiguo crucero vi- gila el blando y dulce paisaje en la carretera de Pontevedra a Caldas de Reyes

Pero yo prefiero las calles viejas y a las calles viejas me voy. Callejita de los Soportales, y antiguas plazas, la de Murgategui, la de Teucro, recientemente reconstruida, donde se representó «Electra» por el teatro de Cámara pontevedrés y donde se podrían celebrar muy bien «Festivales de España». Y, por último, pasando por la calle de Gregorio Hernández, que aunque fundador de la escuela castellana, era pontevedrés, llegamos a la plaza de la Leña, recóndita, sugerente, con un crucero en su centro. En ella está el Museo Provincial, del que ya hablaré más adelante.

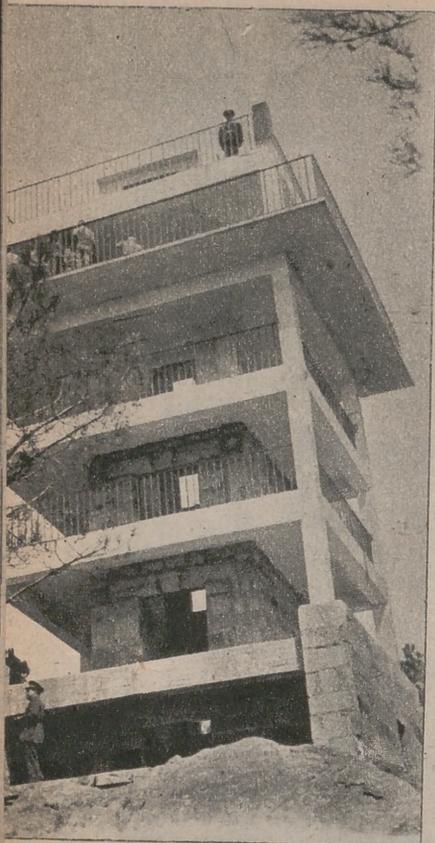
Siguiendo recovecos de hondo sabor histórico se llega remansándose a la casa del Barón, donde está instalado el parador de Turismo, magnífico, de depurado gusto, donde todo está a punto y al que ambientan, en el clima que un turista prefiere, las calles que le rodean abrumadas de siglos.

Pero esto de andar, aunque sólo si quiera sea un rato, con un catedrático de Historia por estas calles tiene lo suyo, y más si se trata de don Julián Álvarez Villar, que asimismo es delegado provincial de Turismo. Recorremos las ruinas de Santo Domingo, del mejor gótico gallego, y que ahora están convertidas en museo arqueológico. Después, llegamos a la calle del Arzobispo Malvar, y en una elevación de la misma, imponiendo con su imprevista y se-

vera mole, se alza Santa María la Mayor, aquella que erigió el gremio de Mareantes, como dije al principio.

PONTEVEDRA ESTA DES- PIERTA

El presupuesto ordinario de la Diputación suma 45.000.000 de pesetas y así se ha hecho posible el que una de las atenciones de la Diputación como es el hospicio sea un establecimiento benéfico no ya modelo en su clase, sino obra revolucionaria de la más moderna concepción. Hace tres años justamente que la reforma de este centro se está llevando a cabo sin interrupción bajo la inspiración directa del Presidente de la Diputación, don Luis Rocafort, al que segunda eficazmente el administrador, don José Covelo. Y desde luego lo primero que se hizo en la evolución del centro fué llamarle Hogar Provincial. Como verdadero hogar yo he visto funcionar la casa, bajo la vigilancia de 16 Hijas de San Vicente de Paúl. Este Hogar ha dejado de tener la rígida frialdad de un orfelinato y todo funciona a un ritmo moderno. Los párbulos aprenden por el sistema Monteros, mientras los mayores tienen los talleres de enseñanza profesional con que cuenta el centro. Los muchachos disponen de talleres de Artes Gráficas, panadería, Zapatería, carpintería, peluquería, radioelectricidad, mecánica y fon-



El mirador de Samieria, del Ministerio de Información y Turismo

tanería. Las muchachas trabajan en alfombras de nudo, géneros de punto, corte y confección, peluquería de señoras, manicuras y enseñanzas del hogar.

El número de niños acogidos a los que aquí se les llama simplemente alumnos, es de 150 niñas, 120 niños y en el Hogar Cuna, 60 pequeños de ambos sexos. En este número van incluidos 40 sordomudos que reciben la enseñanza adecuada.

El presupuesto anual de gastos es de 2.500.000 pesetas que sufragará en su totalidad la Diputación Provincial. Es la instalación de los talleres se han invertido 1.300.000 pesetas y ahora se ha aprobado un presupuesto extraordinario del que recibirá el Hogar 1.000.000 de pesetas para la adquisición de material. También recibiría para ampliar los talleres y adquisición de material. También recibiría 125.000 pesetas para la instalación de un gimnasio.

Los talleres tienen al frente maestros especialistas en cada una de las profesiones; además de las enseñanzas escolares a cargo del profesorado oficial en niños y de hermanas tituladas en niñas.

Los aprendices de estos talleres profesionales cobran sueldos de 150 y 200 pesetas mensuales que se depositan a su nombre en libretas de la Caja de Ahorros Provincial, de las que podrán disponer una vez que causen baja en el Hogar que es a los diecinueve años y una vez obtenido el título de especialistas profesionales. Los que son capacitados cursan el bachillerato en el Instituto de Enseñanza Media.

Los trabajos realizados en los

talleres durante el año 1955 arrojaron un volumen de 999.000 pesetas.

Y ya que he hablado del Instituto diré que éste tiene una pujante vida. El jefe de Estudios, el catedrático don Marcelino Jiménez, me asesora de muchas de las actividades que desarrolla este centro docente. La matrícula oficial se compone de 642 alumnos, la mitad, aproximadamente, femeninos. Aparte existe una Escuela preparatorio, cuyos grados tienen 190 niños y niñas. El Instituto es modelo en algunos aspectos, por ejemplo, sus laboratorios trabajan en colaboración con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En gimnasia educativa y deportes es el único centro oficial que participó en el Campeonato Nacional Escolar de 1955, quedando subcampeón nacional y campeón de segunda categoría. La cátedra de Filosofía cuenta con un Seminario de Estudios, cuya biblioteca siempre está concurrida por los alumnos de los últimos cursos. El Instituto realiza también excursiones a lugares artísticos, científicos o industriales de España y del extranjero. Últimamente se ha hecho un viaje a París. Sobre él, la alumna de quinto curso, Araceli Filgueira, ha escrito un libro lleno de garbo literario que titula: «Camino francés. De Pontevedra a París por la ruta de las peregrinaciones».

En cuanto a la labor social, en Pontevedra, la Obra Sindical del Hogar lleva un ritmo de 200 casas baratas por año.

Aquí existe la Sociedad Coral Polifónica, que fué dirigida por Leopoldo Stokowski en una grandiosa audición en la basílica compostelana. En cuanto a la Sociedad Filarmónica, está integrada por médicos, abogados y personas de gran relieve social. También existe la orquesta de Cámara y se acaba de crear Los Amigos de la Música Grabada, que se reúnen en el Paraninfo del Instituto montando unas audiciones comentadas por los alumnos de los últimos cursos. En estas audiciones todos los aficionados aportan sus discotecas. De reciente creación son también el Cineclub y el teatro de Cámara «Valle Inclán», el que últimamente ha montado la obra de Priestley, «Llama un inspector».

Pero del arte en Pontevedra no se puede hablar sin hacerlo de su Museo Provincial, Museo evocador todo él por el que yo ando quedo por temor a romper la quietud en que están sumergidos sus tesoros. Museo siempre propicio al visitante, museo amigo que cuando fui a verle no era hora de visita, pero que un empleado de él que vive enfrente abrió para mí.

Sus fondos van desde la prehistoria hasta el arte moderno. Aquí, en una cámara fuerte está el tesoro de Caldas de Reyes compuesto de 23 kilos de oro hechos bellísimos adornos femeninos, como collares, brazaletes, pendientes. Unas joyas pertenecen a la edad de bronce y las otras a la edad de hierro. Hay también magníficas porcelanas de Sagardelos y una colección de azabaches, entre la que destaca un crucifijo de casi medio metro.

Hay cuadros de Ovidio Murguía, el hijo de Rosalía de Castro, un autorretrato de Manolo Quiroga.

el violinista en el que nos muestra que manejaba tan bien el pincel como con el arco. Pero la sorpresa la experimento cuando veo un Sotomayor al que tomo por un Zabaleta, según la atrevida mezcla de los colores. Se trata de una obra de la primera época de don Fernando.

Todo está aquí perfectamente ambientado. En la sala naval, por una escalera de traza marinera llegamos a una justa reproducción de la cámara de Méndez Núñez en la fragata «Numancia».

Pero junto a la gracia de este museo tan bien tenido, está la ardua labor de ficheros, biblioteca, archivos gráficos, visitas dirigidas y conferencias.

Su director y director también del Instituto de Enseñanza, don José Filgueira y el secretario y abogado, Alfredo García Alen, son el alma de este museo entrañable para ellos.

EL CORAZON DE LA CIUDAD

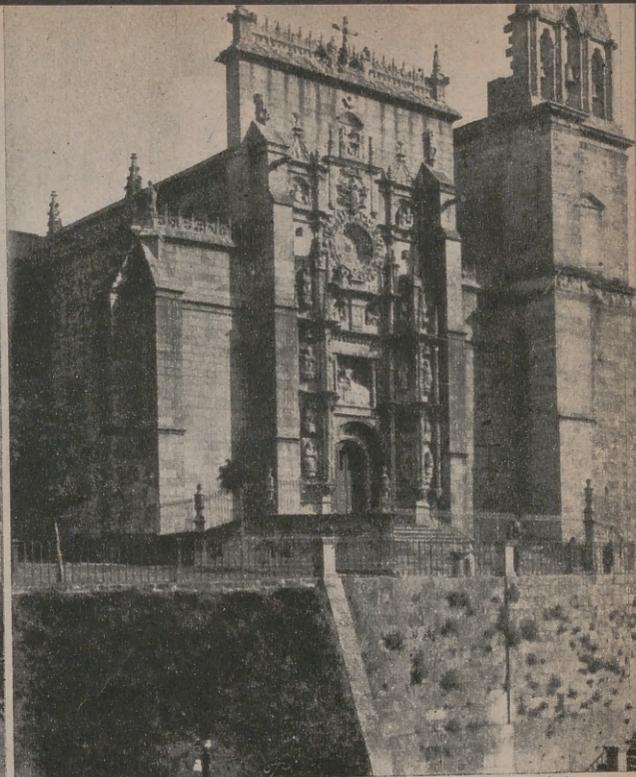
La capilla de la Divina Peregrina, con su original forma de concha de peregrino, está en el mismo corazón de la ciudad, y es como el centro y eje de toda ella. Cada pontevedrés yo creo que nombra más de cien veces al día a la Peregrina y pasa por ella, porque necesariamente tiene que pasar, cuantas veces pise la calle. Ella, la Virgen caminante, es la Patrona de la ciudad. Pero esta iglesia nunca se cierra completamente; esto es, se cierra una verja de hierro y se deja la iglesia a la vista de los fieles. En el atrio hay colocados bancos y desde ellos se puede rezar a la Virgen aunque sea a deshora y aunque las señoras hayan olvidado sus velos, ya que estos bancos se encuentran fuera del recinto sagrado. La pila del agua bendita es una enorme concha natural. El estilo de la iglesia es barroco y fué proyectada no por un arquitecto, sino por Antonio Souto, sargento del regimiento de Milicias Provinciales. Su fiesta se celebra el 15 de agosto. Durante estas fiestas tiene lugar en el parque del Casino el tradicional Baile de la Peregrina, baile famoso del que aquí se habla durante todo el año.

Y un poco más allá, en la que fué plaza de la Herrería, y que hoy se llama jardines de Don Castro San Pedro, está la fuente tan traída y llevada por la conocida letrilla:

*Pontevedra é boa vila
da de beber a quen pasa;
a fonte na Ferrería,
San Bartolomé na praza.*

Y ahí está ella, desde 1554, brindando sus catorce chorros a la sed de quien pasa y siendo el símbolo del carácter acogedor de esta buena villa.

Pero por estos alrededores se topa una con los poetas. Por aquí andan los modernos bares y por aquí están las tertulias. En una esquina el Méndez Núñez, en otro el Savoy. Allá abajo, en la bonita plaza de la Estrella, con sus verdes macizos, está el bar Carabela, en el que se reúne la «crema de las letras». Hay un grupo compuesto, entre otros, por el escritor y periodista Sabino Torres y ese gran poeta que es Cuña Novás. A este grupo acuden muchas



La fuente de la Ferrería, con sus catorce chorros, recuerda la copla del cantar: «Pontevedra es buena villa, da de beber a quien pasa...» Derecha: Iglesia de Santa María la Mayor, levantada por el «gremio de mareantes»

veces el arquitecto don Emilio Quiroga, hermano del eximio violinista. Don Emilio, que es un hombre como de sesenta años, habla con el entusiasmo de la juventud. El, que es un amante de la música y que toca el violonchelo, me dice:

—Nos hace mucha falta un Conservatorio. El padre Sopena prometió ayudarnos para conseguirlo. Pero el tiempo pasa y es una pena, una verdadera pena. Hay aquí tantos muchachos que quizá fueran músicos notables...

Pero si en el Carabela están los escritores, en el California podemos ver diariamente a Jaime Valle Inclán el hijo menor de don Ramón María. Jaime, con un gran parecido con su padre, es un excelente pintor, que cuando se cansa de coirer mundo se vuelve a Pontevedra. Otros dos jóvenes y estupendos pintores son Jesús de la Sota y Agustín Portela.

En tertulias también existe el grupo que dirige don Modesto Bará y que lleva por lema «Pro Colón pontevedrés». Pero, cuidado. No esbocen ustedes una sonrisa irónica y créanme que esta misma tesis la defiende el erudito jesuita, padre Tomás Barreira.

En cuanto a Prensa, Pontevedra tiene el único periódico hecho a mano que queda en España. Se llama «Litoral». Es bisemanal y hay que adentrarse en su redacción para darse cuenta del esfuerzo que supone su tirada.

—Es un periódico de artesanía —me dicen riendo sus redactores. Pero yo sé que hace sólo unos meses se le ha concedido un premio de la Dirección General de Prensa.

Director de «Litoral» es Rafael Landín, y entre muchos sostenedores del periódico figura el

ilustre pontevedrés Sánchez Cantón.

EN EL CASINO DE MARIN

Bajo una lluvia torrencial vamos a Marín y, ¡quién dijo miedo! Digo vamos porque me acompaña Cuñá Novás y la poetisa Marisa Alonso.

Claro que Pontevedra está comunicada con Marín por modernos trolebuses, pero de todas maneras nos mejamos lo nuestro. En esta plaza, en la que finaliza el trayecto, se alza la Escuela Naval que hoy está silenciosa y como dormida, porque es día de fiesta.

Y vamos al casino de Marín donde los alumnos del Instituto dan un recital de folklore gallego. No importa que hayamos llegado tarde. Don José Filguei-

ra hace repetir a los niños en honor nuestro. Baladas galaicas y lusitanas se alternan en una emotiva hermandad.

Al volver lo hacemos en uno de los autobuses del Instituto. Por el camino, chicos y mayores cantan todo lo cantable. Después, la lánguida cadencia de esos versos de Curros Enríquez:

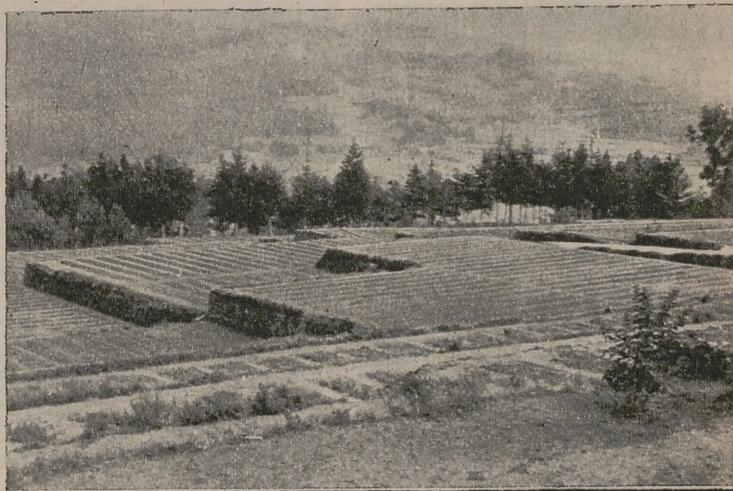
*Una noche, en la era del trigo,
al reflejo del blanco lunar,
una niña lloraba sin tregua
los desdenes de un ingrato galán.*

Al fin llegamos. Es mi última noche en la ciudad. Miro una y otra vez la silueta de la Peregrina para llevármela plasmada en la retina.

Ahí está, erguida sobre la plaza y así la recordaré yo.

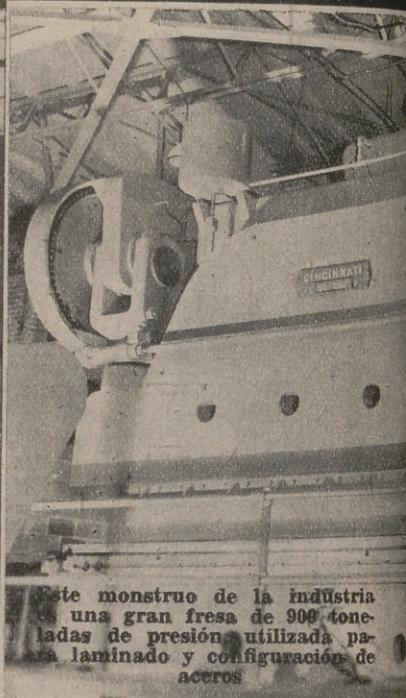
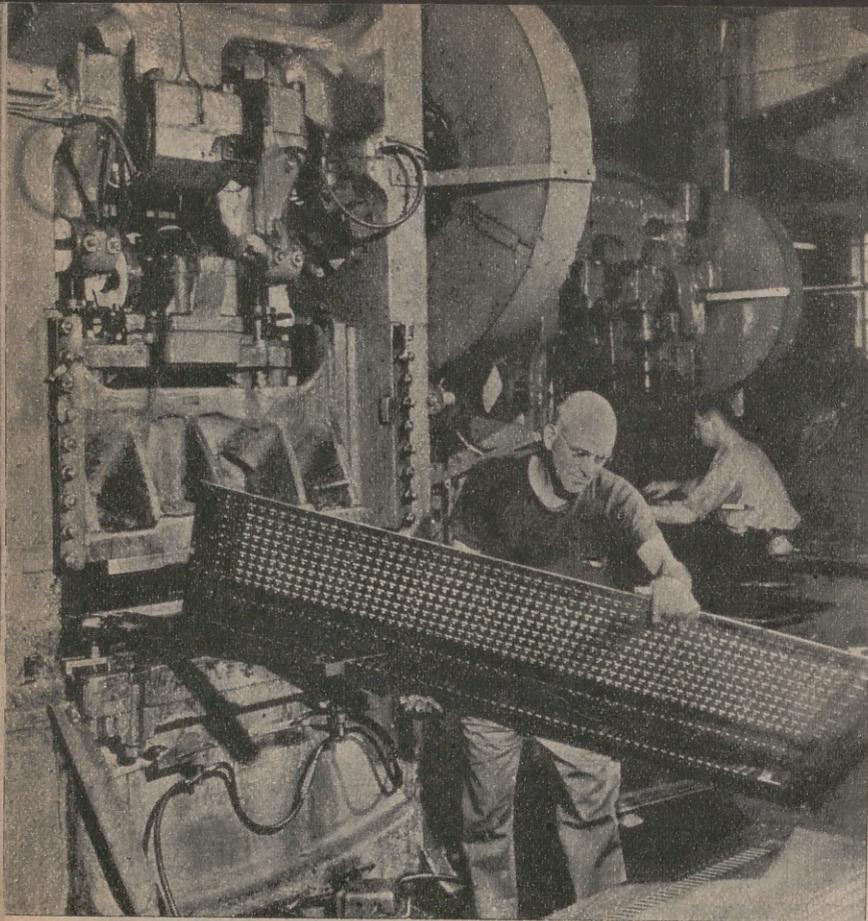
Blanca ESPINAR

(Enviado especial.)

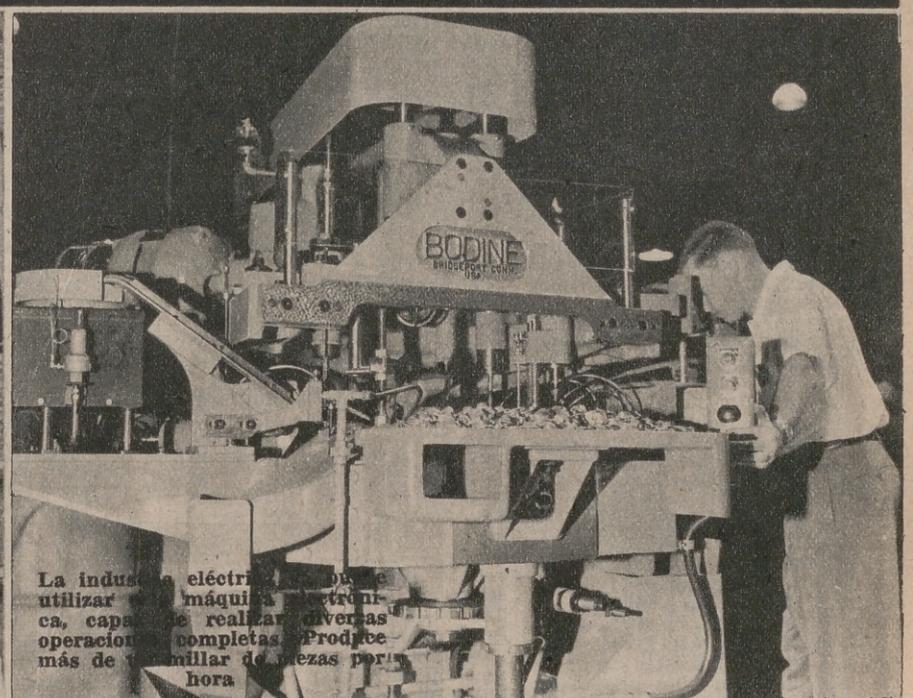
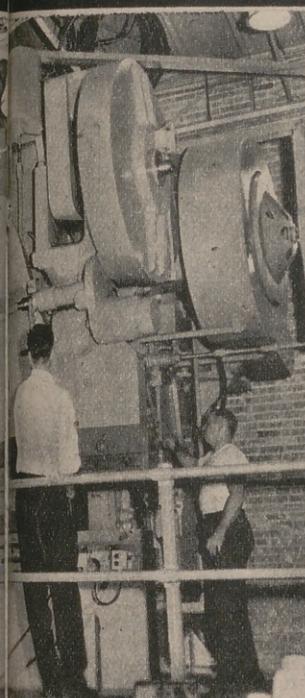


Una panorámica del vivero central del Patrimonio Forestal, en los alrededores de Pontevedra

NUESTRO TIEMPO ES AUTOMÁTICO



Este monstruo de la industria es una gran fresa de 900 toneladas de presión utilizada para laminado y configuración de aceros.



La industria eléctrica puede utilizar máquinas electrónicas, capaces de realizar diversas operaciones completas. Produce más de un millar de piezas por hora.

UNA NUEVA ERA: LAS MAQUINAS GOBIERNAN A LAS MAQUINAS

MISTER Harry es un señor norteamericano, calvo y con tendencia a la obesidad. Ocupa un cargo importante en una Compañía de Seguros. Está casado con Nora, mujer rubia y agradable. Harry y Nora han tenido dos hijos, Susie y Tom, rubios y con pecas. Además, en la familia se ha caído otro elemento, la tía Margaret, hermana de Nora.

Por la noche, después de la cena, en el saloncillo de la casa, únicamente se han quedado Harry y Nora.

—Harry, anda levántate y prepara los controles para mañana. No te olvides que a las cuatro y media hay que cerrarle la ventana a Margaret; estos días está algo resfriada. Los niños, a las siete.

Harry se ha encerrado en una pequeña habitación. Ha comenzado a manipular en una serie de mandos y teclas extrañas. Se han encendido y apagado lucécillas de diversos colores. Por fin, después de accionar una especie de manivela, Harry salió de la extraña habitación.

La casa quedó en silencio. Harry, Nora, Margaret, Tom y Susie dormían.

Tía Margaret, mujer metódica, dejaba todas las noches la ventana de su habitación abierta. Hace pocos días ha cogido un ligero resfriado. Desde entonces encarga que a las cuatro y media le cierren la ventana: «Es la hora más peligrosa de toda la noche» solía decir. Y a las cuatro y media, sin que se interrumpa el sueño de ninguno de los miembros de la casa, la ventana de la

FABRICAS INMENSAS CON PERSONAL LIMITADO Y CEREBROS ELECTRONICOS QUE CALCULAN LOS ACONTECIMIENTOS POLITICOS



El automatismo ha hecho posible un gran avance en la producción industrial.

tía Margaret se cierra cuidadosamente.

En la cocina no ha entrado nadie, pero a las siete menos cuarto comienza a despabilar las plumas, en la habitación de Susie suena una suave melodía del

lejanísimo. Es la señal para que se levante. Al mismo tiempo, en la habitación de Tom se oye una música fuerte. Lo ordenado para que se levante es una

vieja marcha de la «Legión Americana».

Mientras el señor Harry toma su jugo de tomate, a las nueve en punto, se abre la puerta del garaje. No se ve ninguna persona por allí, pero el motor del coche, inmediatamente después de abrirse la puerta, se pone en marcha. Así, el cabeza de familia no perderá un solo minuto.

Hoy salen de viaje Nora y Margaret con los niños. Piensan pasar unos días en casa de su madre, que vive en una ciudad próxima.

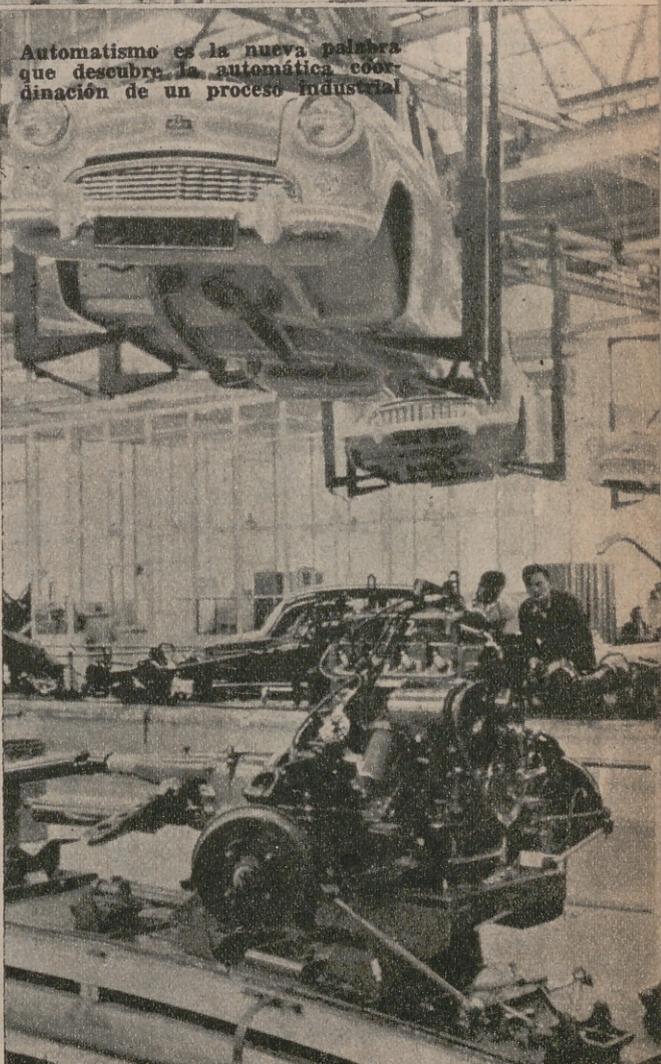
Pero esto no representa ningún inconveniente para Harry. La cocina eléctrica tiene aplicado un «ojo térmico» que mantiene la temperatura a nivel constante por tiempo indeterminado, impidiendo que la comida se quemé. A poco de adquirir este pequeño aparato, habían dejado unas lonjas de jamón friéndose, sobre la plancha, durante dieciocho horas. Al regresar, comprobaron que el jamón no se había pasado de punto.

A las diez de la noche, cuando todavía no ha regresado el señor Harry—la familia está ausente—, se ha encendido el calentador del baño. No hay por qué asustarse; el calentador lleva adherido un estabilizador de temperatura para que no se exceda del límite de seguridad ni descienda a un nivel muy bajo.

También a las diez, se ha puesto en marcha un mecanismo para que el gato siamés de la tía Margaret salga al jardín a realizar sus menesteres.

Y se ha terminado una jornada.

Automatismo es la nueva palabra que descubre la automática coordinación de un proceso industrial.



da en esta casa. No, no es una fantasía. Este es el cuadro de lo que ya puede suceder en una casa norteamericana según las palabras de Morris D. Hooven, presidente del Instituto Americano de Ingeniería Eléctrica durante la reunión anual celebrada en Nueva York el pasado mes de febrero.

LOS MAS COMPLICADOS PROBLEMAS RESUELTOS EN MILESIMAS DE SEGUNDO

La Universidad de Cambridge, en 1850, era como la Universidad de Cambridge en 1956. Pocas diferencias se podrían encontrar: las mismas piedras, los mismos ladrillos, la misma hiedra. Pero en 1850, en Cambridge había un profesor, Charles Babbage, empeñado en la construcción de una máquina aritmética completamente mecánica.

La noticia de que un profesor de Cambridge intentaba construir tal máquina, llegó a los oídos de una aristócrata inglesa, lady Lovelace, apasionada de las carreras de caballos. Lady Lovelace, que era hija de lord Byron, había pensado que con esa máquina podría obtener grandes ganancias en las carreras. Todo quedó en ilusión.

En menos de cien años se ha operado una revolución inmensa en este campo. Las sencillas máquinas mecánicas de calcular, se han quedado atrás. Torres Quevedo, con sus múltiples aparatos mecánicos, entre ellos uno capaz de resolver ecuaciones, ha sido una de las figuras que más han apoyado este avance. Pero fue necesario el nacimiento de la técnica electrónica para ver realizados los sueños del profesor Babbage: una máquina que realiza operaciones de cálculo con independencia del hombre.

Hacia el año 1940, y debido a

la grave crisis internacional, el Gobierno norteamericano encargó a un grupo de científicos, dirigidos por el profesor Alken, de Harvard, determinados estudios sobre la trayectoria de proyectiles. La dificultad y el gran número de operaciones matemáticas que habían de realizar, hizo necesaria la creación de la primera calculadora electrónica. Con ello, operaciones que ocupaban horas y días a ejércitos de matemáticos, podían resolverse en pocos minutos con una sola máquina.

EL TRIUNFO DE EISENHOWER, PREVISTO POR UN CEREBRO ELECTRONICO

El pasado año existían en Estados Unidos doce calculadoras electrónicas tipo «Univac»—«Universal Atomic Computer»—en funcionamiento. Siete de ellas, utilizadas en servicios gubernamentales; las otras cinco han sido adquiridas por grandes Empresas industriales a la casa constructora. El alquiler de cada «Univac» se eleva a 25,000 dólares mensuales. Además, existen calculadoras de tipos diversos, que las constructoras alquilan a precios oscilantes entre los 15 y 18,000 dólares mensuales y los 300 dólares hora.

El «Univac» es un aparato muy complejo. Mide 4,35 de longitud; 2,25 de ancho, y 2,40 de altura. Se inició su construcción el año 1945, bajo la dirección de dos técnicos de la «Ecker Mauchly Computer Corporation». Su «sistema nervioso» está formado por 5,400 tubos electrónicos y kilómetros de hilos ligados por cerca de medio millón de soldaduras.

«Univac» hace cálculos de toda especie y resuelve complejos problemas matemáticos con velocidad prodigiosa. Desarrolla el trabajo de una legión de cerebros matemáticos y de expertos en cálculo

estadístico en brevísimo tiempo. Solamente necesita un segundo para realizar 1,905 sumas o restas, 465 multiplicaciones, 257 divisiones. En 1952, el día de las elecciones presidenciales, «Univac» previó, con varias horas de anticipación, el triunfo de Eisenhower. A las ocho y media de la tarde, cuando solamente se sabía el destino de una quinceava parte de los votos, la máquina aseguró, en pocos minutos, que Eisenhower vencería en 43 Estados, con un total de 32.915.049 votos. El resultado exacto dio a Eisenhower la victoria en 39 Estados: fué votado por 33.936.252 electores.

Pero todavía hay máquinas más perfectas que «Univac». La «Eniac», del mismo tipo, pero de dimensiones dobles, está compuesta de 18.000 tubos electrónicos.

A fines del pasado año fué instalado en Italia un cerebro electrónico de procedencia inglesa. La estructura interna está formada por 10 kilómetros de cable. Su eficacia es indudable: reduce setecientas veces el tiempo empleado por las calculadoras normales para la solución de problemas de alta matemática; multiplica dos números de doce cifras en 2,2 milésimas de segundo; en tres horas resuelve un sistema de 64 ecuaciones con 64 incógnitas, cosa en la que un matemático invertiría todo un año.

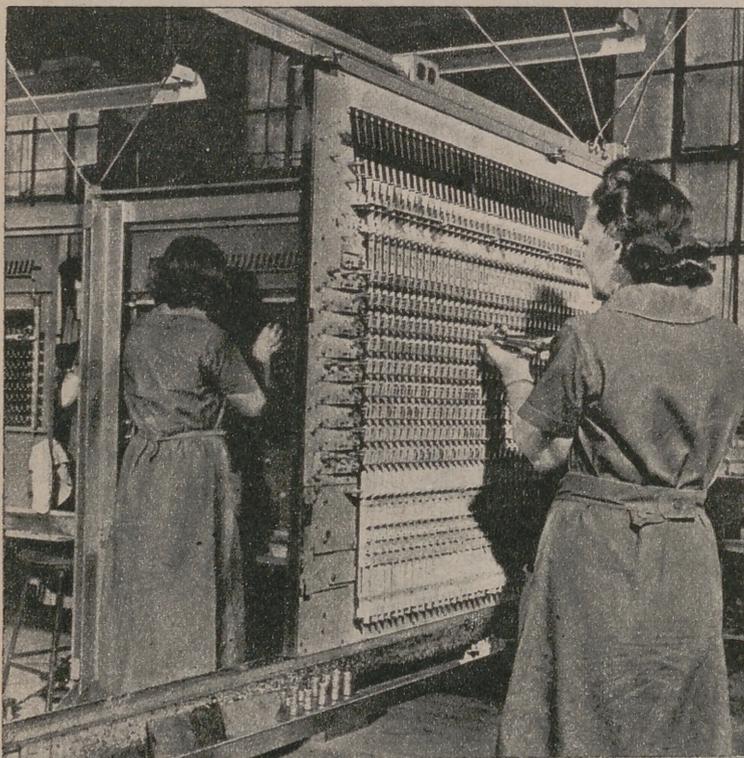
En España, ya hace años que en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se proyectó y construyó un analizador diferencial electrónico capaz de resolver ecuaciones diferenciales lineales con coeficientes constantes y variables, así como ecuaciones diferenciales no lineales. Todo ello en un tiempo brevísimo y con un ahorro de personal considerable.

UNA FABRICA EXTRAÑA. MUCHAS MAQUINAS Y POCOS HOMBRES

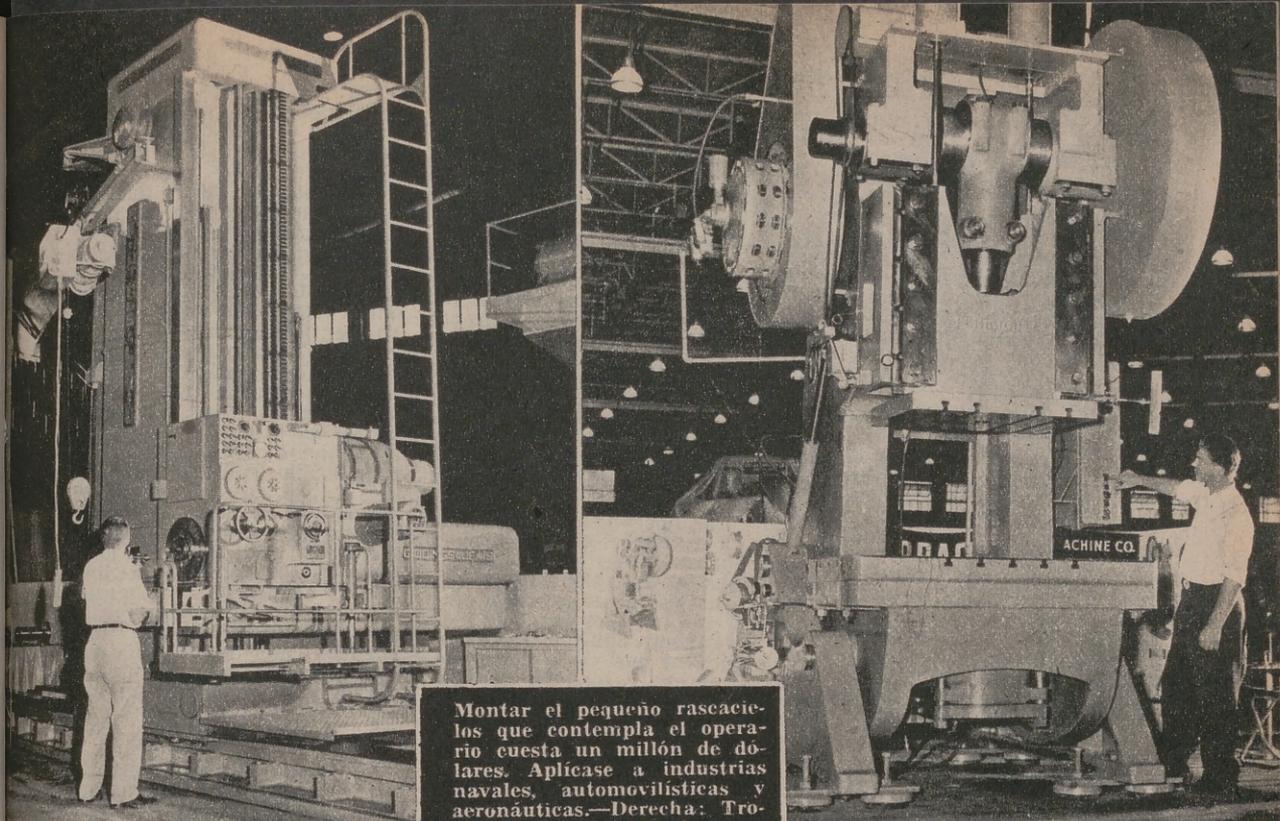
«Un día de enero de 1954—cuenta el líder sindicalista americano Walter Reuther—visité una fábrica extraña, poblada de máquinas y vacía de hombres. Tenía la impresión de estar en una nueva Edad. Bajo mi mirada, y en menos de un cuarto de hora, de un bloque de acero nacía un motor, sin que la mano del hombre apareciera por parte alguna. En pocos segundos, los cilindros aparecían rematados, y un control automático rechazaba fatidicamente los que por una u otra razón eran defectuosos. Algunos hombres, no obstante había por allí. Agrupados ante cuadros repletos de teclas, botones, cuadrantes, palancas, vigilaban las pulsaciones de las máquinas, que se traducían sobre algunas decenas de lámparas rojas, verdes o amarillas. Aquellos hombres eran los sirvientes de la nueva Era, la de la electrónica y de la automatización.»

Hace cinco años, en Norteamérica se contaban con los dedos de una mano las fábricas así instaladas. Sin embargo, la automatización industrial ya existía. El primer ensayo se realizó con excelente resultado en Inglaterra, por una casa constructora de aparatos de radio, que completó todo el ciclo sin intervención de la mano del hombre.

Pero el origen verdadero de la automatización hemos de buscarlo en la técnica electrónica, que se ha desarrollado enormemente a partir de 1940, debido a nece-



Estas dos chicas preparan un cerebro electrónico a fin de registrar el resultado de unas elecciones



Montar el pequeño rascacielos que contempla el operario cuesta un millón de dólares. Aplicase a industrias navales, automovilísticas y aeronáuticas.—Derecha: Troqueladora eléctrica de gran precisión, pese a sus 200 toneladas de peso

sidades bélicas. Hoy, la automatización ha salido de la Era de los laboratorios. Los especialistas necesarios ya han sido formados, y cada día se forman en mayor número. Los precios de las máquinas disminuyen a medida que aumenta su producción. A partir de los próximos años avanzará en todos los países a pasos agigantados.

EL CAMPESINO PODRÁ ARAR DESDE SU CASA

En la primavera de 1955, los tranquilos ciudadanos ingleses de la región de Essex, pese a su natural flema, no pudieron dominar los músculos faciales, y se vieron sorprendidos con la boca abierta ante un espectáculo extraño. Los técnicos de la Ford habían lanzado a trabajar en una granja experimental un tractor dirigido por radio. El campesino—campesino era realmente—encargado de arar las tierras de la granja, estaba tranquilamente sentado en una poltrona y con una botella de buena cerveza; a su lado, sobre una pequeña mesa, tenía los instrumentos técnicos precisos para su trabajo. El tractor, a lo lejos, trazaba surcos y más surcos. El coste de la instalación para guiar al vehículo cuesta alrededor de las 700 libras esterlinas. De momento, sin embargo, no se le ve una gran utilidad práctica.

En este estado de cosas, hay una pregunta que salta inmediatamente. ¿Quedarán los millones de obreros que existen en todo el mundo reducidos al paro? ¿El acrecentamiento indudable de la producción a que conduce la automatización nos llevará a una aguda crisis de superproducción? Existen países en que todo esto es un peligro remotísimo. No ocurre así en los Estados Unidos, donde el Congreso ha considerado conveniente la creación de una Comisión encargada de estudiar una serie de problemas relacionados más o menos directamente con la automatización.

La primera cuestión que se plantea, por peregrina que parezca, es tratar de averiguar si la automatización es una evolución natural de la técnica o, por el contrario, hemos de considerarla como un hecho revolucionario. La evolución se puede prever y guiar; pero las consecuencias de una revolución no suelen ser previsibles. Los partidarios de la evolución parecen tener razón al decir que la automatización no es un fenómeno nuevo: no es más que una mecanización llevada a un grado extremo. Se utilizan las máquinas para la ejecución de operaciones anteriormente efectuadas por los hombres en mayor o menor grado.

En realidad, la automatización ha aportado un elemento nuevo: los métodos de control y de cálculo electrónicos. Pero esto significa únicamente que si la mecanización relevó el esfuerzo físico de los hombres, la automatización releva su esfuerzo intelectual. Releva al hombre de gran número de actividades no creadoras, basadas, generalmente, en la repetición.

ES NECESARIO ADAPTARSE

La resistencia que en ciertos sectores se hace a la automatización es, en cierto modo, explicable. Los perfeccionamientos técnicos siempre han despertado inquietud a las personas que creían poder ser desplazadas de su puesto por un avance de la técnica mecánica; pero también siempre, después de un inevitable período de adaptación, los beneficios de la evolución superan con creces a sus inconvenientes.

La Comisión del Congreso de los Estados Unidos encargada de estudiar las consecuencias de la automatización ha deducido que, en términos generales no existe una típica oposición. Lo que se desea es que el período de adaptación a los nuevos procedimientos

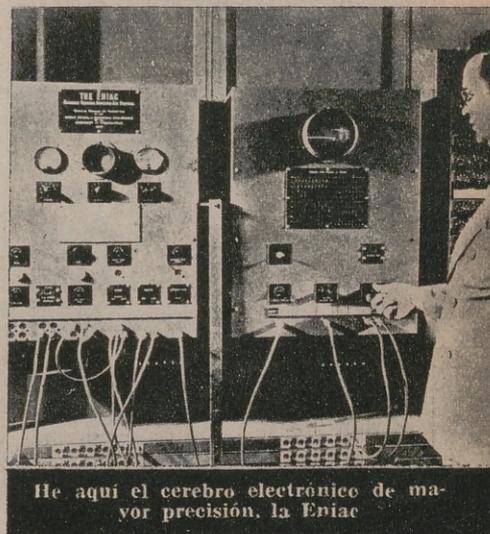
y modos impuestos por el automatismo sea lo más breve posible, a fin de que esas peligrosas consecuencias que se temen sean atenuadas hasta el máximo.

Es indudable que la automatización provocará cambios profundos en la economía de los países. Cambiará radicalmente los procedimientos de fabricación, lo mismo que los procedimientos de cultivo y explotación agrícolas se cambian radicalmente con la mecanización, y se cambiarán todavía más con la introducción de una cierta automatización en el campo.

A principios del siglo XIX, el 75 por 100 de los norteamericanos trabajaban la tierra; e eran necesarios tres agricultores para alimentar un habitante de la ciudad. Actualmente, únicamente son agricultores el 10 por 100 de los americanos, pero cada agricultor alimenta, además de a su propia familia, a nueve familias de la ciudad.

LA INDUSTRIA RECELA

El terreno en que más se te-



He aquí el cerebro electrónico de mayor precisión, la Ediac

men los efectos de la automatización es, sin género de dudas, el industrial. En Norteamérica hay dos industrias que desde hace años emplean en una cierta manera la automatización: el petróleo y la telecomunicación. La industria petrolífera emplea actualmente el 174 por 100 del personal que tenía a su servicio en 1920. La telecomunicación ha aumentado en igual tiempo el número de sus empleados en un 130 por 100. De ninguna manera, pues, ha disminuido el personal, sino que el mejoramiento de las condiciones de producción ha conducido a una expansión prodigiosa de tales industrias. Hay que tener en cuenta que en 1956 se consume una cantidad de petróleo trece veces mayor que en 1920. El número de teléfonos, en las mismas fechas, se ha cuadruplicado.

Otro aspecto que debe de tenerse en cuenta al enfocar el problema de las posibles consecuencias de la automatización, es el de no considerar la posible evolución de los empleos más que en un sector industrial determinado. En ciertas ramas industriales, la automatización obligará a emplear mayor número de personal mientras que en otras se producirá una reducción de empleados. Pero, además, es indudable que, al provocar el nacimiento de nuevas industrias, se ofrecerán nuevas posibilidades a los trabajadores.

La idea de que la automatización engendra el paro, descansa realmente en una base falsa: la producción de bienes y servicios no es nunca constante ni en cantidad ni en calidad. Ateniéndonos a los Estados Unidos, donde este problema inquieta seriamente, hemos de notar que la productividad, habiendo triplicado todas las cosas por igual, las tres quintas partes de la mano de obra yanqui deberían estar en paro. El error consiste en creer que la capacidad de compra del consumidor está limitada a un cierto nivel; si ocurriese así, existirían realmente 40 millones de americanos sin trabajo, considerando lo que ocurría en 1910.

UNA SOLUCION A LOS PROBLEMAS DEMOGRAFICOS

En los próximos diez años se prevé que la población de los Estados Unidos aumentará en 30 millones de habitantes. Este suplemento que se adiciona al conjunto de la población se constituye en gran parte por jóvenes me-

noras de veinte años y por viejos de más de sesenta y cinco. En efecto, dentro de diez años, Norteamérica no tendrá más que siete millones de individuos de ese suplemento de diez, en edad de trabajar. Pero de esta cifra todavía hemos de deducir las personas que se dedican a las labores de su casa, los inválidos y los estudiantes, no aumentando sino en cuatro millones el número de trabajadores disponibles (el 6 por 100 de la mano de obra). Al normal ritmo de crecimiento, la producción americana debería aumentar durante este período, por lo menos, en un 40 por 100. Sólo la automatización podría cubrir este déficit.

Es evidente que la mano de obra que libere la automatización tendrá a menos el emplearse en las industrias no automáticas. O sea que, efectivamente, se producirá una cierta reconversión de la mano de obra. Los hombres y las mujeres serán obligados a salir de los empleos que ya se consideren innecesarios, y tendrán que buscar otros. Claramente se ve que, si las cosas llegan a tal extremo, el proceso seguido habrá sido malo. Los cambios plantean siempre problemas humanos muy delicados. Pero estos problemas, que se podrían resolver con un mínimo de inconvenientes si se estudian desde hoy, se presentarán menos graves de lo que se cree generalmente, ya que la automatización afectará solamente, en principio por lo menos, a un pequeño número de Empresas.

Por otra parte, hay que considerar que el empleo en Norteamérica se halla en continua evolución. Cada año, el 25 por 100 de los empleos cambian de titulares, porcentaje que sobrepasa sensiblemente al de los cambios producidos por la automatización.

EL ESPECIALISTA ELVARA SU NIVEL TECNICO

En Pittsburg, la gran ciudad industrial yanqui, vive un ingeniero que se dedica a la ideación y construcción de aparatos electrónicos. Ha visto rechazadas sus innovaciones infinidad de veces. Por fin, se decide a dar el paso decisivo. En la fundición de mister Rodney ha de mantenerse la temperatura de un tambor en proceso de laminación a 80 grados centígrados con un error oscilante de más o menos tres grados.

—¿Podría hablar con mister Rodney?

—Pase usted.

Al poco rato aparece el sanguíneo y rubicundo mister Rodney. —Vengo a ofrecer mi registrador electrónico de temperaturas. Yo mismo lo instalaré gratis, para demostrarle que es infinitamente más preciso que el mejor especialista de su fundición.

—Mire usted; llevo muchos años trabajando con Williams y Peter Smith. En trabajos de precisión son mejores que las máquinas. De todos modos, instálole; instale usted su aparatito.

En la amplia nave, Williams y Smith atienden a su trabajo. El sistema que emplean para mantener constante la temperatura es el siguiente: Uno de ellos ob-

serva visualmente la exudación del tambor caliente, y, a viva voz, comunica los resultados al compañero que maneja la válvula de vapor.

Al cabo de cierto tiempo, la operación se termina. El ingeniero, a tenor de lo indicado por el registrador electrónico, demostró que las oscilaciones de temperatura habían estado comprendidas entre los más 20 y menos 20 grados centígrados.

Naturalmente, mister Rodney instaló en su taller el registrador de temperaturas. Los productos de la fundición salieron sensiblemente mejorados.

La mano de obra que ha de emplear la industria automatizada deberá someterse a duras pruebas de capacitación. El nivel general será notablemente elevado. La mayor parte de los empleos que en su día sean eliminados no requieren actualmente sino una capacitación mediocre. Por el contrario, los empleos abiertos por la automatización—fabricación y entretenimiento del nuevo material—requieren una formación y cualificación profesional de alto nivel.

DISMINUIRAN LOS ACCIDENTES DE TRABAJO

Es indudable que una de las grandes ventajas de la automatización, aparte de otras muchas, es la seguridad del obrero en operaciones arriesgadas. Todavía no hace un año, gracias a un proceso de automatismo introducido en una peligrosa industria, una terrible explosión no causó víctimas humanas.

En Avigliana, tal vez lo más importante del pueblo sea una fábrica de dinamita, propiedad de la Montecatini. Gran parte de los vecinos trabajan en ella desde hace años. Pero todos los días, la mujer, la madre o la hija del obrero hacen las mismas recomendaciones:

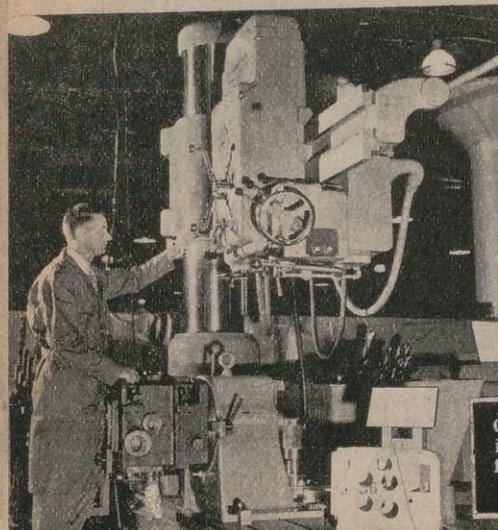
—¡Ten cuidado, Giuseppe!

Giuseppe sabe que en la fábrica se han tomado todas las garantías. Claro que también es cierta la existencia de ese imprevisto, en el que no se cree.

Ya está; los dos obreros han terminado de vaciar los bidones de nitroglicerina en el empastador de dinamita. Han salido de la aislada gruta de cemento armado. Las gruesas puertas de seguridad se cerraron. Ahora caminan rápidamente por los pasadizos subterráneos, construidos en zigzag para atenuar los efectos de una terrible explosión. En la cámara de control, desde la que se dirige con perfecto automatismo la peligrosa faena del empastado de la dinamita por medio de un dispositivo televisor, ya deben de estar accionando los mandos. Como siempre, todo irá bien.

De pronto, una violenta explosión lanza por el suelo a los dos obreros que hace pocos segundos habían abandonado la desierta cámara de seguridad mientras se realizaba el empaste automatizado de la dinamita. Afortunadamente no han ocurrido desgracias personales. La automatización ha permitido que la madre, la esposa o la hija de Giuseppe puedan aconsejarle de nuevo, pero de pura rutina:

—¡Giuseppe, ten cuidado!
Luis LOSADA



Con un solo hombre, esta máquina incrementa la producción de una fábrica de rodamientos en un cien por cien

JUEVES, 5 de agosto.

Ya estoy harto de escribir sobre lo que me mandaban en clase. Desde hoy voy a ir escribiendo en este cuaderno que me acabo de comprar todo lo que haga, por los sitios que tenga que ir; estoy seguro que serán muchas cosas. Y lo pondré como me da la gana, sin preocuparme de que le guste al hermano para que me ponga buena nota, ni temer esas rayas de lápiz rojo que sientan tan mal. Como no lo va a leer nadie... A lo mejor cuando sea mayor me gusta tenerlo para que no se me olvide.

Desde que terminé el curso, bueno, ya antes, con tantas cosas de la guerra. Pero si empiezo tan atrás va a ser muy largo lo de hoy. El caso es que era la entresiesta, o sea, cuando los demás

están dormidos, y hacía mucho calor. En el pueblo a esa hora se oye cantar a los gallos de unos corrales a otros, aunque estén de punta a punta. A mí me gustaba oírles, sólo que al final de cada quiquiriquí, cuando se está cerca, se les siente un gruñido muy feo, como si se hubieran cansado del canto.

Antes yo me acuerdo que también se oía ensayar a los músicos; y es que dió la manía de la música (a mí me parecía muy bien) y hasta había dos bandas. Como los pueblos son así, una era más de derechas y la otra más de izquierdas. Y decía que en la entresiesta se oía al del señor Pedro el de la cantina, que tocaba el clarinete y sabía las piezas seguidas y bien; pero Consorcio estaba aprendiendo a tocar el saxofón y parecía que se le caía la música de grande que le venía el instrumento. Además de esa cantina hay otras cuatro juntas y todas tienen un ramo de pino colgando a la puerta, no sé por qué.

Casi a ningún chico le dejaban salir; les decían que a dónde iban con esta calorina. Yo me iba sin hacer ruido a la calle, a la sombra de los soportales, pero no donde están los pellejos y las pipas de la botería del señor Donato. Eramos siempre tres o cuatro. A la puerta de las cantinas, sentados en el suelo, había algunos mozos de mulas esperando que diesen las cuatro para ir a trabajar. Cuidado lo duro que es, porque al sol hasta las piedras que son tan frías queman.

Bueno, pues esta tarde salí de casa como los otros días, pero cuando el coche del correo cogía las cartas a la puerta del cartero, subí a él. Es un coche de línea, pero muy pequeño, y todo blanco como los carros de los helados. Iba yo solo. Al pasar frente a mi casa, mi hermana, como yo estuve diciendo mientras comíamos que me iba al frente, esperaba a la ventana por si era verdad. La dije adiós con la mano, y se metió en seguida, seguro que a contarlo.

Luego pasó el coche junto a las eras, llenas de trigo; me recordaban las dunas del libro de geografía; los trillos estaban a esa hora detenidos en seco, como muertos, en los redondeles de las parvas, y como hacía tanto silencio, parecía que el reloj de la torre también se habría parado con los trillos.

El cobrador sacó el bloc de los billetes y me preguntó:

—¿Qué, a la capital?

—Sí.

—¿Te doy ida y vuelta?

—No; ida sólo.

—Como no es tiempo de empezar el curso...

Después de darme el billete, me dijo:

—Bueno, hombre, y ¿dónde vas?

—Veay. A la capital, como tú dices.

Porque lo que él preguntaba era a qué iba. Pero yo no quería decirselo a nadie.

—Pues podías afeitarte ese bigote, que vas muy cochino.

Y es que tengo un poco de bigote que ha crecido más desde que hace dos meses, por los exámenes, el marido de una prima mía me convenció que me lo afeitase; ya me dijo mi hermano Carlos que pronto empezaba, porque salía más fuerte. Me

BANDERIN DE ENGANCHE

NOVELA

Por Antonio GOMEZ GALAN



acuerdo que aquel día, por la calle, sentía muy fresco así entre la nariz y la boca, por no decir en todo el morro. Pero no me lo he vuelto a cortar. Lo venía dejando largo, y por las patillas también para parecer mayor.

Cuando pasamos por la finca de José María, miré mucho los dos árboles de moras que hay junto a la balsa; un día, el año pasado, estaba su hermana y subí a por moras para ella que es tan guapa; no sé cómo, pero siempre se pone uno perdido hasta la cara y la camisa, que parece igual que sangre. Entonces me hubiera gustado que lo fuera, porque la sangre es como decir una cosa muy de verdad de Dios. Para sangre de verdad, me acordé de mucho antes, una pedrea con hondas, un acanteo lo llamábamos, que tuvimos por aquí; ¡diez! cómo zumbaban. Fue cuando dieron en el labio a Jesús el del señor Luis, que iba a salir detrás de un árbol; le partieron el labio y le rompieron dos dientes.

En Tresillas se para, porque hay que cambiar de coche. Yo estaba deseando que saliésemos, porque a lo mejor mi padre había hablado por teléfono y me cogían allí. Por fin arrancó el coche; me sentí más seguro; antes me parecía que el coche primero podía retroceder—bruuurru—hasta casa, como en algunas películas que dan hacia atrás el movimiento y queda cada cosa como al principio. Pero habiendo cambiado a otro auto, era más difícil y como que estaba ya mucho más lejos.

Sin embargo, a poco de salir a la carretera había una pareja de la Guardia Civil. Se detuvo el coche, y ya me vi en el cuartel hasta que fuese mi padre. Me dió vergüenza de que iría con los guardias, como si hubiese hecho algo malo. Pero ni se fijaron en mí. El cobrador dijo al cabo no sé qué, y le dió un sobre azul muy pequeño. Luego dijo al chófer: «¡Tira!» Y nos fuimos.

Antes de llegar al fieltro se pasa por el Pinar. Hay un polvorin y qué sé yo los cañones. Desde la primera vez que vine de pequeño es lo que más me gusta del viaje, y me quedo mirando hasta que se pierden de vista. Lo que no sé es cómo los tienen allí muriéndose de risa; si están rotos, ya los podían arreglar. Y llegamos a la parada. Es junto a un parque de juegos entre dos cuarteles muy grandes. A cada coche que llega hay la mar de chicos para llevar las cosas a los viajeros. Van y me preguntan si tengo algo que llevar. No te amuela los golfillos. ¡Qué a gusto y qué de libertad yendo con las manos en los bolsillos! Claro que debí coger por lo menos peine y jabón y así, pero como salí de casa como un día cualquiera, que luego cogíamos la bici y el bañador para irnos al río, pues sólo tengo lo puesto, o sea la camisa, los bombachos y las alpargatas, y el calzoncillo, claro. Además, que yo creo que en la guerra no se necesita nada. El bombacho lo llevo caído para que parezca largo. Un poco de dinero que ahorré sí que tengo, como unos ocho duros.

Al bajar del coche, la verdad que no sabía seguro dónde ir. Ya desde el principio quería irme al Tercio. Pero también me gustaba Falange. Mi padre me dijo que a Falange sí que me dejaba. Pero era porque me hubiesen llevado con gente conocida, y todo lo más, muy abajo de este frente, a San Rafael a todo tirar. Además, no me hubiesen admitido, porque hay que presentar papeles. Y no digo nada si se entera Carlos que su batallón anda de aquí para allá; como quiera mandarme más que mi padre me vuelve a casa a toda mecha. Mientras que en la Legión no piden ni un documento y supongo que no le podrán sacar a uno tan así como así. Yo me acordé de la película «La Bandera», de un criminal que va allí, en lo de Marruecos, y nadie le pregunta nada; y luego, vaya tío. Radio Portugal una vez los alababa, y decía que son hombres decepcionados, pero que saben redimirse en la lucha. Yo lo miré en el diccionario, y no estoy decepcionado; pero bueno, lo mismo da.

Pasé junto a Correos y me acordé que en el curso iba allí a echar las cartas para casa. Ya escribiré desde el frente y les diré muchas cosas para que no se crea mi madre que me voy por no estar en casa. Como me fió más en las cosas, me ha chocado que los buzones sean unas cabezas de leones terribles y temerosos, como si echar una carta fuese cosa de domadores.



Sin casi darme cuenta iba hacia Capitanía, que es donde está el Banderín de Enganche. Es el mismo camino del Instituto, pero le he encontrado distinto de cuando iba a examinarme. Aunque estoy tan mal vestido y con alpargatas no me importa que me vean. A la puerta de Capitanía había guardia un falangista con casco alemán, que es más ancho y con más caída que los españoles. Pregunté por el Banderín del Tercio, y me dijo que entrando en el patio a la derecha, pero que no se abría hasta las cinco.

Entonces, como no sabía dónde ir y hacía mucho calor, entré en San Pablo. Cuando veníamos al colegio a examinarnos algunos, con el cirio que tiene en la boca el perro—en imagen—de un santo, escriben en la papeleta la nota que quieren sacar; algunos lo ponen con todo el alma, que se puede leer.

Yo recé un poco al santo de los exámenes para que me ayude a ir al frente; y luego, hacia el altar mayor, porque me parece más difícil y misterioso, para que no me maten. No es que me asuste morir, porque desde el primer momento que pensé ir a la guerra me hice a la idea de que le puecér cascar a uno; pero no está mal porque los que han muerto en el frente cogen mucha fama; hasta pasa que a muchos no les conocía nadie de cuando vivían, y se hacen muy grandes, sobre todo los más jóvenes, al morir en la guerra. Yo creo que se tiene que estar presente a lo bueno de aquí abajo, porque lo bueno no va uno a perderlo cuando se salva. Claro, lo importante es no morir con algún pecado, y esto ya es cosa de no hacer ninguna bobada. Había dos chicas en los reclinatorios que tiene delante un cepillo; eché una peseta. Estoy seguro que lo mío lo atenderán antes, como pasa en los confesonarios, que a los hombres nos reciben mejor. Aquellas chicas debían ser madrinas de guerra; en cuanto me ponga el uniforme de legionario escribo a Carmen para que sea mi madrina de guerra y luego, cuando tenga alguna estrella, seremos novios.

Como en la iglesia hacía tanto fresco daban ganas de quedarse allí. También pensé entrar en el Museo, que está pegando a San Pablo. Pero ya había estado alguna vez, y como nadie me lo ha explicado, no lo entiendo. Además, me pareció muy raro que aquellas imágenes tan buenas estén en las salas sólo para que las miren. Cuando fui la última vez recordé que en Madrid me enseñaron el Prado, y había algunas estatuas de mármol que eran los dioses de Grecia; parecían un poquito tristes de no ser ya dioses. Con ellos, bueno; pero a la Virgen y a Cristo tenerlos así, sólo para ver... por la cosa de arte... Cuando terminemos la guerra deben llevarlos otra vez a las iglesias.

Volví al Banderín. Esta vez entré sin preguntar nada. Después de pensar en la muerte y eso, me sentía mayor.

A la puerta había unos veinte. Pregunté a uno: «¿Estáis esperando para apuntaros a la Legión?»

Me miró un poco, y dijo:

—Nosotros vamos ahora mismo a Talavera.

En esto veo a Félix Antonio. Es un chico de aquí, que sabe hacer versos; no es del Colegio, él va al Instituto.

—Hombre, ¿tú también te vienes al Tercio?—me dijo.

Ahora que veo que se van otro chicos, qué vergüenza me hubiese dado estar yo en casa. Le dije si él ya iba también a Talavera.

—Sí; ahora mismo. Tú tienes que apuntarte en esa oficina, y mañana cogeréis el tren. Oye, una cosa; da otro nombre, como yo he hecho, y así no te encuentran.

Salió de la oficina uno, también de paisano, bueno, a medias, con camisa caqui. Con mucho aire de mando les dijo:

—Venga, los de la lista, al auto.

—Este es el jefe de expedición, no creas que es Yagüe. Bueno, hasta pasado mañana, en Talavera. No digas a nadie que estoy aquí. Adiós.

He sentido mucho no poder ir ya con ellos, porque temo que me encuentren y tenga que volver a casa. Quedamos tres esperando. Uno es de la última quinta que han llamado y de Medina. Y en vez de ir a un regimiento, dice que mejor se va a la Legión, que se cobra más, y como es unidad de choque, sólo está en primera línea en los combates, pero luego va a retaguardia. Tiene una pinta de pirata. El otro viene del frente de Asturias y lleva al cinto tres bombas de mano. Es más viejo. Con el cigarro en la boca y los ojos medio cerrados, me dice:

—Pero tú, chaval, no tienes dieciocho años. No creas que esto es como ser flecha.

—Ya lo sé.

—¿O es que has hecho algo en tu casa y te has escapado?

En ese momento nos mandó pasar un sargento. Dentro estaba un comandante. El sargento se puso a la máquina y me preguntó a mí primero:

—¿Cómo te llamas?

Yo me acordé de lo que me dijo Félix; y ya me ponía a buscar un nombre cualquiera. Pero así, de repente, decidí no cambiar el mío, porque me pareció que dejaba de ser yo el que iba a luchar, y si hacía algo bueno no saldría mi nombre. Por eso le dije:

—Agustín García Vega.

—¿Cuántos años tienes?

—Aquí sí que tenía que mentir.

—Dieciocho.

—¿De qué quinta eres?

¡Mira lo que fué a preguntarme! Me callé, y él mismo dijo del... no sé, 38 ó 39. El otro que venía dice:

—Sí, es de mi quinta.

—¿Profesión?

—Estudiante.

Y preguntó a los otros. Después el comandante también nos preguntó que por qué no nos alistábamos. Yo dije que por dure la campaña. Los otros no me

ante miró los papeles que le enseñé; luego dirigiéndose a mí:

—Tú serás jefe de expedición. Mañana a las diez vendréis a reconocimiento. Y ya te daremos la lista de embarque.

Yo tampoco seré Yagüe. Pero me ha gustado. Anda, anda, el de las bombas de mano; toma: soy tu jefe. Ha debido de ser por lo de estudiante. La verdad, es como si hubiese cumplido ya los quince y hasta los dieciocho. Porque parece que esta tarde ha pasado mucho tiempo, y queda muy atrás el colegio, y ya saber uno que ha dejado la clase...

Salimos de la oficina. No he querido andar mucho por la calle. He comprado este cuaderno, y me he venido a casa de don Emilio. Son muy amigos de casa, como de familia; a su hijo Santiago le mataron en el Alto de los Leones, los primeros días. Cuando vine al colegio, a primero, Santiago iba también a él; como era mayor y sabía mucho me ayudó en todo el jaleo de las clases y las asignaturas. Era el único hijo chico. Y a sus padres les vi tener mucha pena cuando murió. Yo, sin embargo, claro, lo siento uno por ellos, pero me parece estupendo morir para algo.

Les he dicho que mi padre me ha dejado venir a Falange, sólo por el verano. Me creen tanto que no he querido mentir del todo. Pero no he dicho nada de la Legión. Después de cenar se quedó don Emilio al balcón y me dijo que me quedase un poco a tomar el fresco. Con la luz apagada estaba todo muy tranquilo: los árboles, la calle, el cielo.

—Si te quedas aquí—me dijo—puedes estar con nosotros, ya lo sabes; en el cuartel de Santiago.

—Es que yo creo que me llevarán en seguida fuera. A cosas de retaguardia, ¿sabe? Porque para el frente mismo hay que tener dieciocho años.

—Mira, Agustín—me dijo—, a mí me parece muy bien que lo quieras hacer; para todas estas cosas se necesita estar más hecho por lo duras que son, por eso exigen la edad. Ya tendrás tiempo, hombre.

—Sí; pero ya para entonces no habrá guerra.

—Ni falta que hace. Parece que os gusta que haya guerra; claro, veis sólo lo heroico, lo de aventura extraordinaria, y no os dais cuenta de los males, las desgracias que supone. Hay que hacerla con todos sacrificios, naturalmente; ya ves nosotros mismos, pero no porque guste; hay que llevarla adelante, precisamente para quitar las causas que nos han llevado a ella. Aunque lo malo es que está lo internacional muy tirante y Dios sabe lo que puede venir... ¿A cosas de retaguardia? Bueno, no te estará mal, así entenderás mejor las cosas, viéndolo de cerca el frente.

Y me ha hablado más. Decía que hay gente que al perder mucho se hace más egoísta y otros que pierden mucho y se hacen más generosos en todo. Yo creo que don Emilio ya era generoso.

Luego me ha preguntado por cosas del pueblo; hace mucho que no va. Y cosas sin importancia, como las acacias que hay en la glorieta de la iglesia, le parecen qué sé yo, porque dice que las plantó él, algunas, cuando era chico como yo. Y es que cuando habla, sobre todo después de decir aquello de la guerra, parece que las cosas más pe-

queñas las dice de una manera que tienen por dentro algo grande que no se ve.

Ahora estoy aquí, en el cuarto que fué de Santiago. No le han debido cambiar nada. Hay en la pared dos fotografías suyas: una, de fotógrafo, más serio; otra, a la orilla de un río, con una escopeta, muy sonriendo. Se hace un poco extraño que los retratos sigan tan naturales después que uno ha muerto.

¡Y la de libros que tenía! Estudiaba Filosofía y Letras. Me he puesto a mirar algunos. Los hay que deben ser muy difíciles. Otros son de versos. Uno es la «Iliada», en griego toda ella. Hacia el final he encontrado dentro un papel escrito seguramente por Santiago, dice: «Héctor es el héroe prudente y convencido. Aquiles es el héroe apasionado. Aquiles vence a Héctor porque en las situaciones extremas no tienen nada que hacer los motivos racionales; sólo una pasión también extrema vence. Y ¡ay! del que no se acerca con valentía a esa encrucijada donde crear su mejor humanidad.» Lo copio tal como está, pero no lo entiendo. Sólo se ve que los mayores pensaban ya en la guerra.

Por ser primer día he escrito mucho. Y eso que no he hecho casi nada; nada más que empezar. Pero ahora todo lo que hago me parece más mío que antes porque lo elijo yo por mi cuenta.

Bueno, voy a dormir. Después ya no tendré un cuarto. Pero también Santiago lo dejó.

6. viernes. Mediodía.

Ya estoy más en campaña. He venido al cuartel. Aquí hay miles de hombres; como que le llaman la incubadora. Ya no he querido volver a casa de don Emilio, porque seguro que es una posición tomada por el enemigo. Además, que no me he venido de casa para eso. Y aquí, realmente, cuando dije que somos del Tercio, nos han tratado hasta con atención; digo el cabo y el sargento de guardia, y el furriel, y los rancheros. Pero voy a contarlos por orden.

Me levanté temprano. Me acerqué a la orilla del

río, y a esa hora hacía formidable. Alquilé una barca, con más libertad que antes, porque mi padre cuando venía siempre le estaban con el cuento de que iba en barca con los amigos, decía que es un río muy traidor, y la verdad, es un problema entender cómo siendo tan alegre y luminoso y fresco, sea al mismo tiempo lo peor: traidor. Bueno, y Martínez Mayo, que es un poeta más cursi que cazar mariposas, decía en un artículo de los que escribe a diario, que este río es todo lo bueno que queremos, que la ciudad sin él sería imposible, pero que es cara divinidad no del Olimpo sino un dios azteca que exige el sacrificio de algunos jóvenes cada verano.

Llegué hasta el jardín del colegio, que cae sobre el mismo agua; no se veía ningún hermano. Me fijé en la ventana de la clase, desde donde miraba yo hacia el campo, sobre todo cuando el río viene desbordado que inunda toda la orilla de frente y corre que se las pela, todo rojo. Pero éste como es grande es más noble; mientras que el riachuelo ese de las narices, que nadie se acuerda de él, vaya manera de meterse por toda la ciudad hace dos años, cuando salimos por la noche fuimos a verlo, y en medio de todo era bonito; había muchas barcas y camiones del Ejército; nos parecía Venecia, pero nos lo decíamos en voz baja, porque a los que les había tirado la casa si que les iba a gustar que lo comparásemos a Venecia. Desde esa ventana también miraba cuando en primavera está todo brillante y se ve muy lejos, hasta los cerros de allá, que son como montañas pero muertas.

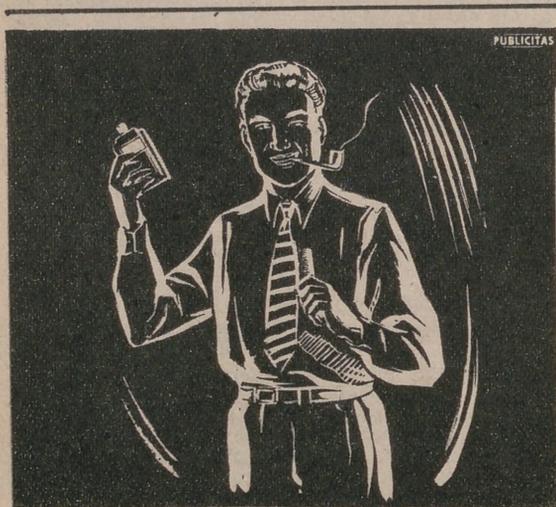
Al volver, cerca del embocadero siempre hay mujeres lavando, y esta mañana, dos reñían a gritos, que se llamaban cada cosa...: iban a más, y en un momento, ¡zas, zas!, empezaron a darse con los lavaderos. ¡Qué gente! No sé para qué estamos haciendo la guerra.

Ya era hora de ir a Capitanía. En los bancos de los macizos del Instituto ya estaban esperando los dos compañeros. Al encontrarnos parecíamos mas amigos que ayer. El de las bombas sacó la petaca y nos ofreció. Yo no los sé hacer todavía. Me gustan los canarios, porque están hechos. Lo rubio me gusta más, pero es caro; por los exámenes compré una caja de americanos, y Chamorro me decía que era una idiotez, que gastar ese dinero en tabaco para total marearme. Marearme no me mareé; pero un día después de comer, estaba esperando la hora de clase en un banco del Campo Grande y me fumé un cigarrillo. ¡La ley! Cómo me quedé dormido. Llegué media hora tarde. Hay que hacerse. Estuvimos esperando un poco en esa plaza, junto al surtidor y el estanque, donde dicen que han tirado a varios catedráticos. Yo creo que será mentira, aunque desde el examen de ingreso lo vengo oyendo; la gente da en decir una cosa y la repite al buen tuntún.

Entramos al Banderin. Había uno más que se estaba alistando. Es distinto de los de ayer; se ve que tiene otra educación; éste no debe venir para ganar más; lleva uniforme y la insignia de artillería. El sargento llamó a un soldado y le dijo que nos llevase a reconocimiento. Ya nos lo dijeron ayer, pero no sabía lo que sería. Por pasillos muy largos y con muchas revueltas llegamos al botiquín.

Primero me tallaron; creo que he dado uno sesenta y cuatro. Luego me midieron el pecho; luego que si el color de los ojos y del pelo y todas las señas. Y más que señas, porque, bueno, luego me dijeron que me pusiese frente a los dos que estaban sentados detrás de la mesa y me mandaron que tosiera. Yo no sé qué tendrá que ver una cosa con la otra. Pero ya que lo mandaban tosi fuerte. Mirasen lo que mirasen, dijeron que valgo y que podía abrocharme. Luego volvimos a la oficina por los mismos pasillos. El sargento nos ha dicho que no sabe si saldremos esta tarde, porque somos muy pocos. Si vienen más, sí. Ayer tantos y hoy tan pocos.

Antes preguntó el de las bombas si podíamos ir a comer a algún sitio. El sargento me dijo que viniésemos aquí y dijese que somos del Tercio. Yo no sabía si irme a comer por ahí de mi dinero. Pero primero por no gastarlo en seguida y además para no parecer que me quiero apartar, me he venido al cuartel. Los dos de ayer dicen que an-



AHORA...

una fricción con

LOCION AZUFRE VERI

y "quedo seguro" de conservar este buen pelo y tenerlo LIMPISSIMO, sin esa odiosa caspa y molesto picor que antes me atormentaban.

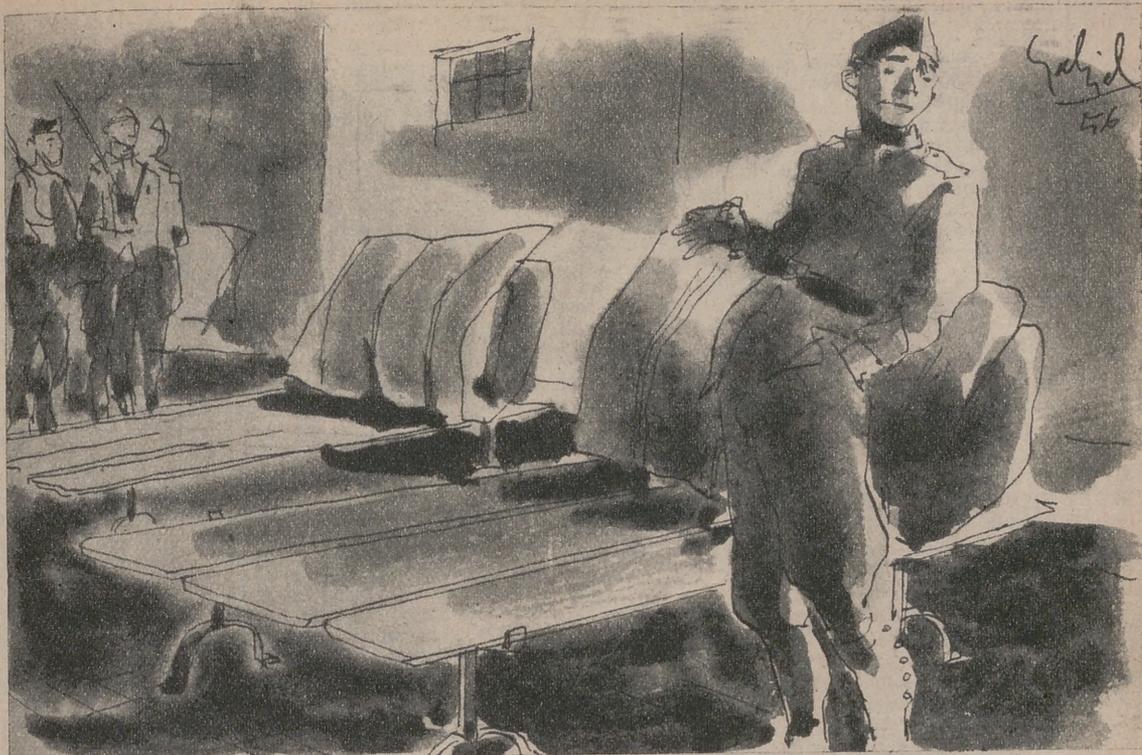
Además, sé que, **COMPRO LO MEJOR** y... ayudo a mi nación.

**DESCONFIE
DE
IMITACIONES**

Muchos médicos la usan y recomiendan para cuidar el cabello y combatir la caspa.

Si desea un folleto gratis, escriba a INTEA.
Apartado 82 • Santander

PREPARADO BAJO DIRECCION FARMACEUTICA



dan mal de perras, y que hay que aprovechar todo. Yo no soy desconfiado, pero como llevo el dinero en el bolso del pantalón, he apretado el pañuelo hacia abajo, para que no suene.

Cuando he dicho a la guardia que somos legionarios, ¡bueno! un cabo nos ha llevado al comedor en seguida, saludó al capitán que estaba allí y nos pusieron junto a las perolas. Ya salían los soldados y nos quedamos solos. Nos dijeron que bebiésemos todo el vino que nos diese la gana. Es tinto, lo probé y no me gustó mucho, es agrio y áspero; ¡lo que me gusta el blanco cuando estoy en casa! La comida era carne con patatas. Tenía hambre y he comido bien.

Luego nos hemos venido a la cantina del cuartel. Los otros tres han estado hablando. Yo, mientras, he aprovechado para escribir esto de la mañana. Llevo el cuaderno en el bolso de la camisa.

Hace un poco se volvió el nuevo y me dijo:

—¡Vaya trabajador!

—No, si son cosas... para mí.

—¿Te gusta escribir?

—Sí; pero hay que saber mucho.

Porque eso de inventarse las cosas, sacarlas de la cabeza, tiene que ser que se sepa mucho; me acuerdo en primero en la gramática venían al final varios cuentos, y al leer uno me gustó mucho, tanto, que me dieron ganas de hacer yo también uno: cojo papel, cojo pluma escribo, escribo, y a la mitad lo rompí; era igualito que el del libro.

Luego me ha preguntado que cómo me llamo. El se llama Ignacio.

—Tú no has estado en el frente, claro—me dijo.

—No; hasta ahora no. Tú ¿en cuál has estado?

—¡Uf! En todos los frentaos. Pero te advierto que en seguida se acostumbra uno, si no le zumban, naturalmente. Y ¿qué, vienes para escribir?

—No; pero ya que está uno... Porque si se quiere contar, hay que verlo, ¿no te parece? Y si no se ven estas cosas no sé de qué se va a escribir. Oye, ¿y cómo te vienes a la Legión si ya estabas en el frente?

—Mira—me dijo—. Cada uno tiene una manera de estar en el frente. Ya verás cómo los tiros suenan como si tuvieran la voz del que tira. Yo he querido estar de esta manera.

—Desde luego, la Legión es lo mejor.

—Hombre... yo los he visto de cerca, y aquí se hace todo más de verdad. A mí me gusta hacer las cosas muy de verdad. He estado de permiso y, ya ves, me han fallado algunas cosas: eran mentira, ¿sabes? Y a mí me da asco la mentira.

Quedó un poco callado. Yo, claro, qué le iba a decir, nada. Me parece lo mismo, pero no sé por qué dirá eso de las mentiras.

Este sí que yo creo que debe estar decepcionado. ¿Será mejor para uno...? Pero ya nos vamos.

Por la noche.

Esto de acostarse en el cuartel es como una batalla, de ruido que se arma. Hace tiempo estuve en casa de mi tío Luis unos días; viven cerca de este cuartel, y por las mañanas muy temprano se oía un barullo imponente. Ahora ya me lo he explicado. Es que las camas son tablas que se ponen a la larga encima de dos hierros con patas, y luego se hecha la colchoneta. Pero las tablas se recogen al tocar diana, y por eso se organiza este follón.

A nosotros nos han traído a una compañía donde están los de paso. Como somos los últimos sólo tenemos colchonetas, que hemos tendido en el suelo, orilla de la puerta, y hay una luz siempre encendida, por eso debe estar esto libre, aunque a mí me viene bien la luz para escribir ahora.

Antes de tocar silencio, a todos se les vuelve vocear, y después, es el imaginaria quien más vocea. Ignacio todavía no ha vuelto; ¡él que le gusta hacer las cosas de verdad! A lo mejor no le admiten en el Banderín si se enteran. Desde por la tarde en el Banderín no le hemos vuelto a ver.

Yo esta tarde pensaba ir al colegio a ver al hermano José María. Es el mejor. No pega nunca. Y le gusta escribir como los de ahora, porque dice que no hay que copiar lo viejo, que eso es tocar el violón. Luego, nos trataba dándonos importancia, que da gusto, con lo que sabe, no como otros que presumen de saber más que la clase, ya podían. Y, sobre todo, que no admitía ningún pelotá. Además el hermano José María se fijaba en todo. Porque yo estuve más del último trimestre sin boletín de notas, pues lo rompí delante de una chica—y lo peor es que después esta chica no me ha gustado—y él no me dijo ni palabra. Lo cual que yo creía que ni se daban cuenta. Los sábados cuando leían las notas no lo sentía por el regaliz ni por los vales que pudiera ganar, lo que más me enfadaba era que faltando mi boletín ni siquiera me castigaban. Pero luego, cuando fué mi madre a preguntar por mí, él se lo dijo todo, y que no le importaba el boletín, sino lo raro y algo cambiado que yo estaba. Desde luego era un exagerado, pero de todos modos me gustó que se preocupase de

mí, aunque no me dijese más que alguna indirecta. También tiene que ser triste que nadie piense en uno, y yo creo que es más de agradecer si se toma interés una persona así.

Yo pensaba ir esta tarde. Pero es que temo que me pregunte sobre estar yo a estas horas por aquí, y yo al hermano no le miento. Luego eso, que no he tenido tiempo.

Porque salimos del cuartel, y hacía un calor... El nuevo, Ignacio, dijo que nos dejaba, que se iba a tomar café. Los otros, el de las bombas y el de Medina, dijeron que iban a ver las chicas. Yo me dije para mis adentros: como que ahora va a haber una chica por la acera. Porque hasta el anoche no salen; creí que a lo mejor conocían alguna criada. A mí lo que me preocupaba era que no me viese nadie de mi familia; que lo que es los demás... Al cruzar la plaza vi al pelotilla de Rafa, muy arregladito, y de que me ve con éstos y así de adán no me dice adiós! ¡El muy merengue!...

Ibamos junto a la catedral, y a esa hora estaba sonando esa campana que toquetea tan despacio durante un rato, y llegan los canónigos por la sombra de las casas. Fuimos hacia la parte de detrás, por unas calles que vive gente mala. Debe ser peligroso meterse por aquí, pero yendo así, que se conoce que somos combatientes no hay cuidado.

Ya se veía a dónde íbamos. Pero al principio no me di cuenta, porque no sabía que se las pudiese llamar chicas, como a las demás.

En la calle había unos chicos pequeños jugando, y el de las bombas se fué hacia ellos y les preguntó algo; uno contestó que no con la cabeza, y entonces éste le dijo algo malo para su hermana. Otro chaval que tenía los ojos colorados, colorados, y con muchas legañas dijo que en aquella puerta de más allá habían entrado unos italianos. Llamaron, y una mujer, por una ventana dijo que a esa hora no podían entrar. Es una calle estrecha y empinada, no había ni una rata; luego entramos en otro portal, allí, por debajo de la escalera había como una cantina pequeña con botellas y vasos. Bebimos un poco de vino; despachaba una mujer ya mayor, gorda y hablaba un poco como hombre.

Estuvimos poco tiempo, y nos fuimos. Según íbamos yo he pensado que estas calles debieran tirarlas y hacer casas nuevas para que vivan familias. Luego entramos en una cantina, vieja y sucia; la mujer también era muy vieja; de sucia, no me

acuerdo. Pero qué vino con gaseosa más fresco. ¡Cómo me gustó, diablo! La vieja era muy sonriente. Venía con nosotros un guardia de asalto, y allí había dos legionarios. Les dijeron que somos del Banderín de Enganche, y nos invitaron a beber más. Estaban ya un poco alegres y decían: «Venga, a cantar nuestro himno. No es «Soy valiente y leal legionario...»; es ese de «los que en España no habéis nacido». Cuando callábamos se oía la radio; es una radio muy pequeña, de las que compró todo el mundo cuando pusieron la emisora local; se oía poco, pero tocaban una cosa que me entusiasmó la primera vez que la escuché, creo que es de Wágner; es la orquesta sonando fuerte, como si fuese un coro de hombres ya mayores, y por debajo de las voces o por arriba, los violines muy movidos, y todo esto subiéndolo, como si se esperase algo grande que va a suceder, y cantasen además otras voces que las de los hombres.

A veces he sentido una cosa así, de esperar algo totalmente distinto, parecido, aunque más sin palabras, a cuando me compraron la primera bicicleta, la pequeña, y estaba esperándola. Alguna vez, hoy no, hasta lleva un poco de tristeza. El mismo día de la Inmaculada del año pasado, me levanté sin ganas de nada, y cuando llegué al colegio sentía por todo el pecho como si estuviese vacío; y los mayores no deben entender nada de esto, porque no les pasa a ellos. Me imaginaba yo que tenía que suceder algo o que me dijese algo que no se ha oído nunca; en parte esperaba yo que el sermón podría tener eso más de dentro que las luces y las flores y estas cosas. Pero luego lo dejé de escuchar, porque desde el principio no tenía nada que ver con lo que yo hubiera querido, y me sentía más vacío cuanto más hablaba el cura, porque me daba la impresión de estar más solo. Me acordaba de casa, pero no era sólo eso, porque yo creo que es que en todas las casas se nota que les falta algo y no sé si luego se encuentra. Aquel día después de comulgar estaba más seguro, pero la verdad es que no tenía nada en la imaginación.

Pues el caso es que la radio seguía. Y los legionarios dándole al carrascías. Fuimos hacia otro sitio.

Entramos en un portalón, donde subimos una escalera hasta la única puerta que hay. Abrieron, y había mucha gente. En una sala había varias chicas. Una nos preguntaba si vamos al frente; que un hermano suyo anda por allí, y le habían herido. Me extrañó que éstas tengan familia. Los dos del banderín se fueron por allí; los legionarios del bar hablaban por los codos.

Yo estaba harto de todo esto. Me acordé de Carmen, y me pareció todavía más agradable. Parece que tiene en los ojos esas palabras que deben existir, pero que no hemos oído todavía. Dejé de pensar en esto para no darme la impresión de que la comparaba siquiera.

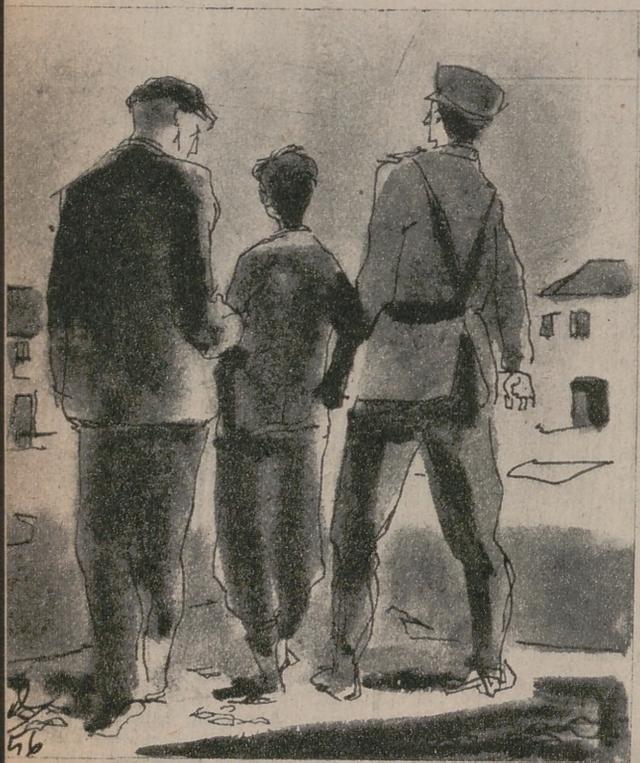
Al salir fuimos directamente a Capitanía. ¡Qué alegría llevaba yo pensando en llegar pronto a Talavera! Estaba seguro que unos pocos habrían ido a apuntarse. Pero nada, ni uno; otro día de andar un poco escondido. Ya me joroba la calle y estar de paisano. Si hubiera estado de legionario hubiera ido a dar una vuelta por la Acera; pero así... Vinimos pronto al cuartel. Según estoy escribiendo ha llegado Ignacio muy hablador. Discutía con el imaginaria, que él es caballero legionario, y que cuidado. Luego ha venido donde nosotros que está más libre. Nos ha dado de beber coñac de una botella que se traía.

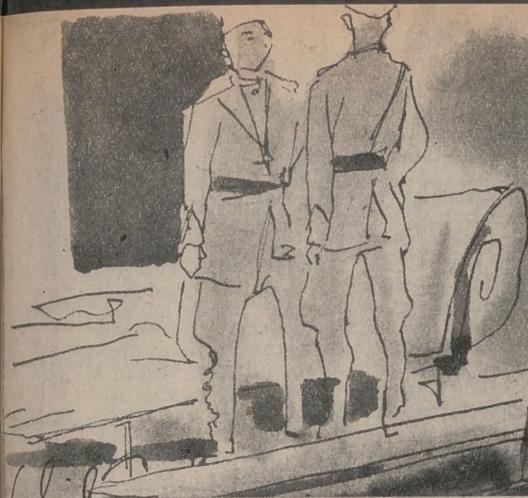
—En este cuartel se pierde un batallón y no lo encuentra ni su padre. Pero bueno, por fin puede uno dormir. ¡Qué calor...! Por ir a tu lado a verte...

Porque a todo esto cantaba entre cosa y cosa.

—¡Borracho yo! El quinto ése; a mí, que he estado en el Guadarrama, en la Casa de Campo, en el Jarama, en el Sollube... Creen que hablo porque estoy borracho, y lo que pasa es que tengo que beber de tanto hablar. Vaya calor... Me hice novio de la muerte, la, la, la... Sí eso, novio de la muerte. Y no de esa estúpida. Tú, chaval, ¿crees que hay derecho? El día que vuelva yo a hacer caso de mujeres...

Ya no sabe uno qué quieren decir los mayores cuando dicen mujeres. Casi siempre va por las que son como las de esta tarde. Pero recuerdo que un día, en casa, don Enrique se debía referir a





que su mujer le había arruinado—yo apenas entendía—y dijo muy triste: ¡mujeres!, aunque sólo era una. Este lo mismo, lo dice de su novia. Siempre lo dicen cuando la cosa no es buena.

—¿Tú crees que hay derecho? Pero algún día se acordará de mí. ¡Ah, novios de la muerte! Cómo me voy a desahogar con una ametralladora, y vengan peines, ta ta ta ta, pim pam; bomba va, bomba viene. Venga, otro trago.

—Llévala al Juzgado—dije un poco en broma.

—¡Ah, si hubiese Tribunales para esto, ganaba el pleito! Pero, ¡bah!, en las cosas más importantes de la vida los Juzgados no tienen nada que hacer.

—No te preocupes, que ahora lo que sobran son chicas—le dije, y es verdad.

—Y a mí que me importa. Ella era la única, Y el tiempo... La di lo que tenía, yo mismo. El frente era para mí un día de toros, pensando en ella; ni cañonazos, ni nieve, ni piojos, nada me importaba. ¿sabes?, porque miraba su foto. Y yo la mandaba de aquí dentro (y se golpeaba el pecho) mis pensamientos. ¡Y ahora! Ya ni me llamo Ignacio; Hasta el nombre he perdido. ¡Hala, novios de la muerte! Aquí cada uno ni es amigo, ni familia, ni paisano; todo nuevo, legionario a secas. Y pensar que a estas horas estará ella... paseando, sin pensar en mí... a lo mejor con otro. Me voy.

Soltó un taco y se levantó hacia la puerta; el imaginaria corrió y le cogió. Le decía: «Tú, donde vas a ir es rodando por las escaleras al calabozo. Le llevó a la colchoneta.

—Me tiraría al mar... hundirse en las olas... dando vueltas. ¡Uf!, todo es agua y da vueltas. No hace falta suicidarse, me hice novio de la muerte... y a mí, qué me importa.

—Estás más borracho que una cuba.

—Tú, a callar —se ponía el dedo en la boca—. De esto no sabes ni gorda. Pero no te enamores, chico. Sólo así, lo que se estila... ni más ni menos... que si no, te veo aquí abajo... todo agua. Y si fuese agua... Este maldito coñac es peor que el saltaparapetos.

Dijo alguna cosa más entre dientes, y luego roncaba dentro de su mar. En todo el cuartel no hay más que silencio. Fuera, se oye algún coche por la carretera de la orilla del río. Ser el último en dormirse también es tener más libertad. Yo creía que lo de estar tarumba de querer tanto, como éste, era sólo en la poesía y en las novelas. También se necesita mala entraña para dar buenas palabras y luego hacer eso.

8 domingo.

No sé cómo continuar contando. Ayer no tuve ocasión de escribir nada, y hoy, las cosas de ayer parecen ya un poco distintas de como fueron. Creo que al contarlas con un día de retraso será más breve, porque el mismo día parece todo más importante, y en cuanto se duerme una noche, se olvida lo grandes que se nos hacen de recientes. Pero de todos modos voy a ponerlas una detrás de otra, tal como vinieron.

Tocaron diana muy pronto. No me despertó la corneta; fué la algarabía de los demás. A Ignacio, ni eso. El de las bombas cogía una en la mano, y con el dedo en el alambre decía: qué, ¿se la tiro a ver si despierta del tablón que traía?

Nos lavamos un poco y fuimos a desayunar. Desde luego el corneta se pasa el día tocando. Nosotros, como no teníamos nada que ver, no nos importaba. Fueron a instrucción por allí cerca; estuvimos viéndoles. El de las bombas decía:

—Y todo esto, para qué. Allí lo que hay que hacer es aprovechar el terreno y mucha sangre fría al tirar y echar p' delante escurriendo el bulto. En la montaña, chico...

—Pero si en tu frente no ha habido nada digno de mención —dijo un legionario muy flamenco, que volvía de estar herido y durmió también en el cuartel. Por el Garabitas te quería yo haber visto. Y en la Universitaria, que, vamos, que pisábamos Madrid, y que no nos paraba ni una división de diablos. En el Clínico, aquello, luchábamos a machetazos, a ladridos...

Mientras tanto, los soldados marchaban dando vueltas, sobre el hombro, todo esto. El legionario decía que en el Tercio se hace esto como un reloj. Que al volver de instrucción se va a paso ligero

Rápidamente

Corte los resfriados
con

Instantina



B
A
Y
E
R

C.S. 9494

hasta el cuartel, cosa de un kilómetro, y los cornetas tocando, que ya está bien.

Después estuve por el Campo Grande, a esa hora que está tan nuevo de mirar. Allí parece que se está lejos de la ciudad, pero tampoco en el campo; no se imagina uno una batalla en el Campo Grande; y, sin embargo, en cualquier otro sitio no se me haría extraña la guerra.

Iba después por la calle y me encontré con uno de aquí, que está de soldado; es de las quintas de atrás; me llamó él, y me dijo que dónde andaba, que había visto a mi hermano Carlos que estaba de paso, y me buscaba. Yo, por una parte, me hubiera gustado encontrarle, porque hacía bastante tiempo que no le veíamos, aunque él pasa a menudo a cosas del regimiento; es aférez encargado de algo. Pero, por otro lado, lo que yo quería era salir por la tarde, y nadie sabía que estaba en la Legión.

No fui a comer al cuartel. Comí en una cantina apartada; y mucho, por lo del viaje tan largo. Compré algunos periódicos para leer los artículos y hacer tiempo hasta ir a Capitanía.

Cuando llegué me alegré ver unos cuantos más. Así que seguro que salíamos. Pero se asomó el sargento, y al verme, dijo que pasase.

No supe cómo explicármelo, puesto que nadie podía saber una palabra de que yo estuviese allí. ¡La sorpresa que me llevé! estaban mi padre y Carlos. Hubiera echado a correr. No sé si hice gesto de volverme, porque mi hermano me cogió en seguida, como cariñosamente, pero bien sujeto.

En fin, el comandante dijo que podía irme con ellos, que ya sospechaba él que no tenía la edad.

Temía que mi padre estuviese enfadado, pero me pareció que no. El sargento estaba cambiando la lista. Le dijo el comandante: escoja otro para jefe de expedición. Y me dolió más... Pero no podía hacer nada. Sentía que era como no cumplir mi palabra que había dado al apuntarme.

Cuando salimos me dijo Carlos que lo había hecho con mucha habilidad, que él no daba conmigo. Mi padre decía que había mirado entre mis libros y papeles y en uno escribía yo como si estuviese en la Legión! por eso al ver que no me había ido a Falange, fué al banderín. Si no es por ese descuido mío, ¡ya podían buscarne! Me llevaron a casa de los tíos. Me fastidió que lo tomasen un poco a broma. Sobre todo el idiota de Angel, que, en fin de cuentas, está emboscado, se pone a decir que no me creía tan bala; claro que Carlos le dejó seco, porque dijo: «No, si éste no se iba por ser bala, era para sustituir a los que tienen edad, y no hay quien los lleve ni a la rastro».

Y ya se acabó que contar. Después es ya en casa. Cuando llegué con mi padre, noté que me esperaba una buena regañina. Mi madre ni me miró. Luego, con voz muy honda, me dijo... en fin, eso. Y que mañana es domingo, así que a confesar y comulgar.

Pero esta mañana me vino a despertar ya sin enfado. Al confesarme, dije que tenía el desobedecer, aunque era por lo que era! y haber dado disgusto a mis padres, y lo de haber visto las casas aquellas. Don Alfredo, que entiende mucho y da mucha confianza, me dijo que sí, que no estaba bien.

—Mira, hijo, ahora tu deber es obedecer. Y luego, la valentía en ser fiel al bien, que tu palabra sea de verdad y la cumplas siempre.

Y otras cosas que venían muy a pelo.

Por la mañana estuvimos jugando a la pelota. Por cierto que el viejo del señor Juan, el del frontón, si no es porque es viejo... Me dice:

—¿Qué? ¿Tú también? Como el golfo de mi nieto, que se ha ido al Tercio. Querías ir como él, a comer la sopa boba.

Bueno... ¡Yo no sé por qué nos dicen que a todos los viejos hay que respetarlos! Después de comer, me llevó mi padre a tomar café. Uno de la mesa me dijo:

—Bueno, cosas de chico; ya verás cómo cuando tengas veinticinco años piensas de otra manera.

No veo por qué al ser más hombre se haga más egoísta uno. Tiene que ser al revés. Mi padre me ofreció tabaco, y que si quería también una copa de coñac

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

"EL AMERICANO TRANQUILO"

Por **Graham GREENE**

Graham
Greene

THE QUIET
AMERICAN

DURANTE la guerra de Indochina, un joven americano, Pyle, residente en Saigón, aparece asesinado. Iba a casarse con una muchacha indochina, Phuong, que había abandonado por él a un periodista inglés, Fowler. Es éste el narrador de la novela, quien comienza el libro evocando los principios de sus relaciones con Pyle, a quien presenta como un hombre ingenuo y cándido, convencido de que puede oponer una tercera fuerza entre los nacionalistas indochinos y los franceses.

UNA ESPERA TRAGICA

Después de haber comido me senté y esperé a Pyle en mi cuarto de la rue Catinat. Me había dicho: «Estaré con usted todo lo más tarde a las diez», y cuando pasó la medianoche no pude estar ya más tiempo parado y salí a la calle. Un grupo de viejas mujercas con pantalones negros se acurrucaban en el atrio. Estábamos en el mes de febrero y me imaginé que hacía demasiado calor para que se encontrasen a gusto en la cama. Un vehículo a pedal pasó lentamente por el muelle, y pude ver a través de las farolas encendidas los nuevos aviones americanos desembarcados. No había el más mínimo rastro de Pyle a lo largo de toda la calle.

No tenía nada de extraño, me dije, que se hubiese detenido por alguna razón en la Legación americana. De todos modos, de haber sido así, me habría telefonado, pues se mostraba muy meticuloso en estos pequeños detalles. Iba a entrar ya de nuevo en mi casa cuando vi a una muchacha que esperaba en el próximo portal. No podía distinguir su cara, sólo veía a sus calzones blancos de seda y su larga túnica revestida de flores, pero me bastaba esto para saber a ciencia cierta quién era. Me había esperado muy a menudo a mí, precisamente en aquel lugar y hora.

«Phuong —le dije— significa fénix, aunque hoy

DESPUES de varios años sin escribir ninguna novela, Graham Greene ha vuelto de nuevo a la palestra con una excelente obra literaria «The quiet american», el libro que hoy resumimos en nuestra sección habitual.

Interrumpiendo en cierto modo la línea tradicional de sus últimas producciones, tanto de las novelísticas como de su pieza teatral «El cuarto de estar», Graham Greene no trata en esta obra un tema claramente relacionado con preocupaciones religiosas. No obstante, detrás de la trama, aparentemente descarnada y violenta, se encuentra todo un tinglado de problemas morales, al cual están unidos de una manera más o menos directa los personajes de la novela.

Como en toda la producción literaria de Graham Greene, el bien y el mal aparecen tan entremezclados y confusos, que muchas veces resulta difícil saber exactamente dónde está el uno y el otro. Por otra parte, las preocupaciones políticas del novelista británico se reflejan también en la novela y su poca simpatía hacia los Estados Unidos tiene una clara manifestación en el tipo de Pyle, extraña mezcla de brutalidad e ingenuidad, que parece simbolizar a una considerable parte de la política americana. No obstante no se puede tachar a Graham Greene de que se apasione por nadie, pues la figura del narrador de la obra, un periodista inglés, refleja toda la hipocresía y espíritu socialista del europeo, indeciso y cobarde en el fondo.

La novela, desde el punto de vista literario, es excelente y está toda ella escrita en ese estilo que tanto le gusta a Greene de interrumpir continuamente la acción para volver sobre hechos pasados, pero realizado con una habilidad tal que esta anomalía cronológica resulta completamente natural y deseable.

GREENE (Graham): THE QUIET AMERICAN.—William Heinemann Ltd. Londres. 1955.

no haya nada fabuloso ni nada que surja de sus cenizas». Sabía antes de que me lo dijera que estaba esperando a Pyle y por ello le aclaré. «No está él aquí».

Yo sé. Te he visto solo en la ventana.

—Vente conmigo arriba —le dije— vendrá pronto.

—Puedo esperar aquí.

—No será lo mejor. La Policía puede detenerte.

Me siguió escaleras arriba. Cuando pasamos el atrio, las viejas mujeres volvieron la cabeza e hicieron comentarios. En mi habitación Phuong encendió la estufa de gas y comenzó a hervir el agua para el té. Era exactamente igual que hace seis meses. Me di cuenta, sin embargo, que su cabello lo peinaba ahora de manera diferente, y lo dejaba caer directamente sobre sus hombros. Recordé que Pyle había algunas veces criticado las complicaciones de su peinado, inadecuadas para la hija de un mandarin.

Cerré los ojos y comencé a pensar lo que hablarían ahora cuando estuviesen juntos. Pyle era hombre muy serio y había tenido que aguantarle sus conferencias sobre el Lejano Oriente, que él había conocido tantos meses como yo años. La democracia era otro de sus temas y no cesaba de explicar lo que los Estados Unidos estaban haciendo

en el mundo. Phuong, por otra parte, era maravillosamente ignorante. Si Hitler aparecía en la conversación, ella interrumpía para preguntar quién era. La explicación hubiese hecho más difícil la comprensión, ya que ella nunca había conocido a ningún alemán ni a ningún polaco y tenía sólo vagos datos de la geografía europea. Ahora, eso sí, de la princesa Margarita sabía más que yo.

Me preparó una pipa de opio y hablamos. De pronto, alguien golpeó impacientemente. Ella se levantó rápidamente y golpeó el amarillento árbol del nuevo año chino, que todavía estaba en la ha-

bitación. La puerta se abrió: «¿Monsieur Fowler?», preguntó una voz.

—Yo soy Fowler, dije. No me apetecía ver a un policía, a pesar de que no había duda de que lo era. El me explicó en un francés casi incomprendible que debía ir inmediatamente a la Comisaría. Me repitió varias veces esta orden y dijo que Phuong me debía acompañar.

Cuando llegué a la Comisaría me encontré con el comisario Vigot, a quien conocía de vista. En aquellos momentos parecía cansado y deprimido. Tenía un volumen de Pascal sobre su mesa. Primero interrogó a Phuong y luego se dirigió a mí, haciéndome multitud de preguntas sobre Pyle.

—¿Está en el depósito de cadáveres?—pregunté a Vigot.

—¿Cómo sabe usted que ha muerto?

Era una pregunta tonta, indigna de un hombre que lee a Pascal y que, como sabía yo, quería tan entrañablemente a su mujer. No se puede querer sin intuición.

—¿Quiere usted identificarle? Es algo que lamento, pero lo exige la rutina y, por otra parte, no es una rutina injustificada.

No quise preguntarle por qué no esperaba a alguien de la Legación americana, pues conocía las razones. Los métodos franceses están un poco anticuados para nuestros fríos procedimientos. Los franceses creen en la conciencia, en el sentido de la culpabilidad y que un criminal debe enfrentarse con su delito, para traicionarse a sí mismo.

Después de la confrontación volví con Phuong a mi piso. Había perdido yo toda mi dignidad. Ella no se había enterado todavía de nada, y yo en aquel momento pensaba sólo como corresponsal. Veía mi titular: «Funcionario norteamericano asesinado en Saigón».

—¿Dónde está Pyle?—me preguntó Phuong—. ¿Qué es lo que deseaba?

—Phuong—dije, mientras ella echaba de nuevo opio en el recipiente—, Pyle ha muerto. Ha sido asesinado.

Dejó caer la cucharilla y se sentó en el suelo, mirándome. No hubo escenas ni lágrimas, sólo un pensamiento, el pensamiento largo y privado de alguien que tiene que alterar todo el curso de una vida.

UN AMERICANO TRANQUILO

La mañana en que yo conocí a Pyle me encontraba sentado en el hotel Continental con algunos compañeros míos de la Prensa, que acabábamos de volver del supuesto escenario bélico. Periódicamente, después de un encuentro, y cuando se habían retirado las bajas, se nos llevaba a Hanoi, donde teníamos una conferencia periodística con el comandante en jefe. Pyle era un hombre tranquilo y muy serio. Nunca criticaba a nadie.

Un día me dijo:

—¿Ha leído usted a York Harding?

—No. No lo conozco ni sé lo que ha escrito.

Me miró con un poco de desagrado y agregó:

—York ha escrito un libro titulado «El avance de la China roja». Es una obra muy profunda. En ella se dice que lo que Oriente necesita es una tercera fuerza.

Es posible que yo entonces debiera haber descubierto toda la fuerza de este cerebro joven y el mágico sonido de ciertas imágenes como las de: Quinta Columna, Tercera Fuerza, Día Sexto, etc. Sin embargo, preferí no preocuparme más y me fui a mi rue Catinat. Debería él mismo aprender por propio conocimiento la realidad de todo aquel país: El oro de los campos arroceros bajo los efectos de un sol plano; los pescadores, agazapándose sobre los campos como mosquitos; los grandes sombreros de forma de moluscos de las muchachas que reparan una carretera en la que ha estallado una mina; el dorado y el verde de los brillantes vestidos del Sur, y en el Norte, los oscuros trajes y el círculo de montañas enemigas en las que runranean los aviones.

La primera vez que Pyle se encontró con Phuong fué también en el Continental, casi dos meses después de su llegada. Phuong bebía un vaso de naranjada y yo tenía ante mí una cerveza. Estábamos ambos silenciosos y contentos de estar juntos. Pyle apareció cautamente y yo le presenté. El tenía una manera de mirar a las muchachas, primero fijamente, para después enrojecer. Luego fuimos a un salón de baile, y allí Pyle, con su terrible francés, le pidió a Phuong que bailase con él. En una mesa próxima, la hermana de Phuong estaba

sentada y vino junto a mí. No habíamos sido nunca buenos amigos desde que yo entablé mis relaciones con Phuong.

—¿Quién es él?—preguntó ella.

—Un hombre llamado Pyle y que pertenece a la Misión Económica Americana.

—¿Está casado?

Miré a la pista de baile y dije:

—Creo que nunca ha estado tan cerca de una mujer como en este momento.

—Baila muy mal—dijo ella.

—Sí, pero parece un hombre seguro e ingenuo.

La música se paró y Pyle y Phuong vinieron a la mesa. Les presenté. Se habló de varias cosas, y después de comer volvieron a bailar de nuevo. Mientras lo hacían sentí miedo de perder mi felicidad. Este mes, quizá el próximo año, Phuong me dejaría. Si no era así, ocurriría un poco después. La muerte aparecía como el único valor absoluto en mi mundo. Envidiaba a los que creen en Dios y sienten el valor de ver algo invariable y permanente. La pesadilla de un futuro de aburrimiento e indiferencia se apoderaba de mí. Luego empezaron las atracciones. Eran muy groseras y naturalmente Pyle no podía seguir el argot. Sin embargo, sonreía cuando Phuong se reía, y su cara era un reflejo de la suya. Cuando las obscenidades se hicieron mayores me quedé atónito por la repentina protesta de Pyle:

—Fowler—me dijo—, vámonos; ya tenemos bastante. Esto no es adecuado para ella.

El narrador descubre su participación en unas maniobras de limpieza llevadas a cabo por el Ejército francés contra los rebeldes. En ellas presenta toda la amarga desesperación de la inacabable guerra de Indochina, con su secuela de matanzas y tragedias. Al final de esta operación militar Fowler se encuentra con Pyle y mantiene con él una conversación que le revela los sentimientos de este último en relación con su amante.

Cuando apagamos la luz podía ver cómo brillaban afuera las llamas.

—Buenas noches, Tomás, que duerma usted bien—me dijo. Y apenas si había dicho estas palabras, cuando, como en una mala comedia, los morteros comenzaron a dejar sentir su inacabable serie de explosiones.

—¡Santo Dios!—dijo Pyle—. Esto es un ataque.

—Lo que tratan es de impedirlo.

—Esto quiere decir que no podremos dormir.

—Tomás—agregó luego—, desearía saber lo que usted piensa de ciertas cosas y que me aconsejase.

—¿Sobre qué?

—Sobre Phuong.

—Lo siento, pero mi opinión siempre será parcial.

Comenzó a jugar con los cordones de sus botas y hubo un largo silencio, después afirmó:

—En verdad, no he sido completamente honrado.

—¿No?

—Realmente he venido a verle a usted.

—¿A verme a mí, aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

Levantó su vista, y con mirada embarazada me afirmó:

—Se lo diré a usted. Me he enamorado de Phuong.

Me reí, pues no me lo esperaba. Se mostraba tan serio y tan extraño. Finalmente le dije:

—¿No podía haber aguardado hasta que volviese? Regresaría a Saigón la próxima semana.

—Le podrían haber matado—me dijo—. Y no habría estado bien que no se lo explicase. Además, no sé si hubiera sido capaz de estar sin ver a Phuong todo este tiempo.

—No me casaré con ella—le expliqué—. Tengo mujer y ella no se divorciará jamás de mí, por motivos religiosos. De todos modos no me separaré nunca voluntariamente de Phuong.

Durante algún tiempo, Pyle insiste en obtener la cesión de Phuong sin lograrlo. Se produce una extraña entrevista, en la que en presencia de Fowler, que hace de intérprete, Pyle solicita la mano de Phuong. Esta, rehusa en aquel momento pues cree que Fowler conseguirá el divorcio de su mujer y se casará con ella. No obstante, la esposa del inglés vuelve nuevamente a negarse, lo que no impide que Fowler mienta diciendo lo contrario, mentira que es descubierta por la propia Phuong. Pyle no se desanima en absoluto y prosigue con la simplicidad de sus sentimientos su camino para lograr lo que se propone. Durante esta época salva la vida de Fowler durante un viaje que hacen por la zona

afectada por las guerrillas. Finalmente, Phuong, deseosa de convertirse en la esposa de alguien y conocer los Estados Unidos, aunque importándole menos la excelente calidad de los «grupos sanguíneos» de Pyle, que éste presenta siempre como uno de sus atractivos, opta por el americano

LA BUSQUEDA DE UNA TERCERA FUERZA

La vida ordinaria continuaba, lo que me impedía quizá que mi razón naufragase. Así como en un ataque aéreo, según se ha probado, resulta imposible un espanto permanente, igualmente bajo la rutina del bombardeo de las cosas diarias, de probabilidades de encuentros y de ansiedades abstractas, uno acaba por perder el temor personal. Los pensamientos de que tenía que dejar el próximo abril Indochina, de mi incierto futuro sin Phuong, se veían afectados por los telegramas diarios, por los boletines de la Prensa vietnamita y por la enfermedad de mi ayudante, un indio llamado Domínguez (su familia procedía de Goa), que era quien me ayudaba en las tareas menos importantes de mi labor periodística y quien me proporcionaba rumores y bulos y burlaba a la censura cuando enviaba mis mensajes.

Fué en estos días cuando le hice una visita que recordaré siempre de una manera particular. De buenas a primeras me soltó que un amigo suyo quería verme, y que tenía que contarme algo muy importante. El sudor perlaba a través de su frente cuando me dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a su amigo Pyle?

—No hace mucho. Nuestros caminos se cruzaron. Además, no le veo desde hace tiempo.

—¿A qué trabajo se dedica?

—Tiene una misión económica, pero esto tiene multitud de significados. Creo que se ocupa en productos para las industrias caseras.

—Le oí hablar el otro día de una recepción de la Legación americana. Propugnaba algo así como una tercera fuerza entre los nacionalistas y las franceses. Era una tercera fuerza que estuviese libre del comunismo y del colonialismo. Democracia nacional, la llamaba. Sólo había que buscar un jefe.

—Quizá halla encontrado su cabecilla—agregó Domínguez.

—¿Lo sabe usted acaso?

—No, yo no sé nada, pero vaya usted y hable con el amigo que le digo.

Al fin encontré la calle que me indicó, y allí pregunté por Mr. Chou. Un chino, extremadamente delgado, vino a recibirme. Me observó con la mirada indiferente de los fumadores y escuchó que yo le dijese que mi amigo Domínguez me había indicado que tenía que decirme algo muy importante. Una segunda persona, Mr. Heng, vino a explicarme aquello a qué tanto rodeo se le daba para que llegara a saber.

Bajamos unas escaleras y entramos en unas pequeñas habitaciones. Allí, el citado Mr. Heng iluminó con su linterna un pequeño cilindro de hierro y dijo:

—Ve usted esto.

—¿De qué se trata?

Dió la vuelta al objeto y me mostró una patente: «Diolacton».

—Esto no significa nada para mí.

—Dos de estos cilindros estaban aquí. Están, junto con otra chatarra, en el garaje de M. Phan-Van-Muoi. ¿Sabe usted quién es?

—No tengo la más mínima idea.

—Su mujer está en relación con el general Teh.

—Sigo sin ver nada.

—¿Usted sabe lo que es esto?—Y al decir esto me mostraba un objeto largo y cóncavo, como un bastón cromado, que resplandecía a la luz de su linterna.

—Puede ser tantas cosas.

—Es un molde. ¿Y usted sabe lo que significa un molde?

—Naturalmente que sí, pero sigo sin comprender nada.

—Este molde está hecho en los Estados Unidos. «Diolacton» es una marca americana. ¿Comienza usted a comprender?

—Pues, sinceramente, no.

—En este molde hay una grieta, que es por la que aparentemente se la ha tirado.



—¿Pero qué es el «Diolacton»? —dije—. Me suena a algo así como a leche condensada.

—Tiene algo de común con la leche.

Y Mr. Heng hizo penetrar la luz de su linterna en el cilindro, donde se veía en su fondo un pequeño polvo blanco.

—Es un plástico americano—agregó.

—He oído algo de que Pyle importaba plásticos para juguetes.

Cogí el molde y lo miré. Trataba de adivinar su forma. Pero como no era el propio objeto aparecía como si fuera la imagen invertida de algo en un espejo.

—No es para juguetes precisamente—dijo mister Heng. Y luego, volviéndose, añadió:

—Deseo que recuerde todo lo que ha visto. Quizá algún día tenga que escribir sobre ello.

LA «OPERACION BICICLETA»

Fué algún tiempo después cuando comprendí todo. Un día que volvía del hotel Imperial a mi piso me encontré en éste con una nota que habían metido por debajo de la puerta. Era de Domínguez. Se disculpaba por estar todavía enfermo. Me pedía que fuera al bulevar Charnerd alrededor de las diez y media de la próxima mañana. El requerimiento me lo hacía a petición de Mr Chou, pero sospeché que Mr. Heng era el que más deseaba mi presencia.

Todo ocurrió de tal manera que apenas si merece un párrafo para describirlo. Tenía incluso un aspecto humorístico, y nada había en ello que se pudiese relacionar con la triste y dura lucha del Norte, con aquellos canales de Phat Diem, repletos de cadáveres ennegrecidos; con el estallido de los morteros, con el brillo deslumbrante de las explosiones. Permanecí durante un cuarto de hora esperando junto a un puesto de flores, cuando, de pronto, apareció un camión cargado de policías. Los hombres bajaron y se precipitaron como si fuesen a cargar sobre una multitud, pero allí no había gente, salvo una enorme cantidad de bicicletas. Todos los grandes edificios de Saigón están rodeadas por éstas, que abundan más que en cualquier ciudad europea. Antes de que tuviese tiempo de ajustar mi cámara para registrar aquel ataque, la cómica e inexplicable acción se había terminado. La Policía se abrió paso a través de las bicicletas y salió con tres de éstas, que las colocó junto a una fuente decorativa. No pude hablar con ningún agente de la autoridad; éstos habían vuelto a su vehículo y marchaban calle abajo.

—«Operación bicicleta»—me dijo una voz. Era Mr. Heng.

—¿Pero qué es esto?—pregunté—. ¿Es que realizan prácticas?

—Espere un poco más— me dijo Mr. Heng

Algunos ociosos habían empezado a aproximarse a la fuente, y en aquel momento ésta pareció explotar por encima del pavimento. La decoración y el cristal de un escaparate saltaron por los aires. Todo el mundo resultó ileso.

Mr. Heng me llevó junto donde tenía su bicicleta, y le quitó el seguro. A continuación me dijo:

—Mire bien. No le recuerda nada la bomba.

Luego sonrió misteriosamente y se marchó. Cuando fui a la Suruté para buscar información comprendí el significado de todo. El molde que yo había visto en el almacén de Mr. Chou hacía forma semejante a la mitad de una bomba de bicicleta. Durante todo aquel día, muchas inocentes bombas de éstas se habían convertido en bombas de plástico que habían explotado a las once, salvo aquellas que la Policía, actuando por informaciones recibidas, pudo anticiparse a sus explosiones. Era un asunto completamente trivial. Diez explosiones seis personas ligeramente heridas y Dios sabe cuántas bicicletas estropeadas. Todos mis compañeros de Prensa dedicaron espacio al asunto. Las bombas de bicicleta eran una buena noticia. Se acusaba a los comunistas. Yo era el único que podía escribir que se trataba de una actividad del general Teh; pero mi noticia no fué permitida que saliese en su texto original.

EL FINAL DE UNA EMPRESA POLITICA

Después de un viaje que realicé por el Norte volví de nuevo a Saigón. Nadie me esperaba. En el aeropuerto deseaba encontrarme con alguien, pero tuve que dirigirme directamente a la rue Catinat. Cuando llegué al atrio vi que estaba la puerta abierta y penetré rápidamente, encontrándome allí a Pyle.

—¿Malas noticias?—me preguntó.

—No, todo sigue, más o menos, igual que hace un año. Tanto en lo familiar como en lo de este país.

Hablamos de varias cosas, y acabé por decirle:

—Nosotros somos pueblos coloniales. Pyle, pero hemos aprendido mucho. Esa tercera fuerza usted la ha aprendido en los libros. El general Teh es sólo un bandido con unos cuantos miles de hombres, pero nunca un demócrata nacional.

Me miró como si le estuviese hablando de algo que no entendía. Sus ojos estaban extraviados.

—No sé lo que me quiere decir, Tomás.

—Esas bombas que se arrojan son un bonito juego, incluso cuando alguien pierde un pie. Pero, Pyle, usted no puede confiar en hombre como Teh. No son de la clase de los capaces de salvar al Oriente del comunismo. Nosotros conocemos su especie.

—¿Ustedes?

—Sí, los viejos colonialistas.

Durante una temporada, las fuerzas del general Teh, abastecidas por la ingenuidad de Pyle, realizan una extensa labor de agitación que culmina en numerosos atentados. Medio engañándose a sí mismo, Fowler se pone de acuerdo con otros grupos políticos para tender una emboscada a Pyle. Sin llegar a ser totalmente responsable de la muerte de Pyle, Fowler es cómplice encubierto más o menos.

Su participación no escapa a la Policía francesa, que logra descubrir toda una serie de datos interesantes que prueban la actitud equivocada de Fowler en este asunto. No obstante nada peligra para el periodista inglés, ya que los propios franceses se sienten en cierto modo tranquilos de verse libres de un hombre tan impulsivo como Pyle, que actuando por su cuenta realiza lo que le parece conveniente, lo cual muchas veces no está, de acuerdo con los intereses coloniales de Francia.

La novela termina de una manera en cierto modo extraña, pues la mujer de Fowler revoca su última decisión y parece dispuesta a aceptar la separación, con lo cual Phuong puede unirse con Fowler. Todo esto se presenta de una manera descarnada, constituyendo el último capítulo de la obra una extraña mezcla de crudeza, donde la ingenuidad primitiva de Phuong, contenta y satisfecha de ver Europa, contrasta con toda la conciencia retorcida y complicada de Fowler, que alegre por una parte de ver logrado lo que más anhelaba en aquellos momentos, siente, sin embargo, quizá por lo que él llama en otra ocasión, prejuicios ancestrales, la futilidad de esta nueva felicidad y también un mucho de cobarde que hay en su actitud, tanto por el miedo de perder el goce momentáneo como por su no pequeña responsabilidad en la muerte de Pyle. Personaje éste que, en cierto modo, a nuestro modesto parecer, se escapa de las manos del propio autor de la novela, revelando una nobleza innata que supera todo ese marco de primitivismo y crueldad con que Greene lo reviste.

Del poeta argentino
HORACIO J. DE LA CAMARA
publica el número 49 de
POESIA ESPAÑOLA
la composición titulada
LEYENDA Y ELEGIA DE LA LIBERTAD

DOS FECHAS EN LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA



Marzo 1913: La plaza de España, de Tetuán, durante un concierto por una banda militar española

EL año 1898 marca la culminación trágica de una desdichada trayectoria política española. Cuanto se insista sobre ello será siempre insuficiente. Y conste que no nos referimos al hecho normal de que los últimos territorios de América y de Oceanía se separaran de la Madre Patria. Muchas veces hemos hecho este comentario simplista en la realidad de nuestro vivir actual, en el que nos asombra ver la facilidad con que los pueblos y los hombres olvidan fenómenos naturales al alcance de cualquier estudiante de enseñanza primaria. Es absurdo asombrarse de que la culminación normal de un empeño sea justamente ¡la normal! ¿Por qué había de dolernos la separación de Cuba y Filipinas si toda la política española en América, noble y generosa, conducía, justa y fatalmente, a la libertad y a la independencia de los pueblos? ¿Por qué había de dolernos si sabíamos bien que al término de la evolución de esos pueblos se encuentra siempre e inexcusablemente su libertad?

Aquello fué trágico y vergonzoso porque no se había sabido comprender, y menos prever en sus efectos normales, ese fenómeno natural al alcance de todos, y porque, llegado el momento de producirse, se había engañado al pueblo y se había crucificado al Ejército, que era justamente quien en aquella trágica culminación había conservado incólume el honor de la Patria. Si el final era tan fácilmente previsible y tan absolutamente inevitable, ¿por qué no haberle abierto aquellos cauces normales a una autonomía por la que ya

EL EJERCITO Y LA MARINA, BASE DEL PRESTIGIO NACIONAL

propugnaba inútilmente Maura unos años antes

Y llegado el momento trágico de enfrentarse con esa realidad que habiéndose podido prever no se había previsto, ¿cómo podía engañarse criminalmente al pueblo español? Las campañas de Prensa de la época de nuestro desastre colonial constituyen unas de las mayores vergüenzas de la política española contemporánea, porque bueno estaba, ¡y ya es conceder!, que por no haber apreciado los hechos de forma clara y normal hubiéramos de enfrentarnos con la realidad del separatismo cubano y de colocarnos militarmente frente a los EE. UU., pero era criminal fal-



Cuando los soldados regresaban de Cuba y Filipinas...

sear de aquel modo descarado e impúdico la realidad de esos hechos haciendo creer a España que el enemigo, separatistas y norteamericanos, era despreciable y que todo ello era como nada para nuestro Ejército, ¡pobre Ejército nuestro, al que la imprevisión y el desgobierno llevaban a la lucha en las condiciones de inferioridad más acentuadas, a distancia prácticamente infinita de sus bases, luchando con medios muy superiores a los suyos, con una política exterior desafortunada que nos había aislado por completo y nos colocaba ahora sólo frente a todos, con certeza plena de que la victoria era imposible! ¿Qué eran aquellas campañas mentirosas? ¿Maldad? ¿Estupidez? ¿Mascaría? ¿Incultura? ¿Fondos de reptiles? Posiblemente la resultante de todas estas causas. Luego hemos leído muchas veces, y hasta llegaba el hecho a impresionarnos cuando éramos más jóvenes y cuando conocíamos menos la realidad de aquel período triste, que el pueblo español estaba ante, insensibilizado ante la catástrofe. Pienso hoy que su postura era hija del escepticismo tan fundado y del desaliento que le producía verse tan mal gobernado. El pueblo debía entonces haber barrido aquel tinglado político de los «partidos turnantes», mas para ello hubiera sido precisa una fuerte opinión pública que ese mismo tinglado político había hecho imposible que se produjera.

EL EJERCITO Y LA MARINA SALVAN EL HONOR DE ESPAÑA

Lo único que salvó en aquel trance el honor de España fue su Ejército y su Marina; una vez más en la Historia la Marina española escribió, con el almirante Cervera, una página de gloria y de heroísmo que nos envidiarían muchos pueblos que se tienen en ese aspecto por ejemplares. Sonrojé aún ver aquellos dibujos comparativos, aquellos gráficos, aquellas estadísticas que publicaba la Prensa española de la época y que, a semejanza de aquella desafortunada y decadente

cancioncilla, opio del peor patriotismo,

¡Viva España!, que yo tengo
[una caña

y un sable de cartón
para matar a Maceo
y a todo su escuadrón.

querían llevar a los españoles la impresión de la superioridad de la Escuadra española sobre la norteamericana, cuando la realidad era tan absolutamente opuesta y cuando nuestros barcos eran bombardeados por los enemigos fuera de toda posibilidad de acción de un armamento propio que, a más de insuficiente, iba en estado deplorable. Las batallas navales de Cuba y Filipinas las perdieron los Gobiernos y las ganaron el estoicismo heroico de nuestros marinos, que sabiendo perfectamente que iban a morir, aceptaban su sacrificio para que se salvara el honor de España.

A veces yo creo interpretar el espíritu de la guerra del 98 como un efecto de la necesidad de aceptar caminos distintos de lo que se estimaban necesarios. Tal vez ese mismo carácter haya que dar al hecho de que los españoles fueron indiferentes a los toros el día de luto nacional de la pérdida de Santiago de Cuba. Si realmente el pueblo no podía alzarse contra quienes lo habían llevado al desastre, desoyendo voces sensatas y permitiendo una deformación de los hechos que era un agravio para tantos españoles como allí combatían o morían sin combatir, víctimas del duro clima tropical, ¿qué les quedaba que hacer? A los de la generación del 98 es posible que les pasara una cosa semejante; no les faltarian a muchos ansias de reformar violentamente aquel estado de cosas a que había llegado la «España sin pulso»; pero, no pudiendo hacerlo, tal vez resulten explicables su encogimiento y su limitación de horizontes a los justos del territorio español peninsular. Tal vez con ese anhelo de mejorar primero lo interno, de querer un renacimiento de lo español, habría la esperanza de un reencuentro con el pulso verdadero de España que le hiciera posible emprender de nuevo su ruta de grandeza.

Pero todo podía admitirse, todas las hipótesis serían defendibles menos la de querer echar sobre el Ejército y sobre la Armada la responsabilidad de una derrota que era de todos menos suya. Se minaba ya uno de los más sólidos cimientos de las instituciones españolas; la Reina Madre, doña Cristina, era, con las instituciones armadas, lo único que se salvaba de aquella tragedia que parecía inevitable y que, sin embargo, España hubiera podido evitar.

La visión dantesca de los soldados enfermos en sus uniformes de rayadillo como mortajas, que iban a morir a sus hogares alcanzados sin remedio por las inclemencias y por los sufrimientos; los muchos que faltaron a la cita de retorno con el hogar que los esperaba angustiado, habían de dejar una huella profunda en el área de España y mantendrían durante mucho tiempo

un clima de temor ante cualquier posible aventura. La «doble llave al sepulcro del Cid», que llamaba Costa, era sin duda el reflejo adecuado del justo sentir de un pueblo.

ESPAÑA Y «LOS OTROS»

Lo grave de todo ello, ya lo hemos dicho muchas veces, era que en el momento mismo en que España cerraba tristemente, cuando la pudo coronar con orgullo, su salida a la conquista de un nuevo mundo y a la incorporación de pueblos a su concierto, parecía como si ese período de cuatro siglos no hubiera existido y como si el objetivo verdadero de España hubiera permanecido fijo e incommovible. Porque si en 1492 la reconquista había terminado y el destino histórico, que en este caso comenzaba por una exigencia elemental de autodefensa, que nos colocaba sin remedio ante África, fue entonces también cuando, descubierta América, la expansión española tomó el rumbo del Continente nuevo y las empresas de África quedaron abandonadas. Pudo, y era lo más normal, terminar la empresa de América antes o después de la «madurez» de la acción africana, pero la verdad es que terminó en el momento mismo en el que España volvía a colocarse frente a África sin posibilidad de renuncia o de aplazamiento en la acción. Si España no quería actuar actuarían «los otros» (esos «otros» eran Francia e Inglaterra); si ellos lo hacían España estaría seriamente amenazada y se precipitaría en dura realidad aquella cantinela derrotista del fin de los pueblos decadentes.

¡Qué difícil armonizar dos tendencias tan opuestas! De un lado, el encerrar al Don Quijote español y el impedirle a toda costa nuevas aventuras; de otra, la necesidad imperiosa e ineludible de actuar en África. El asunto era, sin duda, difícilísimo y cualquiera que fuera el punto de vista personal yo no acusaría a la generación del 98 de indecisión. No hubo caso, porque en realidad no vió el problema, con lo cual se ponía bien de relieve que los que querían «arreglar la casa» un poco al modo del extranjero, y sobre todo de Europa, empezaban por desconocer las necesidades propias e imperiosas de la casa misma. Porque allí estaba la democrática Francia, por cuyas instituciones y libertades sentían tanta admiración nuestras juventudes intelectuales —¡París, faro del mundo!—, que iba lisa y llanamente a quedarse con el norte de África cuando nosotros nos encerrábamos dentro de nuestros escrúpulos para intervenir, no obstante hacerlo al servicio de deberes y de responsabilidades tan claras, en la menguada fachada mediterránea matroqui. De ese pecado de ignorancia de la realidad de España, como de tantas otras, se salva la figura señera de Ganivet, que al menos defendió «la puerta entreabierta» en el rumbo de África a que en diferentes ocasiones hemos hecho referencia.

Planteados así el problema, España no tenía teóricamente remedio. Sin opinión pública, la ha-



El Capitán General de Cataluña, Weyler, presencia el embarque de tropas para Marruecos



Desembarco de tropas en Larache

había esterilizado la falta de formación y el de gobierno de sus gobernantes; sin políticos (Silveira se asustaría de lo que los franceses nos querían dar del Imperio de Marruecos en 1902 y se negaría a firmar el proyecto de tratado). En crisis las instituciones fundamentales (sobre el Ejército se querían cargar las culpas del revés ut amarino); con una noble dama extranjera ejerciendo, aunque ejemplarmente, la Regencia de un Soberano niño, con un pesimismo derrotista que había ganado a todo el país, con una falta de fe en nuestros propios esfuerzos y más aún en nuestros destinos, ¿qué resultados podrían esperarse?

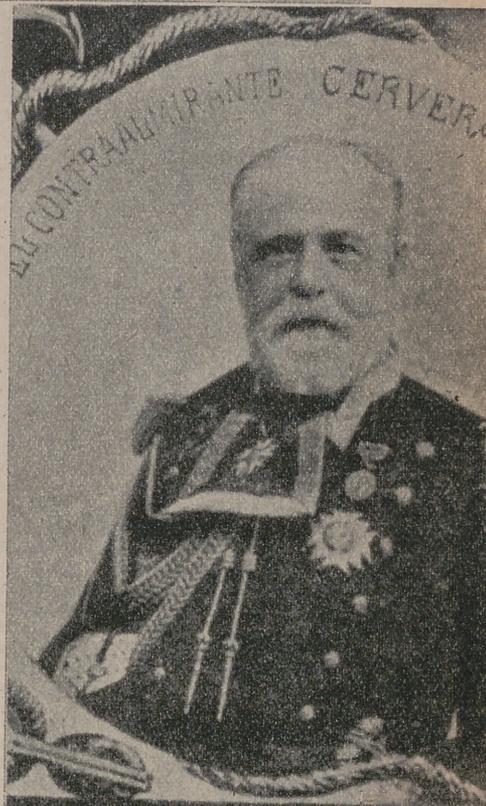
Y, sin embargo, hoy España ha recuperado su camino de grandeza y marcha decididamente por él, guiado por la mano firme y segura de Franco. ¿A qué atribuir el milagro? En primer término, al Ejército, que se negó rotundamente, a través de sus cuadros mejores, a admitir el «sambenito» que querían colgarle y que sacó del rico tesoro de sus propias virtudes las fuerzas precisas para salvar a España. De Cuba y Filipinas y merendados valores militares que habían de jugar principal papel en la política y en la gobernación española en los primeros años de nuestro siglo: Weyler, Linares, Pelayo, Martínez Campos, podríamos citar entre otros. Pero en un plano menor, entre la juventud de oficiales y de jefes jóvenes de bien ganados prestigios, había valores destacadísimos de los que sólo citaremos algunos, en primer lugar por la seguridad de que olvidaríamos, sin querer, a bastantes o seríamos injustos en contra de nuestra voluntad por desconocer los méritos de otros. Pintos, López Poza, Bermúdez de Castro, Martínez Anido, Tovar, Primo de Rivera, López Ochoa, Ibáñez Maín, Srañco Orive, Dabán, Sanjujo, Saro, Páez Jaramillo, Burguete y tan-

tos otros... En zona intermedia, Luque, Alfau, Marina, etc.

SELLO ESPAÑOLISTA

El nervio de la oficialidad y de los jefes jóvenes de Cuba y Filipinas dan un sello españolista claro a la primera decena del siglo. Unos estudian apasionadamente el terreno patrio a través de las sociedades de excursiones; otros tratan de llevar a nuestras doctrinas tácticas o a nuestra orgánica militar el resultado de una experiencia con tanta abnegación y generosidad vivida; son orgullosos de sus condiciones militares; no faltan Artañanes valientes y provocativos, pero todo ello no es más que una manifestación militarista, derivada directa del agravio constante que se hace al Ejército; es el reflejo de una conciencia clara del valor de las instituciones a madas, es la advertencia seria a los que quieren destruir los cimientos de España de que ese Ejército que ellos insultan y proclaman vencido vela; que esos oficiales están dispuestos a darlo todo antes de ver hundida a España. Es una «voluntad militarista» clara y neta ante los rufianes y los malvados. A veces un Ejército del que nadie se cuida, una «cenicienta monstruosa», como tan justamente definió Aunós, asaltará en 1905 en Barcelona las Redacciones del «Cucut» y de «La Veu de Catalunya», cansados de soportar agravios y, sobre todo, de ver cómo nacía en Cataluña el separatismo sin que los Gobiernos, débiles y asustadizos, prestaran al Ejército la menor atención ni velaran por sus factores morales, que eran, sin embargo, la única posibilidad de salvación de la Patria.

Y ése fué el período de 1898 a 1909; un período de descomposición de la Patria y un Ejército, representado por lo mejor de su oficialidad, que se había templado en la dura lucha de las colo-



El almirante Cervera

nias, que sentía tan hondamente a España, y que sin desfallecimiento, velaba las armas. Por su fortuna no estaba solo; la Reina Regente sentía en su corazón tremendamente dolorido el dolor inmenso de España; un político excepcional, don Antonio Maura comprendería que la actuación de España en Marruecos era inaplazable, pese a cuantas resistencias y dificultades surgieran de la generación del 98. Si no actuábamos acabábamos como nación. Y porque salió al paso

para evitar el que así sucediera, el conglomerado de viejos y poderosos políticos que deshacían a España. Levantaron en alto su bandera: «¡Maura, no!» En Bélgica y en París se recogía el eco: la masonería internacional veía escapársela de las manos una presa que ya creían tan segura, glorificaba a Ferrer como mártir de la España oscurantista. Los oficiales de Cuba y Filipinas, todavía de rayadillo, iban a morir a África para que España se salvara.

* * *

La revolución que precisaba España tenía que ser, sin duda, honda y enérgica. Cuando, en 1931, se proclamó la República, y cuando, en julio de 1936, España se vio al borde del abismo y Franco, con el Ejército, la salvó, no nos encontramos ante acontecimientos esporádicos, sino ante fases bien definidas y progresivamente agravadas de un hondísimo mal. La revolución era para España una necesidad ineludible que nadie podría soslayar; el acierto de Maura fué querer hacer esa revolución «desde arriba», porque así podrían controlarse las etapas de la evolución y evitar los peligros de que se hiciera violenta y apasionadamente «desde abajo». Esas frases de «revolución desde arriba», necesidad para España de un «cirujano de hierro», «escuela y dispensa», etc., eran, sin duda, justas, mas, por ellas mismas, no podían tener eficacia. Lo único que permiten hoy es establecer una divisoria entre los hombres públicos que, al menos, sentían esa inquietud, y los que, sin siquiera percibirla, cifraban su aspiración con «ir tirando», sin comprender que el empeño era no sólo imposible, sino que haría cada vez más grave una situación que ya de suyo lo era mucho.

Por eso, cuando, en julio de 1909, los levantiscos marroquíes se oponían violentamente, siempre rebeldes a toda acción de gobierno, a que se prosiguieran los trabajos del ferrocarril minero por donde saldría para su embarque en Melilla el mineral del rico yacimiento de hierro del Uixan, ferrocarril que constituía una vía colonizadora tan necesaria para Marruecos, Maura tuvo el mérito de ver la situación con claridad y acometer su resolución con pleno sentido de su responsabilidad de gobernante, que le dictaba que España tenía irremisiblemente que actuar. Ya existían, en efecto, los acuerdos de 1904 con Francia e Inglaterra, ya se había celebrado la conferencia de Algeciras de 1906 y el Imperio de Marruecos había quedado dividido en dos zonas de influencia en las que Francia y España debían asegurar el orden y proponer las circunstancias favorables para la evolución necesaria de Marruecos.

Había, pues, que actuar, pero ese deber de hacerlo no podía coagrar automáticamente tantas y tan desfavorables condiciones como eran aquellas en las que esa actuación había de realizarse. El espíritu público era en su casi totalidad hostil a la acción; la opinión no había sido formada ni en la comprensión de la necesidad ni en la aceptación de los sacrificios que esa acción había de imponernos: el útil militar no

había sido cuidado ni preparado; la revolución minaba sordamente los cimientos y las instituciones fundamentales de la Nación... En estas condiciones, ¿cómo habían de producirse los hechos de manera distinta a como se produjeron?

La guarnición de Melilla era insuficiente para la empresa que tenía que acometer, y la más grande imprevisión imponía, en 1909, como muchas veces en nuestra historia, suplir con el espíritu tantas y tantas cosas como hubieran podido y debido preverse; la movilización de las reservas hizo aún más delicado y grave ese primer contacto en Marruecos luego del 1898. ¿Cómo sería la moral de aquellos soldados que, desde el muelle y luego de un penoso viaje, eran llevados a los lugares de la acción y que traerían vivo el recuerdo de aquellas manifestaciones violentas de opinión a que fueran a «una nueva aventura»? Y casi de entrada, la acción desdichada del barranco del Lobo, que aun había de hacer más dolorosa y más viva aquella angustia del pueblo que tenía grabado, con alucinante visión de pesadilla, el recuerdo de Cuba y Filipinas.

Esa falta de preparación y de previsión hacía que la tropa fuera aun de rayadillo, que los roles se cubrieran con funda y cogotera blanca, que los sables, sin protección, sobre los que se refleja el brillo del sol, fueran referencias magníficas para el fuego del enemigo. Un enemigo cuyas solas ventajas hubieran podido ser sus condiciones de guerrillero y su modo de guerrear como tal, pero ello no debía significar nada para un pueblo como el nuestro, maestro en la guerra de guerrillas y que había mantenido en jaque y vencido a Napoleón.

Esas circunstancias tan duramente adveidas que pudieron determinar la muerte definitiva de España como nación, la salvó en el orden político Maura; en el orden militar, los jefes y oficiales de Cuba y Filipinas, que ahora, como entonces, prodigaban su valor, iban a la cabeza de las guerrillas y daban al mundo un ejemplo de moral militar que era sensible no estuviera acompañado y fortalecido por todas las ventajas de la organización, de la táctica, del armamento, de la previsión. Allí estaba, al mundo de todos, el general Marina, cuyo valor estoico enardecía a sus tropas; y allí, en el primer momento, caían Pintos, Ibáñez Marín y Díez Vicario, y tantos otros «ultramarinos»; allí iban a escribir páginas de gloria Tovar, Primo de Rivera, Burguete, Cavalcanti, Berenguer y otros muchos, asimismo de Cuba y Filipinas, que eran, para fortuna de España, la mejor semilla de la que habían de fructificar los mejores valores del Ejército español.

CUANDO «ENTREVEIAMOS», ALHUCEMAS Y NOS «AFIANZABAMOS» EN TETUÁN

El Ejército no sólo acometía la impopular empresa de Marruecos sino que esa impopularidad había de irse agravando. Ya el «¡Maura, no!» era un balderín en alto y la opinión pública recibía

de la empresa marroquí sólo la manifestación de unas propagandas terriblemente disolventes.

España—le decían—no tiene nada que hacer allí. El interés es de los capitalistas (a Romanones se le colocaba como cabeza visible) y de los militares; aquellos quieren beneficios fabulosos; éstos, ascensos, condecoraciones y grandes carreras. Para ellos y no para España se sacrificaba el pueblo. Su conducta heroica, su sacrificio generoso y consciente hallaban, sin embargo, eco en la opinión española.

De su seno salieron también valores destacados en los muchos y complejos aspectos a que era preciso atender en el problema marroquí. Así, cuando en 1913 ocupamos Tetuán y nos disponíamos a acometer la obra protectora, España encontró un hombre de especiales cualidades para la empresa: el general Alfau, también con brillante historia ultramarina y oficial de gabinete y de estudio. Era además médico y había seguido con atención la obra francesa en Argelia, cuya política indígena conocía perfectamente, aunque, como siempre sucede a los españoles, su matización al traducirse en obra real tuviese características propias que generalmente la mejoraban y le daban una originalidad tan nuestra.

No era sólo Alfau quien se había asomado más allá de nuestras fronteras para seguir con interés una acción que en plazo breve íbamos también nosotros a acometer. Un oficial de ese grupo, Cándido Lobera ya podía decir en 1911 en forma tajante e imperativa que «la clave de la cuestión marroquí residía en Alhucemas». El coronel Latrea daba, en la pacificación de Quedana, una lección magistral de política indígena y echaba los sólidos cimientos de la Policía indígena; en las tareas del E. M. y de la Comandancia General de Melilla se formaba un gran valor: el general Gómez Jordana, que había de ser más tarde un Alto Comisario ejemplar.

Pero no bastaban estos valores en potencia de nuestro Ejército para salvar a España. Otro ultramarino destacado, Luque, fué a Melilla para pasar el Kert y para preparar el desembarco de Alhucemas. Fracasó porque faltaba base orgánica, medios adecuados; como fracasó en Tetuán Alfau porque la política española cometió errores tan graves como el nombramiento del Jalifa y el permitir una diseminación de la acción (Ministerio de Estado, Ministerio de la Guerra, Legación de España en Tánger...) en asunto que precisaba rigurosamente la unidad. A otro ultramarino destacado, Silvestre, militar cien por cien, se le confiaba una misión tan fundamentalmente política como eran las relaciones con una personalidad tan recia como la del cherif Muley Ahmed Raisuni, que era entonces el señor feudal de Yebala.

Y como en aquella ocasión no se fué a Alhucemas, el problema quedó íntegramente en pie para que pudiera irse gestando el revés de 1921 y para que en Tetuán asfixiado, el Jalifa no pudiese salir más allá de sus propias murallas.

UN SACRIFICIO ESPAR- TANO

Entretanto, la semilla heroica, arrojada generosamente por el Ejército y regada por la sangre de los mejores, seguía fructificando espléndidamente, y de modo especial en los Regulares y en la Policía indígena. Hasta 1921 se irán destacando personalidades brillantes y prometedoras fortalecidas o nacidas de ese vivero heroico: en plano más alto, Berenguer, Sanjurjo, Gómez Souza, Martínez Anido, Saro...; ya retoños de esa gran siembra, Franco, González Tablas, Millán Astray, Orgaz, García Escámez, Varela, Castro Girona...

El Ejército dió siempre, en cada momento y en cada ocasión, el hombre preciso. Para una situación tan difícil y delicada como la de la primera guerra europea, durante cuyo periodo España pudo y debió pacificar su zona y la política española impuso, temerosa, la política absolutamente opuesta de que «allí no pasara nada», aunque fuera a costa de los mayores sacrificios de todo orden. España tuvo al general Gómez Jordana; su obra quedará como ejemplo alto y claro para las generaciones militares y políticas en Marruecos. Definidor de la doctrina polícomilitar exacta, militar ejemplar, Gómez Jordana se sacrificó con plena conciencia de su sacrificio, y, para que todo en él pudiera ser símbolo, murió sobre la mesa de su despacho, cuando escribía al Gobierno una carta empapada de las amarguras derivadas del cumplimiento de un deber tan penoso como el que le había sido impuesto. Nosotros perdimos una ocasión única para pacificar Marruecos y perdimos un gran valor. A cambio de ello, Francia, por quien la política española se imponía aquel sacrificio, no sólo no nos lo agradeció, sino que habría de regocijarse, en su partido colonial, de nuestro revés de 1921.

Para sustituir a Gómez Jordana—¡difícil sustitución!—también nos dió el Ejército de Cuba y Filipinas un valor destacado: el general Berenguer. Con un gran prestigio adquirido al frente de los Regulares, estudioso a fondo de las características de las guerras de África, joven y con un concepto claro de la acción polícomilitar, Berenguer pudo también haber sido el general de la pacificación marroquí. Se ha hablado en ocasiones de la «mala suerte» del general Berenguer, pero un deber de justicia nos obliga a rectificar esta opinión tan extendida o, al menos, a atenuarla. Sus primeras actuaciones polícomilitares en la Alta Comisaría son perfectas; no puede olvidarse al enjuiciar las posteriores la existencia del factor Silvestre, magnífico como figura militar, pero perjudicial en el equilibrio necesario de la acción marroquí. Lo de Annual pudo ser, y de hecho lo fué, un hecho desgraciado, pero una previsión política lo hubiera atenuado o evitado.

La conclusión a que llegamos a través de estos rápidos trazos es que el último Ejército fué siempre, a través de la acción marroquí, mucho más perfecto que la política nacional, y justamente quien había de salvar sus errores. A la vez se iban formando,



Embarco de tropas en el puerto de Barcelona con destino a la isla de Cuba, en febrero de 1898



Desembarco de tropas, también en el puerto de Barcelona, procedentes de Filipinas, en febrero de 1898

en su solera, valores nuevos, y así, cuando, producido el doloroso revés de 1921, hubo de acudir a Melilla para salvar la plaza, ya existía la baraja de mandos hechos en Marruecos bajo la acción de aquellos jefes y oficiales que salvaron en Cuba y Filipinas el honor del Ejército: con Sanjurjo van ahora a Melilla González Tablas con sus Regulares, Millán Astray con la Legión, y en ésta, brillando ya con luz propia, el comandante Franco, que había de ser el alma de aquella campaña de la reconquista...

El revés de 1921, ninguna nación se presenta ante la Historia libre de esta clase de acciones desafortunadas, fué tan decisivo en muchos aspectos de la vida española, que todo aconseja tomarlo como punto de partida de esta nueva etapa que vamos a narrar en sus líneas generales. El derrumbamiento de Melilla pudo ser, con más razón que en 1898, el «finis

Hispaniae». Para los extranjeros, éramos, decididamente, un pueblo muerto; el colonialismo francés vió ante sí su mejor y más anhelada presa; la masonería internacional se frotaba las manos; la descomposición interior de España abatía una buena baza: des crédito de la institución militar y, de rechazo, del Monarca. Sin Ejército y sin Trono, el campo estaba libre...

Y así nacieron las responsabilidades militares, exigidas, ¡tremenda y trágica ironía!, por los que habían llevado una vez más a España al borde del abismo frente a los esfuerzos contrarios del Ejército para salvarla. Pero el Ejército seguía velando las armas y ofrendando a la Patria sus mayores sacrificios. Un hombre providencial: la magnífica figura del 98, el general Primo de Rivera, había de salvar a España...

Tomás GARCÍA FIGUERAS

DIALOGO INTIMO CON CARMEN LAFORET

LA CONVERSION DEL INTELLECTUAL A TRAVES DE LA NOVELISTA

“TENER FE ES
DESCUBRIR
LA VIDA”

“MUJER NUEVA”
UNA OBRA ACTUAL
DE PROFUNDO
SENTIDO RELIGIOSO

IBAN a robar fruta. Saltaban cercados, trasponían linderos. Porque era mejor y más emocionante que la obligada aventura, textos adentro, de su condición de alumna de Bachillerato.

Tiempos buenos de las trenzas, por lo menos espirituales. Tiempos niños que empezaban a madurar. Carmen Laforet era sólo una chiquilla que leía, que leía mucho, descompasadamente. Como leían sus amigas de entonces, las compañeras de excursiones por la alegre isla Canaria. A ver de devorar frutas y libros. A ver de catar la vida con la tremenda dentellada, casi biológica, que asesta la juventud a todo lo establecido.

—Lo pasamos bien, sin complicaciones...

En el recuerdo, el nombre de Consuelo Burell, su profesora entonces de Literatura. Y dos pasos más adelante, Barcelona ya, y la enorme importancia del Examen de Estado.

—Más que los premios literarios luego, me emocionó entonces la felicitación de Fontes Puch, que se levantó del Tribunal para darme la enhorabuena.

Orgullo adolescente. Es mucho tener todo un título de bachiller en el bolsillo, con todos los honores. Mucho tener las anchas,



las retorcidas, las misteriosas calles de Barcelona para ser descubiertas con unos escasos diecisiete años en la mirada y las mannos en los bolsillos de la gabardina.

«ERA MAS IMPORTANTE
VIVIR»

Un día podía ofrecer miles de perspectivas: ir hasta el mar en un tranvía cascajoso. O no llegar hasta él por preferir el primer café con aire triston y hasta recoleto que se cruzase en la mirada. Quizá una Exposición de pintura, y comer almendras a lo ton-

to, sin más ni más, atendiendo el pregón del primer viejecillo con aire simpático. Para caminar luego hasta la catedral; a sentarse en el atrio y dejar el pensamiento ir por las luces de la tarde.

El caso es que Carmen era estudiante de Filosofía entonces, y que hubiera sido una de las mejores alumnas si las fiebres de «empollar» que le atacaban de vez en cuando le hubiesen durado mucho. Pero estas fiebres le solían atacar solamente a final de curso. Precisamente cuando mayo se ponía más rabiamente impertinente, metiéndose con su



Carmen Laforet, en un momento de la entrevista

sol y sus tópicos balcones adentro de las casas.

—En el tiempo en que estudiaba de verdad me interesaba tanto por lo que leía que iba a buscar fuentes y bibliografía de aquellas cuestiones. Luego me daba cuenta de que era tarde, de que no quedaba casi tiempo. Y me hubiese gustado poder empezar entonces el curso.

—¿Se arrepentía para el curso siguiente?

—Me arrepentía, pero todo seguía igual.

—¿Era más importante lo otro?

—Siempre es más importante vivir.

—¿Y escribir?

—No. Entonces no escribía. Si hubiese escrito entonces no hubiera podido hacerlo luego.

UN OTOÑO SIN ABRIGO. «NO ME INTERESABA EL PROBLEMA RELIGIOSO»

Luego, Madrid en el otoño de 1942. Un otoño que ella pasa sin abrigo.

—Lo había empeñado en el verano.

—¿Le importaba no tenerlo?

—No lo sé. Creo que no.

El abrigo había ido al «prendero» Dios sabe por qué. Carmen nunca tenía mucho dinero. Mas bien todo lo contrario. Como Carmen no tenía tampoco mucho libros, ni muchos papeles, ni demasiados trastos.

—Me gustaba estar libre. Así, sin tener muchas cosas en cualquier momento podía cambiar un sitio por otro.

Los libros los vendía para comprar otros desconocidos, y su pequeña biblioteca nunca era la misma.

Y así, sin casi equipaje y sin abrigo, llegaba a Madrid Carmen Laforet en 1942, para matricularse en la Facultad de Derecho.

—No estudié tampoco demasiado. Mis días eran también como los ya conocidos de Barcelona. Iguales y distintos. Salía a pasear sin rumbo fijo.

A veces para llegar a recalar en el Ateneo, donde iba a leer y tenía algunos amigos. Otras, para hacer alto unos momentos en algún café con una mugre suficientemente atractiva.

Un café y un cigarro. Luego, vuelta a callejear sin saber hacia dónde. Algunas noticias de los amigos de Barcelona o sobre los amigos canarios. Carmen Laforet era una muchacha decididamente encarada con el futuro. No volvía la cabeza melancólicamente hacia atrás.



Arriba: Viaje a Canarias. Mientras escribía «La isla y los demonios».—Abajo: Carmen Laforet, hoy

—No. ¿Para qué? Me gustaba ir viviendo.

—¿Literatura?

—No

—¿Y religión?

La escritora contesta sin pausa.

—No tenía problema.

—¿Porque estaban ya resueltos?

—Porque ni me interesaba plantearmelos.

«TENER FE ES UNA AVENTURA TREMENDA»

Aquella muchacha rubia de la melena y el cigarrillo, que se enfrentaba con el manuscrito de «Nada», es esta misma de ahora. Dulce y menuda. Su despreocupación de entonces es ahora reposo. Tiene el gesto vivo y las manos cadenciosas. Ya no fuma. Ella, la devoradora de cajetillas.

De religión y literatura veníamos hablando. De pensamiento y de fe.

—¿Entonces...?

—El problema religioso no me preocupó lo más mínimo durante mucho tiempo

Pero no vamos a individualizar el problema.

—¿Lo hacemos general?

—Es mejor.

Y le ponemos un título o un lema a la cuestión: la conversión del intelectual. Como ocurre. Cuando puede ocurrir. Porque existe el problema.

La escritora, ya lo hemos dicho, no fuma ahora. Tampoco bebe del mismo café hospitalario que nos ha ofrecido «Yo ya he tomado.» Sólo está hundida en la butaca a ratos, hablando incorporada los más.

—Tener fe es una aventura tremenda.

Aun dice más: tener fe es descubrir la vida.

—¿Qué es el beato?

—Yo soy una beata.

Sonríe. Lo ha dicho valientemente, decididamente. Quedándose con fruición con el adjetivo.

—¿Entiende, sin embargo, al que vive en la protesta?

—Sí. Es el problema del intelectual. Pero muchas veces los que protestan no saben lo que protestan.

Y vamos hasta el principio de la duda. La duda en la juventud, el cáncer tremendo del mundo.

—A la juventud se le educa de una manera determinada. Luego ella ve otras cosas muy diferentes. Y la juventud protesta contra la hipocresía.

Habla sencillamente. Como si recordase la vieja protesta?

—¿Hay otros males?

—Sí. La comodidad y la falta de estímulo. La gente se suele quedar en la superficie.

«PAULINA, LA MUJER NUEVA»

Vamos hasta «Andrea»... Y de

Al lado de sus hijos, Carmen Laforet lee uno de sus últimos libros



En las manos de la escritora puede verse un ejemplar de «La mujer nueva»

la «Andrea» protagonista de «Nada», hasta «Paulina». Esta «Paulina» nueva —recién nacida, dice la autora—, de treinta y tres años, que vive su última novela.

—¿Por qué se ha de empeñar la gente en hacer de los personajes de un autor el autor mismo? No. Los personajes femeninos de Carmen Laforet no son letra a letra ella misma. Pero sí son parte de ella, en cuanto son sus criaturas. Algo de ella quedó en «Andrea» como quedó en sus creaciones masculinas. Y algo de ella hay también en «Paulina».

—La transformación. Eso es todo. Hacia tiempo que quería plantear el problema de la conversión en una mujer cultivada, universitaria y descreída, que se siente de repente inundada de fe.

Esto ya no es nuevo; ya se ha contado y se ha repetido la historia de la creación de «La mujer nueva». Dos años de lenta elaboración. Dos años de trabajo que luego desaparecen en unas cuantas horas en una gran fogata. «No me gustaba.» En diez días Carmen Laforet escribe su novela de nuevo. Diez días de improbable trabajo. Esta es la novela que gana el Premio «Menorca».

«La mujer nueva» es la impaciente Paulina inundada de fe, de fe milagrosa.

—Ella no sabe, al principio, como tantos otros, que tener fe es lo de menos. Y que lo de más es la tremenda ayuda de los sacramentos.

Luego, Paulina lo sabe.

—¿Llega a Dios...?

—Sí, llega a Dios.

DESPUES DEL MILAGRO, LA LUCHA

«Uno puede llegar a Dios de muchas formas.» Y hay tantas formas de llegar a él como individuos.

—Pero una vez que uno ve claro, una vez que uno está iluminado, hay que luchar.

Dice «La mujer nueva»: porque fe es creer en lo que no se siente ni se ve.

—¿Es veraz entonces esa iluminación de Paulina, inesperada, en su pequeño departamento del

tren que la trae de León a Madrid?

—Es perfectamente real.

—¿Y luego?

—Luego pasa el momento del gozo, de la euforia. El cerebro se queda otra vez a oscuras. Pero conoce ya a Dios.

Es el momento de elegir.

—Hay quien no se siente con fuerzas para que una vez conocida la verdad, vivir de acuerdo con ella.

—¿Puede Paulina?

—Lucha por ello.

Es la misma Paulina iluminada, meses y meses después. La misma que había sabido en el tren... ¿cómo era...? «El amor es algo más de una pequeña pasión o de una grande, es más... Es lo que traspasa esa pasión, lo que queda en el alma de bueno, si algo queda, cuando el deseo, el dolor y el ansia se han pasado. El amor se parece a la armonía del mundo, tan serena...» Y así llega la nueva mujer a nacer a la fe. Cuando sabe que el Amor es Dios.

Después tuvo que elegir.

—¿Cree entonces que es difícil vivir una vida católica?

—No lo es, con la ayuda de los sacramentos, ya está dicho. Vivir el catolicismo es una cosa maravillosa.

Algo así como una tremenda aventura del alma bienaventurada. Algo así.

«CELIA» Y LA ESCRITORA

La vida de la escritora es una vida sencilla, totalmente desprovista de compromisos sociales. Carmen Laforet vive para sus hijos y para su casa. Es una mujer de hogar. Sigue paseando grandes ratos, como siempre lo hizo.

—Con una diferencia: yo antes era una mujer de ciudad, no comprendía vivir sino en la ciudad. Ahora, en cambio, prefiero el campo.

—¿Por la paz?

—Quizá. No me aburro en ningún sitio.

Es una vida interior muy llena.

«Beata» se llamó ella antes a sí misma. Sonriendo.

En la casa hay cuatro niños. Cristina, Marta, Silvia y Manuel, por orden de edad.

—¿Los nombres?

—Cristina y Marta. Se los puse en memoria de dos señoras que yo conocí que se peleaban continuamente.

Se ríe. Una de sus hijas va a cambiar su nombre por iniciativa propia. «Cuando me confirme.» Me parece que se trata de Marta. O de Silvia, no lo sé bien. Que ya no será ni Marta ni Silvia, sino Carmen.

—Tiene tantas ganas de llamarse así que en el colegio le ha dicho a su profesora que ese es su nombre.

Las pequeñas cosas. La escritora vive ese mundo diario y menudo de sus hijos. El mundo grande de sus creaciones. En su mesa de trabajo hay siempre libros y papeles. En el cuarto de sus hijos, también. «Dame otro libro, mamá.» «Ya hemos terminado con éstos.» «Y a mí...» «Y a mí...»

Todo un coro.

—Leen continuamente.

Sobre su mesa, unos libros de cuentos. Son los cuentos de Celia. «Celia, lo que dice...» «Celia en el mundo...». Una se alegra de descubrir la vieja amiga, siempre niña, sobre la mesa chiquitita de un cuarto de jugar.

—Son míos. Los tengo siempre en mi despacho.

Hablamos de Celia. Y de Chichirritín. Que crecieron con ella.

—Celia es de mi edad.

Es cierto. Y Celia y Carmen son amigas también de toda la vida. Una de esas amigas que no están reñidas nunca. Celia fué amiga de la infancia, de la adolescencia, de la primera juventud. Celia fué, con Carmen, desprecupada y alegre. La entrometida de Celia.

Luego ha venido hasta aquí a reposar sus aventuras a vivirlas mil veces para sus hijos.

La novelista es alegre.

Volvemos al tema principal. Con Celia.

—¿La religión debe de ser alegre?

—Muy alegre.

Con la vida llena, desbordante, ¿quién no lo está?

—En realidad todo el problema religioso del intelectual está en la falta de humildad.

—¿Y en otras cosas?

—Quizá; que, como yo, hayan vivido muchos años sin plantearse el problema. Sin buscar a Dios.

—¿Remedio?

—El milagro. La misericordia de Dios.

Como a Carmen. Ella, que leía años atrás a Santa Teresa, sin entenderla. Que se reía, con su «Paulina», de esos extraños fenómenos de «levitación»... Un buen día —no un día cualquiera, no, sino el día el día del milagro—, supo algo.

Y pudo poner en su «Paulina» una nueva luz en los ojos.

M.^a Jesús ECHEVARRIA
(Fotos de Mora.)

MASONERIA Y COMUNISMO

Por Fray LEON
Obispo de Teruel

AL escribir el gran doctor de la Iglesia San Agustín estas palabras (1): «Dos amores edificaron dos ciudades; el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial», describió los dos bandos, los dos reinos que siempre han dividido al linaje humano; *el de Dios*, que combate asiduamente por la verdad y la virtud, y al que pertenecen cuantos adheridos a la verdadera Iglesia, sirven a Dios y a Jesucristo con todo su entendimiento y con toda su voluntad; *el de Satanás*, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que rehusan obedecer a la ley divina y eterna, y propagadores del vicio y del error, acometen empresas contra Dios, contra Cristo y contra su Iglesia.

No cabe duda que en nuestros días, los más genuinos representantes del reino de Satanás son la masonería y el comunismo. La masonería, extensamente dilatada y firmemente constituida, sin disimular ya sus intenciones, audazmente trabaja contra la majestad de Dios, maquina abiertamente la ruina de la Iglesia, con el diabólico intento de despojar, si pudiese, a la sociedad de los beneficios que le granjeó Jesucristo Redentor.

El comunismo, que con el espejismo de la redención del obrero y con el falso ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad, ha preparado una revolución social, desencadenada ya en muchas naciones, y amenazante en otras, pone en peligro a pueblos enteros de caer de nuevo en una barbarie peor que la otra en que yacía el mundo al aparecer el Redentor.

A desenmascarar estas dos potencias satánicas del reino tenebroso del mal y del error van encaminadas estas líneas:

1.º LA MASONERIA

No es del caso delinear aquí el origen de la masonería, de sus diversos ritos, de sus 33 grados, de sus logias, talleres, iniciaciones y demás jerigonzas de la misma; baste decir que, con término equivoco, la religión del masón se llama de la *Humanidad*, indicando con esto que en la masonería caben todas las convicciones religiosas meramente naturalistas, que pueden comprender desde el politeísmo hasta el ateísmo, con exclusión de toda revelación positiva. La masonería, con su indiferentismo religioso, declara guerra a la religión sobrenatural y a la Iglesia, depositaria de una revelación que se ha de extender por todo el mundo.

Por consiguiente, aunque la masonería predique la fraternidad universal y no se cense de hablar de obras de beneficencia, por la misma naturaleza de esta fraternidad, es irreconciliable con los verdaderos discípulos de Jesucristo, el cual, al promulgar la ley del amor entre todos los hombres como distintivo de su escuela (2), les encargó al mismo tiempo que predicasen, y que los que no creyesen en El y no se bautizasen se condenarían (3). De donde resulta que toda sociedad que promueva la indiferencia o tolerancia absoluta ante el dogma de una revelación positiva, es contraria al Cristianismo y a la Iglesia, continuadora de la obra de Jesucristo.

Por esto, los Romanos Pontífices condenaron la masonería. Clemente XII, en su Constitución del 24 de abril de 1738, la condenó como perniciosa para la seguridad de los Estados y para la salvación de las almas y fulminó contra los que perteneciesen a ella la excomunión *laetæ sententiæ*. Benedicto XIV, en la suya del 18 de mayo de 1751, ratificó y confirmó la misma pena. Y Pío VII, el 13 de septiembre de 1821; León XII, el 13 de marzo de 1852; Pío VIII, el 21 de mayo de 1823; Gregorio XVI, el 15 de agosto de 1832, y Pío IX, el 9 de noviembre de 1846, hicieron lo mismo.

Quien esesté, sin embargo, el golpe mortal a la masonería fué el gran Pontífice León XIII con su

Encíclica *Humanum Genus* del 20 de abril de 1884, llamada también *De secta massonum*. El sabio

Pontífice estudia en ella su naturaleza y sus métodos, y dice:

«Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombres, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde salen y adonde vuelven... Tienen que prometer los iniciados, y aun de ordinario se obligan a jurar solemnemente, no descubrir nunca ni de modo alguno sus compañeros, sus signos, sus doctrinas... Buscan hábilmente subterfugios, tomando la máscara de literatos y sabios que se reúnen para fines científicos, hablan continuamente de su empeño por la civilización, de su amor por la infima plebe; que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos... Además, deben los afiliados dar palabra y seguridad de ciega y absoluta obediencia a sus jefes y maestros, estar preparados a obedecerles a la menor señal o indicación, y de no hacerlo así, a no rehusar los más duros castigos, ni la misma muerte. Y, en efecto, cuando se ha juzgado que algunos han hecho traición al secreto o han desobedecido las órdenes, no es raro darles muerte con tal audacia y destreza, que el asesino burla muy a menudo las pesquisas de la Policía y el castigo de la Justicia.»

Sobre las enseñanzas de la masonería, dice el inmortal Pontífice:

«Los masones niegan toda divina revelación; no admiten dogma religioso ni verdad alguna que no pueda comprender la razón humana ni maestro a quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio. Y como, en verdad, es oficio propio de la Iglesia católica, y que a ella sólo pertenece, el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación; de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y el ahinco de estos enemigos... La secta de los masones (como los naturalistas niegan la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma humana) da en estos mismos escollos del error con no menos precipitado curso. Porque, si bien confiesan en general, que Dios existe, ellos mismos testifican no estar impresa esta verdad en la mente de cada uno. De hecho, la secta concede a los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe o que no existe; y con la misma facilidad se recibe a los que resueltamente defienden la negativa como a los que opinan que existe Dios, pero sienten de El perversamente, como suelen los panteístas; lo cual no es otra cosa que acibar con la verdadera noción de la naturaleza divina, o conservando de ella no se sabe qué absurdas apariencias. Destruído o debilitado este principio fundamental, síguese quedar vacilantes otras verdades conocidas por luz natural; por ejemplo, que todo existe por la libre voluntad de Dios Creador; que su providencia rige el mundo; que las almas no mueren; que a esta vida ha de suceder otra sempiterna...»

De tan perniciosa doctrina sacan los masones consecuencias perturbadoras y antirreligiosas que se esfuerzan en llevar a la práctica. Las enumera León XIII en su Encíclica *Humanum Genus*.

Dicen ellos que la educación a la juventud ha de ser laica, independiente y libre; es decir, que excluya toda idea religiosa; por lo tanto, hay que excluir a la Iglesia de toda intervención en la enseñanza.

Añaden que el matrimonio es un mero contrato, que puede justamente rescindirse a voluntad de los contratantes, recurriendo a la autoridad civil. En muchos Estados, aun de los llamados católicos han conseguido los masones el matrimonio civil como único medio de unión legítima; en otros la ley del divorcio. Conviene, además, dicen los masones, que el Estado sea ateo, ya que no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, sino todas se han de colocar en el mismo plan.

(1) De civ. Dei, XIV, 17.
(2) S. Juan, XV, 12; XIII, 35
(3) S. Marcos, XVI, 15-16.

Condenación de la masonería.—Ya indicamos que los Romanos Pontífices, a partir de Clemente XII, el año 1738, Benedicto XIV, Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, condenaron la secta masónica. León XIII, en la *Humanum Genus*, dijo:

«Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre a la secta masónica, como repetidas veces lo prohibieron nuestros antecesores. Que a ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer a algunos que nada piden los masones abiertamente contrario a la religión y buenas costumbres; pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, claro es que no es lícito unirse a ellos ni ayudarles de modo alguno.»

Finalmente, el canon 2335 del Código de Derecho Canónico, dice: «Los que dan su nombre a la secta masónica, o a otras asociaciones del mismo género, que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas, incurrin *ipso facto* en excomunión simplemente reservada a la Sede Apostólica».

2.º EL COMUNISMO

El comunismo es un sistema que en cuanto al orden económico-social, preconiza la supresión de la propiedad privada, de la familia y del poder civil y religioso en la organización social, y la sustitución del régimen individual, jurídico y económico, por un régimen colectivo que entraña la producción en común, la atribución también en común de todos los bienes, y la absoluta igualdad en la repartición de los derechos y de los deberes sociales.

En el orden religioso, es un sistema, lleno de errores y sofismas, que contradice a la razón y a la revelación divina; y que es, por naturaleza, antirreligioso, considerando a la religión como el opio del pueblo, porque los principios religiosos que hablan de la vida de ultratumba desvían al proletario del esfuerzo por realizar el paraíso soviético, que es de esta tierra.

Es un hecho la rápida difusión de las ideas comunistas que se infiltran en todos los países. Lo mismo grandes que pequeños, en los cultos como en los menos desarrollados, de modo que ningún rincón de la tierra se ve libre de ellas. Mientras las naciones se querellan, y el mundo cansado de guerras anda somnoliento y fagigado, el comunismo crece. Una simple ojeada por el mapa nos dice que Rusia comunista aprieta con sus férreas cadenas a Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Albania; Yugoslavia es también comunista. El triunfo del comunismo en China es un hecho. En el Japón, los comunistas han triplicado su número. En Italia y Francia crece el comunismo, y se va infiltrando en los espíritus, especialmente de los obreros. Por eso, Roma, que no acostumbra a perseguir meros fantasmas, por boca de Pío XII ha castigado con sus anatemas ciertos extraviados doctrinales, que, sin abandonar los principios cristianos, sienten muy a fondo la tentación de colocarse al lado del comunismo. El comunismo no retrocede, sino que avanza en todos los campos. ¿Cómo explicar su rápida difusión? La respuesta nos la da Pío XI en su Encíclica *Divini Redemptoris* del 19 de marzo de 1937. «La explicación está en el hecho de que son muy pocos los que han podido penetrar la verdadera naturaleza del comunismo; los más, en cambio, ceden a la tentación hábilmente presentada bajo las promesas más deslumbradoras. Bajo el pretexto de querer tan sólo mejorar la suerte de las clases trabajadoras, quitar abusos reales causados por la economía liberal y obtener una más justa distribución de los bienes terrenos (fines, sin duda, del todo legítimos), y aprovechándose de la crisis económica mundial, se consigue atraer a la zona de influencia del comunismo aun a aquellos grupos sociales que, por principio, rechazan todo materialismo y terrorismo. Y como todo error contiene siempre una parte de verdad, este aspecto verdadero al que hemos hecho alusión, puesto astutamente ante los ojos, en tiempo y lugar aptos para cubrir, cuando conviene, la crudeza repugnante e inhumana de los principios del comunismo bolchevique, reduce aun a espíritus no vulgares hasta llegar a convertirlos en apóstoles de jóvenes inteligencias poco preparadas aún para advertir sus errores intrínsecos. Los pregoneros del comunismo saben también aprovecharse de los antago-

nismos de raza, de las divisiones y oposiciones de diversos sistemas políticos, y hasta de la desorientación en el campo de la ciencia sin Dios, para infiltrarse en las Universidades y corroborar con argumentos pseudocientíficos los principios de su doctrina.»

¿Quién será capaz de desenmascarar y detener la marcha progresiva y arrolladora del comunismo? No las llamadas democracias, ya que fueron ellas las que con su liberalismo le abonaron el terreno. Sólo el catolicismo, con las doctrinas que le transmitió el Maestro infalible de la verdad, Jesucristo.

Es El quien, por boca de Pío XI en su Encíclica *Divini Redemptoris*, dice y prueba que el comunismo es:

- 1.º Materialista y evolucionista.
- 2.º Intrínsecamente malo y perverso.
- 3.º Enemigo de todo lo divino.
- 4.º Quiere una sociedad sin Dios.
- 5.º Proclama la emancipación de la mujer.
- 6.º Niega a los padres la educación de los hijos.
- 7.º Hace del matrimonio una institución civil.
- 8.º Rechaza toda jerarquía y autoridad.
- 9.º Despoja al hombre de su libertad.
10. Reduce los pueblos a la barbarie.
11. Se funda en el falso ideal de justicia e igualdad.
12. Impone sus doctrinas con la violencia y el terror.

¿Duda alguno de la objetividad de estas afirmaciones del Vicario de Jesucristo? Hejee la historia de nuestros días. Recuerde lo que hizo, años atrás, en Rusia, en Méjico, en nuestra España. Vea lo que está haciendo actualmente en tantas naciones que ha esclavizado, y, entre otras muchas, su reciente proeza con el primado de Hungría, el cardinal Mindszenty, que ha dado ocasión a la protesta del mundo católico, cristiano y civilizado.

No podía la Sede Apostólica permanecer silenciosa ante los errores y maldades del comunismo.

Pío IX, en la Encíclica *Qui Pluribus*, del 8 de noviembre de 1846, condenó solemnemente «la nefanda doctrina del llamado comunismo; la cual, una vez admitida, llevaría a la radical subversión de los derechos, bienes y propiedad de todos y aun de la misma sociedad humana». León XIII en la *Quod Apostolici Nuneris*, del 28 de diciembre de 1878, definió el comunismo de «mortal pestilencia que se infiltra en las articulaciones más íntimas de la sociedad humana y la pone en peligro de muerte». Y más tarde, en la *Rerum Novarum*, del 10 de mayo de 1891, propuso la doctrina social católica como único remedio eficaz para evitar el comunismo. Pío XI, en 1924, cuando una misión de socorro, enviada por él mismo, volvía de la Unión Soviética, dirigió una alocución al mundo entero contra el comunismo. Después, en las Encíclicas *Miserentissimus Redemptor*, *Charitate Christi*, *Acerba Animi* y *Dilectissima Nobis*, el Pontífice levantó su enérgica voz para protestar pública y solemnemente contra las persecuciones desencadenadas por el comunismo en Rusia, Méjico y España. Y cuando los amargos frutos del comunismo se multiplicaban espantosamente, se creyó en el deber de publicar un documento solemne, y el día 19 de marzo de 1937, dirigió al mundo la Encíclica *Divini Redemptoris* sobre el comunismo ateo, denunciándolo, como hemos visto intrínsecamente malo, como la persecución más violenta contra la Iglesia, como la síntesis de todas las herejías, como portador de barbarie y como peligro máximo para la sociedad y el Cristianismo.

Pío XII, en contraposición a la ceguera incomprensión y cobardía de muchos, incluso gobernantes, sigue anunciando día tras día el peligro comunista, indicando, a la vez, los remedios para conjurarlo.

Terminamos estas líneas sobre el comunismo afirmando incluso la imposibilidad del coloquio entre católicos y comunistas. «Las razones de dicha incompatibilidad—escribe José Núñez, S. J., en «Cristiandad», 1 de noviembre de 1955—las trata apalicticamente el P. Splazzi, dominico, en su exposición del tema «La Chiesa e il comunismo». La conclusión a que llega el eximio teólogo, después de haber puesto en claro la irremediable discrepancia que separa las dos concepciones del mundo y de la vida, es que entre catolicismo y comunismo «no hay posibilidad de acuerdo; falta en efecto, un terreno de encuentro, falta la misma voluntad, por parte de los comunistas; ni podrán tenerla, porque se pondrían en contradicción consigo mismos».



TOREROS ESPAÑOLES EN HISPANOAMERICA

LA VUELTA AL COSO

TAURINO DE LUIS MIGUEL DOMINGUIN

EL TRIUNFO DE UNOS Y EL FRACASO DE OTROS

AMERICA para los toreros españoles es, principalmente, tierra de ganancia. Dinero, en primer lugar; fama, en segundo; forma, en tercero. A América se va, como vienen también a España los toreros del otro lado del mar, de dos maneras: en plan de figura o en plan de modestia. En el primer sentido, la temporada taurina en América, que está ya finalizando, ha visto llegar a cuatro o cinco toreros españoles nada más, entre los quince o veinte que aquí gozan, en mayor o menor escala, del favor del público; sus nombres pueden ser: Luis Miguel, Dominguín, Antoñete, Manolo Vázquez, Jumillano, Dámaso Gómez, Alfonso Merino, Manolo Cascabel... Unos han mantenido su nombre y su prestigio en toda la línea; otros han dado una tarde buena junto o una tarde peor; otros, por desgracia para ellos, no han podido demostrar el valor que se les suponía y se han perdido en un mayor o menor fracaso material, moral e incluso físico.

Después están los que han ido como uno más del oficio, sin la esperanza ni la moral que da la alta consideración, pero que se han ido defendiendo y han ganado, si no gran fama ni puesto destacado para la próxima temporada en España, sí dinero, que es lo importante en esta caso, y un entrenamiento que les permita estar a punto para el capítulo nada



Arriba: En la corrida del 3 de diciembre de 1955, en Maracay, Luis Miguel cita de espaldas a un toro difícil y huidizo. **Abajo:** Manolo Vázquez lancea de capa.

despreciable de las sustituciones en la temporada taurina que comienza en España. Aquí pueden incluirse los Cayetano Ordóñez, Manolo Carmona, Luis Mata —aunque éste tenga ya dispuesta su vida por las tierras mejicanas—, Angel Luis Bienvenida, Va-

lencia III... En este escalafón todos han quedado, en cuanto a fama, donde estaban; en cuanto a provecho económico, unos más, otros menos; en cuanto a fracasos rotundos, unos también más, otros también menos: al fin y al



Antofiete, el segundo de la derecha, con Humberto Valle y los empresarios señores Badenes, de la plaza de Lima, y González Vera

cabo, lo que de ellos se esperaba.

Y, por último, los novilleros. Este año no han ido a América novilleros españoles punteros. Se decía, al principio, que Méjico vería torear a Chamaeco o a Bernadó, pero todo, luego, quedó en rumor simple. Por ello, sin olvidar el propio esfuerzo, a los novilleros españoles, allí, se les ha presentado, en cierto modo, más fácil la temporada; por lo menos en lo que se refiere a vacantes y puestos para ocupar en las corridas en perspectiva. Y quien mejor la ha aprovechado ha sido el novillero español Francisco Honrubia que, además de dinero, ha ganado fama y forma; una fama y una forma que puede, si tiene corazón, conservarla y adelantarla en España.

El resumen general, pues, de los toreros españoles que fueron esta temporada a América, cabe definirla así: pocos toreros que cruzaron el mar; reaparición con buen pie de Luis Miguel; éxito con cierta continuación de Antofiete y de Chicuelo; voluntad y tesón en los demás. Voluntad, tesón y ovaciones que han quedado algo oscurecidas por el suceso que más atrajo la atención de los públicos, de los de allá y de los de acá: la reaparición de Luis Miguel Dominguín.

EN MARACAY, LA PRIMERA DE LUIS MIGUEL

Unos días antes de que empezara el mes de diciembre de 1955, el torero español Luis Miguel Dominguín llegó al madrileño aeropuerto de Barajas. Cuando los altavoces del aeródromo lanzaron al viento el aviso de que el «Super Constellation» con destino a Venezuela esperaba a sus pasajeros. Luis Miguel Dominguín, llevando la gabardina en el brazo izquierdo, cruzó el estrecho trozo de pista y subió por la escalerilla. Detrás de él iba el doctor Tamames que, desde la corrida de Linares donde muriera Manolete, no ha dejado de acompañar al diestro madrileño. Antes de entrar en el avión, Luis Miguel se volvió un momento, alzó el brazo derecho y movió la mano en señal de despedida. Abajo, en tierra, junto a la barandilla, su esposa, la actriz cinematográfica Lucía Bosé, recogió el saludo. Instantes después el avión se deslizó con suavidad por la pista de pasajeros y enfiló la de despegue. Luego, el cuatrimotor fué tan sólo un punto en la lejanía. Lucía Bosé montó, con cara sombría, en su automóvil. Allá, en el aire, quedaba su esposo, Luis Miguel Dominguín, matador de toros, que volvía al to-

reo. Y volvía yéndose, porque América —América del Sur en la plaza de Maracay— sería el lejano lugar escogido para la reaparición.

Todo el otoño fué época de intensivo entrenamiento para el otra vez incorporado matador. Incluso alguna salida en público, como a quel festival de Guadalajara, donde los aficionados pudieron ver, por las hechuras y por las maneras, que la reaparición ya había sido decidida. Luis Miguel Dominguín, por las razones que fuesen —afición, economía— volaba camino de una plaza de toros de Sudamérica.

El día 20 de noviembre de 1955 se había inaugurado la feria de Maracay. La primera de feria no llenó la plaza, quizá porque el cartel —Manolo Vázquez, Paco Mendes y Antonio Velázquez, que sustituía a Antonio Ordóñez— no fuese del agrado del público, bien sea porque la propaganda, esa arma en ocasiones tan decisiva, no estuviera bien manejada o tal vez porque el público esperaba a la segunda de feria, en el domingo siguiente, para saborear la reaparición de Luis Miguel Dominguín, uno de los toreros mundialmente conocidos, no sólo por sus actividades taurinas, sino por la publicidad que a su vida familiar le han hecho las grandes revistas extranjeras.

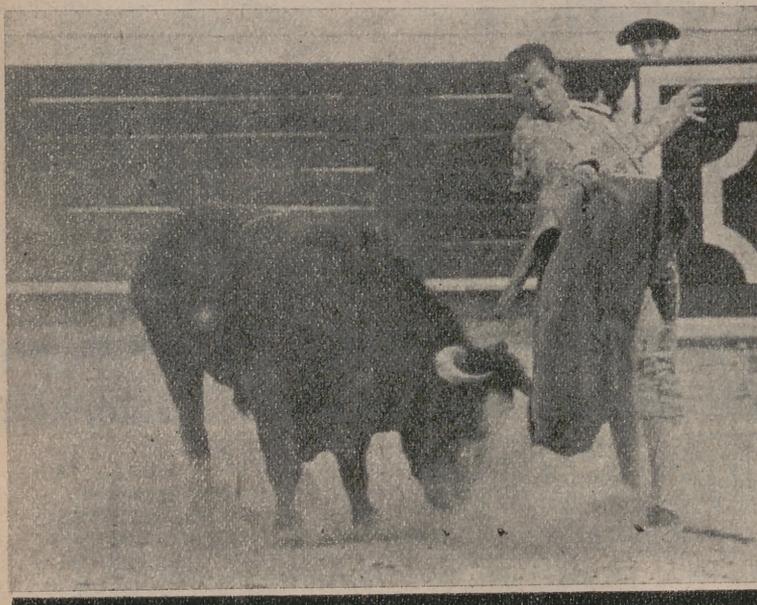
El día 27 de noviembre en las taquillas de la plaza se puso el clásico cartel de «No hay billetes». Sobre el blanco de la encalada pared taurina podían leerse las tres palabras que negando, afirmaban. Y al lado, el otro cartel de la corrida: «Seis toros de San Mateo para Luis Miguel Dominguín, Paco Mendes y Joselito Huerta».

Ha llegado la hora de la corrida. En los tendidos se desparra, palpitante, esa emoción y ese ambiente que precede a las grandes solemnidades. Se inicia el paseillo. La alta y espigada figura del matador español pisa, con seguridad, la arena venezolana. Antes de caminar, Luis Miguel ha hecho, sobre sí, la señal de la cruz. Estrena Luis Miguel vestido de torear. Un precioso traje rosa y oro que contrasta con el negro oscuro de su pelo y el color moreno y tostado de su piel. A su izquierda Joselito Huerta, y más allá Paco Mendes, cual correspondía. La plaza, en pie, le ha saludado con una ovación. Es la alegría con que la comunidad taurina recibe a uno de sus miembros. Luis Miguel, pálido, ha correspondido, montera en mano, al saludo.

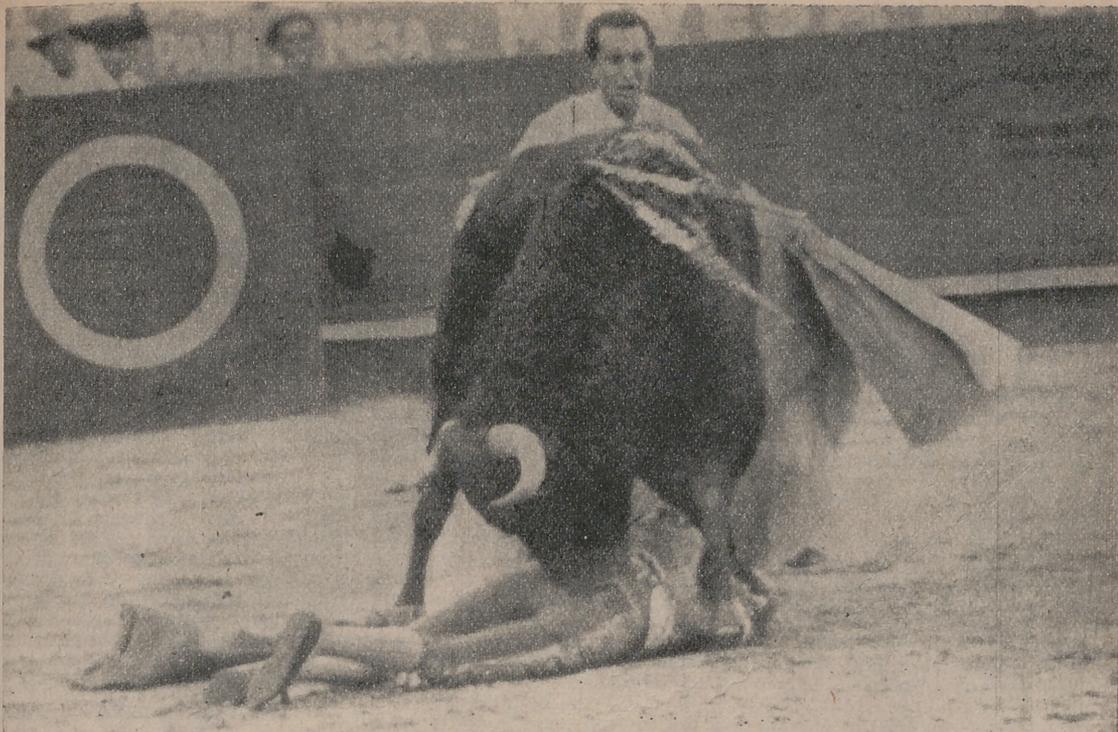
Luego se ha calado la montera, se ha metido en el burladero y ha esperado a que saliera el primero. Y el primero ha salido.

En su primer toro Luis Miguel estuvo bien, con aquella seguridad y serenidad que tanta fama le dieran. Las crónicas señalaron que por la espada, perdió las orejas. En su segundo toro alcanzó un buen éxito, el éxito que él soñara. Capa, banderillas, muletazos en el estribo y estocada fulminante. Dos orejas, y vueltas al ruedo. La reaparición no podía, pues, llevar mejor camino.

La tarde, verdaderamente, está vestida de gala. El quinto toro lo va a matar Joselito Huerta. Pero el quinto toro coge a su matador cuando éste torea por gaoneras. Luis Miguel Dominguín, en la tarde de su reaparición, tiene, entonces, que matar tres toros. Y el tercero es digno broche a los dos



Victoriano Posada en la corrida de su presentación en Bogotá.



Cogida de Manolo Vázquez, sin consecuencias, en Maracay, Luis Miguel, al quite

primeros. Hay, también, orejas y vueltas al ruedo. Y al final —verdad sin aumento— Luis Miguel es paseado a hombros.

Queda, pues, incorporada en la historia de las fechas otra más: el día en que Luis Miguel en la venezolana plaza de Maracay volvió a los toros.

Y volviendo estuvo bien, con empeño, con suerte y con porvenir. Esa consecuencia, por lo menos, se dedujo de su primera corrida.

HA EMPEZADO LA COMPETENCIA LUIS MIGUEL DOMINGUÍN-CESAR GIRÓN

Durante toda la semana, Maracay ha vivido en comentarios sobre las faenas toreras que realizaría el matador español. Y por eso se espera con justo interés el sábado 3 de diciembre en que se dará la última de feria. Vuelve otra vez a llenarse la plaza. Toros de Torrecilla para Luis Miguel Dominguín, Manolo Vázquez y Josecito Huerta.

Esta vez Luis Miguel no ha estado tan bien como el domingo pasado. Dominio, eso sí con la muleta, pero poca decisión en la espada. Y eso que los toros no fueron catedrales. Sin embargo, el prestigio de la tradición y el nombre del presente no han sido, por ahora, rebajados.

Entonces empieza a hablarse de llevar a Luis Miguel a Méjico y de celebrar un mano a mano en Maracay entre Luis Miguel y César Girón.

Pero Méjico no verá torear a Luis Miguel. Por parte de la empresa se argumentará que eran demasiadas las condiciones que imponía el español; por parte del matador se dirá que eran demasiado pocos los beneficios que ofrecía a la Empresa. En resumen: este año los mejicanos no verán a Luis Miguel.

Luis Miguel vuelve a España

Descansa aquí y se entrena en su finca de Cuenca. Y vuelve, otra vez a América. Y otra vez a Venezuela y a la misma plaza: a Maracay.

Para el 26 de febrero de 1956 Luis Miguel tiene contratado un mano a mano con César Girón. Pero antes, el domingo 19 del mismo mes pasado, Luis Miguel toreará por vez primera con el venezolano en su propia tierra. El público de allá sabe que este año será, si las cosas no se tuercen, el año de la competencia Dominguín-Girón. E intuye que va a ser testigo de la primera corrida en que si bien la sangre no llegará al río, sí será en donde cada cual, arrimando para sí la observación y la enseñanza, procurará medir y tantear las fuerzas del contrario.

La corrida del 19 ha estado

bien. Sin ser una cosa del otro mundo — los toros, mansurroneos y no muy grandes— los toreros han hecho como una especie de entrenamiento para el día 26. Así, el 19, el resultado fué el siguiente: toros de El Rocío, mejicanos. Una oreja para Luis Miguel, otra para Calesero y ninguna para Girón.

Por las calles se disculpará al venezolano diciendo que el motivo lo tuvo la cogida que sufrió en su segundo. Hay quien dice que Girón no apretó para dar más interés a la corrida del domingo con la esperanza de ofrecer a sus paisanos el desquite. Lo cierto es que la semana del 19 al 26 fué una semana de juicios contradictorios.

Ha llegado por fin el día 26. Las puertas de la plaza se han abierto dos horas antes. En me-



Chicuelo II en el primer toro de su presentación en Bogotá

nos de media, los graderios se han cubierto totalmente de público. Público del que una parte tiene entrada y otra no. Esto, por allá, es corriente. Fuera hay más público en las mismas condiciones; por un lado, unos reclaman su derecho; por otro, otros intentan asistir desde donde sea a la corrida. Han de intervenir las autoridades para tratar de solucionar la situación. Solución que no llega más que en forma contundente, pues saltan las puertas de la plaza y apretujados, unos contra otros, mal sentados o de pie, igual los que pagaron su entrada que los que no lo hicieron, en barrera los que tienen andanada y en lo alto los que pagaron barrera, en la sombra los del sol porque llegaron antes, y en el sol los de la sombra porque llegarán después, se va a celebrar la corrida: Luis Miguel Dominguin-César Girón mano a mano.

Luis Miguel ha estado, esta vez sí que sí, muy bien en su primer; el duplicado público le ha dado las dos orejas de su toro. En el segundo, Luis Miguel salió dispuesto a sentar verdad de aquella legendaria afirmación que se le achacaba respecto a la primacía en el escalafón taurino. Y esta vez Luis Miguel fué entrampillado, volteado y corneado. Pudo, sin embargo, matar al toro. Allá en la enfermería, después todavía de que dió la vuelta al anillo, el doctor Tamames le curó de magullamiento y erosiones en el rostro. En la misma enfermería Luis Miguel mostró su decidido propósito de salir Y salió. Y estuvo bien, valiente porque para eso se es torero, y maestro. Y si no sentó la afirmación completísima y redonda por lo menos la dejó de pie esperando la nueva ocasión de replantarla en Caracas o en el Estadio Olímpico, lugares de los que se vuelve a hablar como repetición del cartel. Por su parte, César Girón también cortó orejas ante sus paisanos. Aquella tarde fué como la confirmación oficial de la competencia.

Resumen de Luis Miguel. Ha vuelto a los toros con fuerza, con sabiduría, con aquel toreo largo que le caracterizara. Ha toreado en América con éxito, aunque los toros no fueron grandes, ni difíciles ni poderosos. ¿Resistirá Luis Miguel estos toros de ahora en España, por lo menos estos toros de ferias típicas, con puntas certificadas, con años reconocidos?

Los aficionados de allá dicen que sí, los que le han visto dicen que también. De todas maneras saludemos nosotros con alegría, cual corresponde a la comunidad del toreo, la vuelta de uno de sus mejores matadores. Porque esta cualidad, de justicia es reconocida.

LA CONSTANCIA DE ANTONETE Y DE CHICUELO II

Uno de los matadores españoles que primero marcharon para América fué Antoñete. A Antoñete la temporada en España no le había salido muy bien. Antoñete es un producto típico de los matadores de toros de estos tiempos que tienen que aprender con

toros lo que no experimentaron con novillos. Y si las cualidades artísticas o la intuición profesional junto con el valor no responden en determinados momentos, el matador de toros, joven y recién doctorado, desaparece en el anonimato.

Antoñete—él o sus consejeros—han visto este peligro y han decidido buscar solución o por lo menos muralla. Y la salvación ha sido América. Ante el muchacho se abrían una serie de ofrecimientos por distintos países americanos. El muchacho madrileño no lo pensó más y voló, casi en octubre, hacia América. Y allí le ha ido pero que muy bien. El escenario principal ha sido Lima.

Lima, en el Perú, es la plaza de toros más antigua del Nuevo Continente. Y para torear la segunda y tercera de feria, como comienzo de temporada, marchó Antoñete. Cuando el 20 de octubre del año pasado, descendía del avión en la capital del Perú, los cronistas de la comarca dijeron que Antoñete tenía aspecto de «un estudiante universitario con una sonrisa eterna en su cara amable y sencilla». Cuando el muchacho madrileño se vistió de luces el 23 de octubre los cronistas dijeron «que la sonrisa ha desaparecido y que un aspecto de imponente seriedad y conciencia rodea a su persona».

Más lo cierto es que Antoñete llegó a la feria de Lima y cortó orejas en el toro de su presentación. Al domingo siguiente, llena otra vez la plaza, con Girón con repetido compañero y Joselito Huerta reemplazando a Paco Mendes. Antoñete estuvo bien y dió la vuelta al ruedo. Antoñete quedó convertido en figura de la plaza peruana. Tanta figura que surgió el inevitable mano a mano. ¿Con quién? Con César Girón. Y sonó el rumor—cuando los rumores suenan es que las empresas tienen interés en que circulen—del mano a mano Girón-Antoñete, en Lima, el 13 de noviembre, con ganado adecuado al acontecimiento.

Mientras tanto, Antoñete torea un festival Pro Campaña de Navidad presidido por la esposa del Presidente de la República.

No llega a celebrarse el mano a mano por falta de ganado y también de acuerdo. Pero la Empresa limeña ha visto en Antoñete un torero que sin ser caro gusta a la afición y es capaz de dar juego. Y lo contrata para tres corridas extraordinarias más en la misma Lima.

Luego, Antoñete torea en Manizales (Colombia), en Bogotá y vuelve otra vez a Lima.

Todavía le quedan a Antoñete algunas corridas que torear en el Perú. Al finalizar su temporada americana, Antoñete habrá toreado de quince a veinte corridas que le han servido de mucho: le han dado una confianza en sus posibilidades que cuando se marchó de España no tenía, le han erigido en figura de Lima y le han proporcionado un buen remate económico. Un balance grande en el haber, aunque en el debe también haya habido que apuntar algo como la segunda de Manizales, en que la altura de la ciudad fué «víctima propiciato-

ria» para la justificación de la no muy brillante actuación del matador.

Junto con la destacada actuación en línea general de Antoñete cabe emparejar el sostenido tono brillante de Chicuelo II. Empezó el anuncio y la actuación en Bogotá, donde la Empresa celebraba las bodas de plata. El primer cartel es: toros de Mordeño para César Girón, Chicuelo II y Joselillo de Colombia. Chicuelo II, mezcla de sabiduría y de valor, salió a hombros.

Para el domingo siguiente, 5 de febrero, la Empresa vuelve a anunciar cartel: Girón, Chicuelo II y Dámaso Gómez con toros de Rocha. Aquí los colombianos presenciaron una corrida memorable: los tres espadas y el ganadero fueron sacados a hombros. En la cuarta corrida, otra vez Chicuelo; otra vez orejas. Y el 26 de febrero el festival de las bodas de oro. Chicuelo II llegó más tarde a América. El iba en plan de figura y en plan de figura está. Nada nuevo ni revolucionario ha aportado al toreo. Pero de su valor—cosa conocida por las plazas de España—pueden hablar, y bien, los asistentes a la feria de Colombia.

LOS QUE DIERON MAS ARENA QUE CAL

Este año la temporada de Méjico no ha sido temporada de toreros españoles. Luis Miguel no ha ido, tampoco fué Julio Aparicio, ni Antonio Ordóñez, ni Chicuelo. Ha sido Manolo Vázquez, el día 11 de diciembre, el que inaugurara la temporada oficial en la plaza Méjico y el que asumiera lo que pudiéramos llamar representación más importante de la andante torería española. Alternó con Silveti y Bolaños y estuvo discretito.

La segunda de la misma plaza llevó a Gascales como parte española. El torero murciano que más adelante tendría algún triunfo por los Estados, no estuvo bien. Ello fué el fatal signo de una decadencia de la que tal vez no consiga salir.

Hasta la quinta corrida, el 8 de enero, no vuelve, en la plaza Méjico, a torear ningún español. Y es Manolo Vázquez el que repite. Otra vez el mismo tono anterior: sin escándalo pero también sin triunfo. La misma tónica del mismo espada en la octava corrida del 29 de enero.

En realidad, Manolo Vázquez, a lo largo de sus corridas por los Estados mejicanos y por los otros países sudamericanos, no ha tenido más éxito grande que el del día 3 de diciembre en Maracay, donde los periódicos le dedicaron toda clase de elogiosos comentarios. Manolo Vázquez, pues, puede presentar como resumen económico un buen número de corridas, pero como resumen artístico un sustantivo definitorio: discreción oscura.

En este grupo de la discreción puede incluirse a Dámaso Gómez, ya que si bien entró en la terna de la corrida memorable que dieron en Bogotá con Girón y Chicuelo y repitió el día 19 de febrero el éxito con Chicuelo, Antoñete y Manolo Zúñiga no ha trinitalizado, por causas diversas, la media docena de corridas.



Cartel que anuncia la temporada grande de Bogotá, para conmemorar las bodas de plata de la plaza de Santamaría. A la izquierda: En Bogotá, camino de la plaza, la reina de la belleza, Esperanza Gallón

Ahora, entra ya el más numeroso grupo de los que pasaron sin pena ni gloria, en corridas de menor categoría. Una lista no muy extensa, porque, como dijimos, muchos no han ido este año a América. Pero aquí pueden incluirse los Jumillano—a pesar de que fué como refuerzo de carteles—, Cayetano Ordóñez, Alfonso Merino, Manolo Carmona—éste se defendió algo más si lo relacionamos con sus actuaciones nulas en España—, Cagancho—que todavía a sus años se las arregla como puede para ir viviendo—, Manolo Navarro, que tomó la alternativa, y Luis Mata, aunque el diestro aragonés hace años que no torea en España.

El censo, como puede verse, es corto. No obstante, se ha anunciado para el Perú a Calerito y a Paco Corpas, que tomará la alternativa. Sin embargo, no creemos que estas novedades hagan variar el panorama de la actual temporada por lo que se refiere a los toreros españoles en América.

Y ya, lejos, la triste cuantía de Cascales, que empezó mal, se enmendó algo y ha terminado peor, y la catastrófica presencia de Angel Luis Bienvenida en lo que al orden artístico se refiere.

Esto es por lo que respecta a matadores de toros. Que los novilleros, aunque pocos, merecen, ¿por qué no?, capítulo aparte.

UN PREMIO DE 12.000 PESOS PARA FRANCISCO HONRUBIA

El novillo «Capulín», de la mexicana ganadería de Zacatepec

ha constituido para la Empresa de la plaza de toros más reclamo taquillero que cualquier novillero o figura de la torería de acá o de allende los océanos. El novillo «Capulín» llevaba en los corrales de la Empresa cerca de dos meses. Armando Morales es el mozo encargado de la vigilancia, conservación y buen orden de los corrales de la plaza. Entre novillo y mozo surgió una especie de amistad que ha llevado incluso a que el mozo pueda pasar entre las patas del novillo, sin que éste muestre la menor alteración. Así se ha creado una especie de leyenda en torno a la nobleza y bravura del bicho. Y para que los aficionados puedan comprobarlo, después de una bien organizada propaganda se celebró una novillada el 13 de septiembre del año pasado en la que intervino un novillero español. Francisco Honrubia, que precisamente sería el encargado de estoquear al animalito.

El animal, efectivamente, cumplió bien en varas y llegó suave y bravo a la muleta. El público pidió el indulto del novillo—otra de las cosas que suceden también a menudo por allá—y aquél fué concedido. Francisco Honrubia quedó así ligado a la propaganda. Francisco Honrubia aprovechó la ocasión. Una ocasión con repetición que se presentó en seguida: el día 20 en la plaza El Toreo, de Méjico, para disputar un premio de 12.000 pesos con otros seis novilleros. Al principio hubo empate entre Honrubia y otros dos compañeros mejicanos, Castillejos y Contreras, de forma

que surgió la necesidad de volver a dar una nueva corrida definitiva; corrida que se celebró el 27 de noviembre con novillos de Pozo Hondo. En buena y justa lid Francisco Honrubia ganó el premio. Ello le ha valido una serie de contratos por otras plazas y el puesto destacado entre la novillería española que anda por allá.

Después, novilleros muchos, unos quince o veinte. Pero figura, ninguno.

Por allá anda, defendiéndose, Vicente Vega (Gitanillo), del que dicen que es andaluz. Y nadie más así con cierto nombre. De manera que el capítulo novilleril no está muy eufórico a pesar del número, a no ser que lo esté por el premio de Honrubia.

Y ya sólo queda mencionar el tradicional embarque desde España de corridas salmantinas o andaluzas para distintos lugares de América y ese traslado de veinte toneladas de arena del piso de la Maestranza para la plaza de toros de Lima con el fin de que el ruedo limeño esté en condiciones de que los toreros puedan ejercer su profesión con seguridad y defensa.

La temporada en América, salvo unas cuantas corridas de marzo por parte de los toreros españoles, puede decirse que casi está vista. Luis Miguel ha sido el que ha llevado y traído los comentarios. Que sean de igual calidad los que nos depare con su próxima presencia en las plazas españolas.

José María DELEYTO

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

TOREROS ESPAÑOLES EN AMERICA



**LA VUELTA
DE LUIS MIGUEL DOMINGUEZ
—
EL TRIUNFO DE UNOS
EL FRACASO DE OTROS**

Luis Miguel, en Maracay, esperando el momento de salir al ruedo. — Izquierda: Cesar Girón, Cascales y Miguel Angel, en la plaza de Caracas